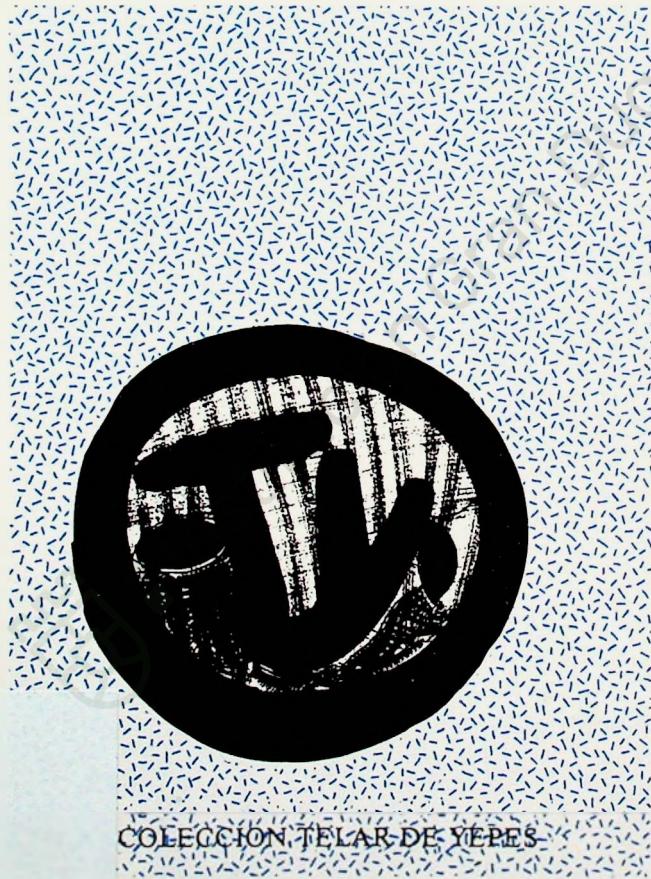


JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE

# MI CORAZÓN A MI MANERA

(1943-1991)



COLECCIÓN TELAR DE YEPES

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

**JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE** nació en Irún en 1924.

Su biografía se reparte en Madrid, donde llega en 1939, y en numerosos países que visita como corresponsal de prensa. Su quehacer le define como escritor de prosa, teatro, artículos periodísticos y poesía (a pesar del largo tiempo alejado de la vida literaria que empleó en labores industriales y comerciales).

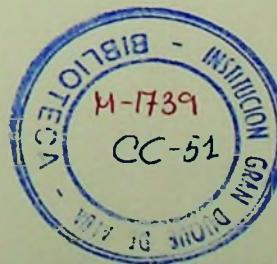
El libro que ahora ve la luz es el resumen personal y poético de una vida dedicada al verso y a la expresión lírica. Por ello, esta antología de sus libros es un todo que cada entrega va armonizando y reafirmando, un libro de libros, una vida de vidas.... Para nuestro autor, la poesía es el más alto poder del lenguaje, el vehículo que transporta la vivencia y el anhelo del hombre, la consumación de lo expresivo. Diez libros, en la andadura del poeta, forman parte de este todo que es su biografía espiritual, el camino que la permanencia y la dedicación han ido abriendo en el paisaje de su vida. Las voces se hacen presentes como la diversidad y la variación de la propia existencia: "er y Cantar", "Anunciación de Mónica", "istoria de cualquier día", hasta "Penúltima nostalgia". Y de esta manera, el poeta reafirmado su esencialidad poética, su forma de contemplación, su estado de ser frente a las cosas y junto a los seres humanos. Porque la poesía de José Javier Aleixandre es la humanización del sentir, la incógnita del vivir, la pregunta siempre de individuo frente a la Transcendencia, interrogante y duda.

Esta antología poética es una muestra suficiente de cada período lírico, de cada etapa consumada. Es Juglar de Fontiveros, de lo que se siente íntimamente orgulloso el poeta, empapa toda su poesía de religiosidad y de esperanza, de luz frente a oscuridad, de entrañamiento lúcido y penetrante. Tal vez este conjunto de su obra depare al lector la visión detallada de una labor escrita con el detenimiento de una vida.

J.M.M.Q.



Institución Gran Duque de Alba



CDO 861.134.2 - 14



JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE

MI CORAZÓN A MI MANERA

(1943-1991)

*Edición de José María Muñoz Quirós*

**CONSEJO DE REDACCIÓN:**

**Carmelo Luis López** (Director)

**Jacinto Herrero Esteban**

**José M.<sup>a</sup> Muñoz Quirós**

**Luis Garcinuño González** (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-61-8

Depósito Legal: AV-231-1992

Imprime: Diario de Ávila, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800

05004 Ávila



**ESPACIOS EN LA POESÍA DE  
JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE**

**JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS**

**AVILA 1991**



La poesía es una labor secreta y silenciosa que viene determinada por un lenguaje específico. Todo poeta intenta, por encima de todo, encontrar el esquema de su propia identidad literaria, su camino y su "tono" que particularice su escritura.

La realidad siempre es más reducida, más lejana que las proposiciones del poeta: la medida se reduce hasta la consecución de esta intencionalidad comunicativa, y toda la peculiaridad de una obra poética se ve rodeada de esta intencionalidad comunicativa. Conseguir, hallar, dar con el camino que le acerque hasta el punto de partida, hasta la ilimitable cordura del hecho singular de escribir. El trabajo literario tiene unas tensiones internas y externas muy poderosas: de su propia dinámica se derivan todas las principales características de lo poético. En el esquema de sus posibilidades se centra la capacidad de decir, la memoria rehecha, la fascinación por lo que le rodea, el sendero silencioso de las cosas vividas, todo ello materia y dinamismo, éxtasis y posición ante la realidad y sus derroteros.

Cuando un poeta es antologado, el camino de su quehacer poético comienza a ser contemplado como un todo, mucho más si esto se produce por la mano del mismo poeta.

La imagen más cercana a una antología es el capricho, pero esta circunstancia se justifica con el hecho de hacer patente un deseo que el poeta siente, por proximidad, con sus criaturas, y entonces, lo caprichoso se convierte en preferente, en selección, si bien es la arbitraria visión del escritor quien lo determina.

La historia de la poesía está escrita en antologías; y esa es la mejor manera de eslabonar, como cadena de palabras en el tiempo, una sucesión que mantiene su hilo conductor muy oculto, tan oculto que es invisible, pero a su vez, presentido.

¿Qué nos quedará de tantos libros escritos y editados en el tiempo? Posiblemente, será una antología de antologías, y el antólogo será la voz unánime del lector, sin nombres y apellidos.

Hoy, contribuimos a lanzar una propuesta, en este caso con los versos de José Javier Aleixandre, y esta visión que de su palabra poética hacemos, queda reflejada en cada uno de los libros escritos hasta la fecha por el autor. Pudiera haber elegido otros poemas, otras representaciones de su obra, pero la casualidad o la premeditada elección ha determinado que fueran estos y no otros, de esta manera y no de otra.

Una de las primeras características que se observa en la labor poética de nuestro autor es la "inconstancia" en la escritura, la división, en paralelo absoluto, de dos estapas clarificadoras en su obra. Se pierde, por largos años, la actividad creativa, y el poeta se esconde en su cotidianidad hasta que vuelve, ya sin descanso, al mundo de la escritura.

Esta peculiaridad es clara si atendemos a las fechas de sus libros, pero lo es también, más subjetivamente, si atendemos a la propia creación, al subyacente mundo de cada una de las etapas de sus versos. José Javier Aleixandre complementa su actividad con diversos géneros literarios, diversas manifestaciones de la palabra: el periodismo, la novela, el cuento corto, la literatura infantil y el teatro. Sería preciso enfocar la poesía como una manifestación más, posiblemente la central, de su escritura, pero sería una tarea mucho más extensa y compleja que esta aproximación a su poesía. Sirva la referencia como punto de vista, como cercanía de su preocupación por la literatura.

Volviendo al punto anterior, y buscando una explicación poética a lo acontecido, tal vez sólo sea posible indicar que el silencio

poético de nuestro autor se deba a una actividad bifurcada en otros trabajos ajenos a lo literario, y que sus intereses se conducen por otros derroteros que los poéticos. Ese alejamiento de la práctica del verso le retorna con fuerza y con ganas de impulsar su, hasta esa fecha, corta obra.

Nos acercamos al punto inicial de nuestro trabajo: resolver los espacios poéticos en la obra de Jose Javier Aleixandre. Esta empresa es ardua y compleja por varias razones: toda producción poética tiene, o debe tener, una coherencia interna y una conexión externa. Trabajar con la andadura de un escritor es, a su vez, trabajar con la propia andadura de su vida, y será necesario hacer referencias precisas a precisos momentos de su existir. Terreno espinoso y tantas veces complicado, donde la crítica y la apreciación externa puede perderse en laberintos sin salida. Siendo consciente de esta limitación, los puntos de arranque se localizan más fácilmente.

Hay que hacer referencia necesaria a la conexión familiar de nuestro autor con el poeta Vicente Aleixandre, y esta nota biográfica ha de servirnos para indicar no aspectos literarios sino aspecto educativos: a nadie se le puede escapar que algo significa, y mucho, la gigantesca presencia del Premio Nobel en la vida de nuestro autor.

Una referencia de esta naturaleza marca, al menos, un desarrollo y un conocimiento, todo enmarcado en las propias relaciones humanas, y no podemos olvidarlo para situar a José Javier dentro de esta influencia directa o indirecta. Yo sé, y es absolutamente comprensible, que estos antecedentes son muy fuertes y pesados, para bien y para mal, como una espada de doble filo que es peligrosa por donde se la agarre. Nada tiene que ver, esencialmente, una obra con la otra, y eso es natural por muchos y diversos conceptos que son obvios. Cada poeta tiene su identidad, o al menos la busca, y eso es lo que importa.

Aparte de esta nota familiar, José Javier Aleixander tiene sus

raíces en la tierra vasca. Este dato no es muy significativo, si bien en algunos momentos el poeta hace referencia a estos orígenes, y en sus versos se traduce el paisaje y la motivación norteña. La vida del poeta es más cosmopolita, viajera, dedicada a múltiples tareas que más tienen que ver con lo diverso que con una localización extremada. Corresponsal de prensa, le facilita el poder conocer países y costumbres, gentes y lenguas, paisajes y sueños escondidos en tanta creatividad. Madrid ha sido, definitivamente, su centro y su mundo, lugar para la elaboración de su obra y de sus versos, añadiendo a todo ello la circunstancia de ser juglar de Fontiveros, lo que le acerca a las tierras de Castilla y al poeta místico de Ávila.

Dos apartados sería preciso tocar en este punto: la familia y el carácter, y lo traigo a estas páginas porque creo necesario que esa cercanía de sus versos se vea complementada con la otra cercanía de su vivir, de su ser y de su presencia en la cotidianidad, que es donde yo le conozco.

El poeta está casado con Julia, tiene hijos y nietos, y esto que puede parecernos normal en cualquier ser humano, tiene su porqué y su razón "poética", o al menos su reflejo que es lo que a mí me interesa. Las personas que rodean a José Javier Aleixandre forman parte de su "corpus" lírico y lo hacen desde la proximidad emocional y desde la presencia real en su mundo íntimo, componiendo esa atmósfera que necesita la creación. Temáticamente están, poéticamente están, y cuando no aparecen son sombras que navegan por el papel y la palabra, que se esconden en silencios y es espacios abiertos del verso. En el apartado del carácter, de la personalidad del escritor, hay que señalar, especialmente, su dedicación y su entrega a la labor literaria, desde una constante muy precisa de minuciosidad, de trabajo en un mundo donde la escritura ya forma parte constante, bien en prosa desde el cuento y la narración o en poesía. ¿De qué manera influye en la obra literaria la perspectiva personal del autor, su características humanas, su ideoinscripción? Es evidente que la concepción de la litera-

tura es un factor a tener en cuenta, y en nuestro autor se trasluce con facilidad:

Presencia de formas clásicas desde modelos preferentes (Garcilaso. Quevedo).

Materia poética escrita desde el "yo", donde la vivencia y el recuerdo se hacen patentes y conforman historias poetizadas.

Preferencia por un lenguaje estructurado en el principio de la comprensión, de la cercanía, con contantes alusiones a la experiencia.

La cotidianidad y lo próximo como temáticas más enraizadas, buscando la trascendencia en la medida de lo posible, con la presencia de Dios al fondo.

Las cualidades líricas no se pueden encerrar en un cuadro que refleje, absolutamente, todas las variantes posibles de su obra. Todo ello da respuesta a la pregunta que antes hacíamos, es decir, al concepto de literatura que José Javier Aleixandre tiene. Sintéticamente, la literatura se convierte para nuestro autor en un vehículo de comunicación, sin grandes riesgos ni rupturas, manteniendo una tonalidad expresiva desde la que no se escapa en casi ningún momento, desentrañando, poco a poco, su inquietud por las cosas y por los grandes temas de la poesía: la vida, la muerte, el concepto amoroso, los temas circunstanciales, aspectos religiosos y otros datos lúdicos y festivos. No escapa de su poesía el sentimiento existencial, de tono pausado e íntimo, que se desvela en algunos libros.

Indicábamos al inicio de estas páginas la disparidad temporal de las dos épocas que enmarcan la poesía de nuestro autor, con la separación de largos años de silencio rotos ya definitivamente. El eje de estas dos etapas claras en su obra también hace distinción de la preocupación del autor por la literatura: se observa una mayor mimesis circunstancial en su primer momento, tal vez debido a los balbuceos poéticos que supone el comenzar en la es-

critura, y por el contrario, es posible encontrar una mayor preocupación formal y estética en todos los libros de la segunda etapa. La labor poética requiere una constante reincidencia en cada poema y en cada nuevo concepto determinado en el verso, es una costosa misión que ha de presidir todo el *abajo* del escritor.

¿Qué espacios líricos podríamos ir definiendo en la producción poética de José Javier Aleixandre? ¿Desde qué dimensiones estéticas podemos abordar el análisis de sus obras, la permanencia poética de sus libros, la inquietud literaria de nuestro autor?

Denominamos espacio poético a la cobertura que se trasciende de cada entrega, teniendo en cuenta que la vida poética es una sucesión temporal donde el escritor va llenando, cubriendo, todos los espacios de su necesidad expresiva. Muchas veces es un fenómeno recurrente donde se vuelve, sin cesar, sobre los mismos principios poéticos transformados con otro lenguaje, dichos de otro modo, enriquecidos o innecesarios, según cada caso.

La primera intuición del poeta se produce como un reflejo de su peculiar manera de observar, y desde ahí partiríamos en la definición iniciática del poeta: el mundo y sus realidades son captadas para ser aprehendidas poéticamente, para ser tomadas como referente subjetivo que se deposita en el lenguaje. A fin de cuentas, la materia de lo poético es siempre una búsqueda de palabras, una continuada labor de captación y de hallazgo. Si se produce positivamente, está servido el recóndito fin de la poesía. Si no se consigue, el escritor reincide o abandona hasta dar con lo buscado. La operación se repite constantemente, teniendo presente que las limitaciones de la palabra se afianzan en una insospechada rigidez que no siempre es superada. Desde este concepto de permanente guardia (recordemos aquí la postura de Gloria Fuertes), los hechos y las cosas se van sucediendo y pasan por la realidad con inmensa rapidez. El fluir de la vida hace acontecer cada instante, le da carga inherente en todo pero sólo construida por la capacidad de la escritura; la transformación da como resul-

tado una nueva lectura del mundo, un nuevo semblante de las cosas, una intuición puesta al alcance sólo de quien sea capaz.

En este esquema, el poeta está llamado a percibir, a elegir lo que crea conveniente para satisfacer cada espacio que tiene abierto en su ocupación estética. La justa medida de cada momento la produce el propio poeta con sus "atrevimientos" y lo muestra en el lenguaje con su propio código. Hemos de creer en la unión entre expresión y contenido, ya tan clásicos y hacer referencia a principios lingüísticos que atañen al "signo", donde su propia naturaleza desemboca en dualidades y arbitrariedades consabidas. El significante podrá no variar pero el significado, unido al referente peculiar, sí. Aquí situaríamos el principio de ruptura que la poesía exige y pide para desentrañarse de otros códigos y otras maneras de expresión.

Entrando de lleno en la obra que nos ocupa, la salida poética de José Javier Aleixandre se sitúa en la estética predominante del momento, en un paisaje lírico propio y peculiar de la España de entonces, motivado por un clasicismo que estaba presente con fuerza en la obra de todos los poetas inscritos en estas tendencias. Y esto es absolutamente normal y habitual: el poeta, en sus inicios, tiene miedo siempre. Ese miedo se centra en una inseguridad que le permite escribir pero sin escapar de "sus padres" literarios. Todo poeta suena a otros poetas y está incluido en una tendencia que le sirve para agarrarse en el naufragio de sus primeros poemas publicados. No hay que olvidar que la escritura es una manera de desnudarse espiritualmente frente a los demás, y ese riesgo es arduo y gigante, complejo y muy significativo.

"Ver y Cantar", poemario del año 1943, concibe la poesía como un acto gozoso donde la juventud y la vida aportan una manera de sentir, desde la contemplación del mundo y el transformante lenguaje de esa realidad:

"Quiero soñar despierto mi ventura..."

dice el poeta, partiendo de un subjetivismo abismado en los

grandes momentos de una vida que se inicia. La presencia del poeta, desde la permanencia del yo, rastrea el pasado, la infancia y se sitúa frente al amor, la religión (Dios presente) el mundo gozoso y la juventud como esencialidades cotidianas.

"Dios estaba en lo alto de las horas  
madrugando en el cauce de la rama..."

La Generación del 27, sobre todo Gerardo Diego, la mano de Juan Ramón Jiménez, Machado y Rubén Darío (aportando elementos de imaginería musical y dinámica) subyacen en este libro inicial de José Javier Aleixandre. Ver y cantar, o lo que es lo mismo, la mirada despierta y el verso preparado para la confirmación de lo soñado o lo vivido, recuperando los espacios de una infancia presente y latente:

"Yo fui niño también..."

"Caliente Cintura del Viento" llegaría después de treinta y siete años de silencio poético. Todo este paréntesis señala una transformación en los gustos del propio poeta, una evolución germinada con la lentitud del silencio, con el paso que el tiempo deja en las personas.

La proximidad de un mundo meditado (lecturas, conocimiento de la realidad a través de la propia existencia) dan como fruto una temática que envuelve su primer y ya lejano libro, con alusiones de nuevo a la infancia, a los recuerdos, al pasado melancólico y ausente:

"Mi infancia está a lo alto de un cerezo. Trepando por  
los delgados mástiles de un navío fantástico..."

Pero sobrevive una poesía con lugares y personas, con homenajes y presencias literarias, con espiritualidad, como sucede en el poema "Teresa":

"Monja de cal y canto, fundadora  
de rosas liberadas en clausura..."

Y es Castilla, y Moguer, y Juan Ramón Jiménez, y la lejana Irún, ciudad de la infancia primera:

"Vuelvo a ir a colegio de las pizarras verdes  
y la lluvia me sigue..."

La poetización de grandes mitos literarios, de figuras que sirven al poeta de punto de reflexión, de lugar espiritual, de reencuentro con la belleza y el verso, con la creación y la supervivencia en el naufragio del silencio.

Atrapado el ritmo lírico, José Javier Aleixandre se incorpora definitivamente a la producción literaria. Será "Tiempo de Búsqueda" la entrega siguiente, esta vez a la captura de la voz, a la intuición desestrañadora de un lenguaje que la existencia llenará de matices. El paso del tiempo, la muerte y los desvelos de un vivir cotidiano, tornado siempre a lo espiritual que, ya hemos indicado, forma una constante inseparable del poeta. Nuestro autor llena aquí un espacio de intimidades, se silencios necesarios, con la formalización de estrofas de nuevo clásicas (el soneto) y el versolibrismo que estará presente en sucesivos libros.

La esperanza contiene los matices precisos vertidos hacia la expresividad del escritor torturado por no saber qué designios, recurriendo al símbolo azoriniano de la "arañita" (presentimiento de la fatalidad):

"La esperanza es una araña  
negra, que zurce el dolor  
con los hilos de la pena..."

Ciertos ritmos andaluces, de cadencia intimista y quejumbrosa, aparecen por todo el poemario, deslumbrando las imágenes con su peculiar cadencia.

"La Esperanza", "Si vivo todavía", "Oración del pan y el vino", entre otros títulos muy aclaratorios del tono general de este libro. De cuando en cuando, referencias a una poetización que recuer-

da a Dámaso Alonso, el Dámaso más existencialista, más agónico:

"Dame tu pan, Señor, a manos llenas..."

Aspectos de Blas de Otero (el autor de los sonetos de "Ancia") y toda un parte del libro dedicada a la poesía navideña, al tiempo de la Navidad, tal vez la más esperanzada, la más entrañable del libro. El villancico que se llena de sencillez y emotividad, en la línea de nuestros poetas del Siglo de Oro, más cercanamente, de Luis Rosales. Hay que destacar en esta parte del libro, el hermoso poema "Villancico de las cinco vocales", enraizado en la más depurada poesía tradicional.

"Anuncuación de Mónica" aparece llenando un espacio nuevo en la poesía de José Javier Aleixandre: el tema amoroso centrado en la diversidad del amor para el poeta, la presencia permanente y distinta de esta intuición vital y nueva siempre. La anunciación del amor es la equivalencia a la anunciación de la irrealidad específica en cada instante presente, de toda capacidad de amar. Conceptualmente, este libro está repleto de narratividad poética: el poeta cuenta, desarrolla, habla, pregunta, mantiene un diálogo abierto con cada presencia amorosa, secuenciando el tiempo, dando giros espaciales, situándose en cualquier instante, desde la capacidad sorpresiva, desde la ingenuidad del inicio hasta la madurez de lo amado.

"No miento si digo  
que nunca existió Mónica..."

Poesía plena elaborada en verso libre donde la musicalidad engraza la expresión y la encamina hacia el devenir de las imágenes, contribuyendo a una emanación poética propia de un fluir de recuerdos, de presentimientos. Hay un juego de simbolizaciones: el amor y sus paraísos, el amor y sus derroteros, el amor y sus posibles formas de amor.

El recuerdo mantiene un papel esencial en este poemario; papel que se manifiesta como salvador y reconstructor de anuncia-

ciones en el tiempo, porque el recuerdo es lo posible de lo imposible, en una paradoja que no confunde nunca.

"Encendida sombra de otoño" supone la alternancia temática de José Javier Aleixandre. Esta alternancia la preside la melancolía como eje de dispersión y de concentración, muy arraigada en el verso libre que da paso el paréntesis del soneto como alternativa formal y conceptual. El otoño se identifica con un tiempo y un espacio, con una vivencia interiorizada que amarra la vida con su triste penumbra de ocasos. Pero frente a esta matización cromática, la sombra se enciende, se permeabiliza de luz, se subleba para la meditación en la posibilidad de ser futura primavera. La búsqueda de la luz, desde una perspectiva espiritual, sanjuanista, el poeta es buceador de emociones, capturador de instantes, hechicero de posibles momentos robados a la melancolía. Este libro se identifica plenamente con el carácter "romántico" del poeta, con la respiración lírica de nuestro autor:

"Sigamos encontrando la luz  
de nuestro encuentro,  
aunque sea la luz envenenada  
por el sortilegio de la tarde..."

"Desde el llanto y el alba" tiene dos protagonistas elementales y presentes que distribuyen el tono permanente del libro: Vicente Aleixandre y la llegada de la nieta del poeta.

Se nos presentan los dos límites de la vida, las dos polarizaciones de la existencia, por ello la poesía en este libro es una bi-esencialidad, una contrastada permecia de lo vital que se presupone eterna y duradera. La elegía "Presencia última de Vicente Aleixandre" supone el primer rasgo: la muerte, el adiós, la amargura de la realidad implacable, la huída y el recuerdo como única posibilidad de sobrevivir:

"Porque la primavera se me pierde  
dentro del bosque...".

Algo oscuro y tenebroso impide una vez más la luz, se esconde en la frondosidad de las sombras hasta ahogar al poeta.

Presencia de obsesiones, de vidas pasadas, de gestos, de indicios, de elementales persecuciones de la memoria. Hasta que la ruptura se hace presente con la llegada de la nieta que sustituye el rasgo peculiar del libro, dando un giro al lenguaje y a la simbolización de todo el esquema organizativo. La esperanza se precipita como un asidero que el poeta necesitaba para seguir viviendo:

"Recién venida, y has llegado tanto  
que has traído contigo una manera  
tan distinta de amor..."

La salvación está conseguida y asegurada la continuidad de la vida, frente al final ya cerrado de la muerte y sus oscuridades.

Tras un paréntesis, "Historia de cualquier día" irrumpen de lleno en la poetización de la cotidianidad. La intención creativa está planificada desde la concepción del poeta cronista de su vida, interpelando cada acto, buscando la narración de lo que pasa desapercibido, de lo intrascendente en apariencia, pero en definitiva lo más extraño en la otra vivencia del hombre.

La intencionalidad se presenta en verso cadencioso, libre, a la manera de un diario íntimo que el poeta va fraguando lentamente, en el correr del tiempo. Varios aspectos son preponderantes en este libro de José Javier Aleixandre:

La elección de la vida personal en un proceso de trascendentalización.

La cotidianidad sólo es una plataforma de transformación en símbolos superiores.

La presencia de un lenguaje interiorizado.

El procedimiento del "monólogo interior".

El "tú" como un desdoblamiento del "yo" interior.

Tiempo subjetivo, no coincidente con la objetividad de un día.

Memoria y presencia de los elementos más cercanos al poeta: esposa, casa, libros, amigos.

Poesía de la intimidad universalizada.

Por todas estas razones, "Historia de cualquier día" es más un proceso de biografía espiritual que otra cosa.

En la colección "Adonais" ve la luz "En una voz más alta que la mía". El poeta se apoya en la reflexión y la lectura de Quevedo para partir, a modo de Glosa invertida, hacia la configuración de su propio verso. Poemas de larga factura, de desarrollo, donde se espacializa la condensación de otros libros, verificándose una extensión que refleja la necesidad de contar, de alargar el pensamiento y el verso, pasando revista a los momentos más significativos de la vivencia, en un tono meditativo que formaliza rítmica y cadenciosamente.

Es Quevedo un guía que protege la mano poética de nuestro autor, siempre con la admiración y el sentimiento de "lazarillo" que camina a la zaga de su palabra y su consejo.

Se trata del mejor libro del poeta, a nuestro juicio, por varias razones:

La madurez emocional se ciñe a la madurez expresiva.

La emoción es más traslúcida que en libros anteriores.

Se consigue una condensación de elementos poéticos en la propia base de la construcción poemática.

Los hallazgos se van situando en un lugar más trabajado, con un equilibrio eficaz.

La unidad se respeta como un todo cíclico que va encontrándose hasta cerrar el libro.

Es palpable que la elaboración de este libro ha sido pausada y sobre todo muy meditada, al menos da la sensación de que el poe-

ta sabe lo que quiere antes de iniciar su escritura, es decir, se ha producido una planificación interior que ha ido tomando forma hacia un desarrollo posterior. Se juntarían en una misma intencionalidad dos aspectos:

La inquietud del poeta ante los grandes misterios de la vida, reflexionados con largura y con preocupación.

Y por otra parte, la escritura ha sido la efusión precisa para envolver las emociones y las preocupaciones del poeta; acto más inmediato y más continuado.

"En una voz más alta que la mía" se cubre un espacio poético que el poema largo aporta como solución al carácter meditativo que necesita el poeta: el amor transcendido, la muerte tantas veces presente en su poesía, la angustiada presencia del tiempo con sus fauces y sus imparables abismos. José Javier Aleixandre ha encontrado, en este libro, el tono que buscaba, la capacidad comunicativa a través del largo período reflexivo, la ondulación del verso en penumbra expresiva, en barroca tendencia a la complejidad y al entusiasmo. Quevedo es sólamente un final que determina su desarrollo, el punto de anclaje de todo el texto, la identidad que tira del poeta hasta arrancarle cada letra.

Posteriormente a este libro, el poeta ha publicado un texto más antiguo, de 1987, pero que permanecía en la carpeta, esperando, como sucede tantas veces por no sé qué designios de la poesía. "Penúltima nostalgia", libro unitario desde la temática circense, tal vez ejecutado desde la melancolía de la infancia, paraíso encerrado en la carpa de un circo, paraíso que retorna hacia el pasado y se mueve con la identidad transfigurada.

Puede parecernos que este libro esconde la ilusoria verdad de lo lúdico, el peregrino sesteo de la nostálgica claridad de las cosas. Así lo acentúa el poeta en sus textos, todos ellos escritos con intuición, con distanciamiento, pero con pasión. José Javier Aleixandre ha encontrado el espacio de la búsqueda en el recuerdo, en la experimentación de sensaciones ya vividas y que la má-

gica realidad invisible de lo lírico convierte en presencia viva y directa, en constancia temática. Formalmente, el poeta hace alarde de conceptismo agudo, de recreación y juego, de llaneza y de aparente sencillez, pero esta ilusoria capacidad del verso se sumerge en otras complicaciones mayores que están escondidas en el poemario:

El acierto de los temas en relación con el circo.

La presencia de lo vivencial escondido en lo imaginario.

La estructuración de los poemas prefijados en un todo cerrado y coherente.

La espiritualidad ceñida a una manera esencial de los motivos elegidos.

Los conceptos y las imágenes como materia poética.

No es un libro menor, es un libro distinto. En toda la obra del autor se filtra esta temática con otros títulos y otras imágenes, pero en esencia es lo mismo, busca lo mismo, tiene la mis eficacia poética.

Hemos cubierto, hasta la fecha, los espacios engarzados en el verso y en la obra de José Javier Aleixandre, escrita y elaborada a lo largo de casi cincuenta años, junto a las demás manifestaciones literarias, pero en abierta permanencia, con la seguridad de que la obra sigue en marcha, andado y recreándose en cada nuevo verso, en cada libro posible, en cada intuición ensoñada. ¿Qué otros espacios vendrán? La poesía es imprevisible, como la vida, como la cotidianidad... Llegarán a través del tiempo, con su fluidez y su largura; mientras tanto, esta muestra amplia de su quehacer está cerrando un tiempo. Tiene aquí el lector una materia poética que abarca toda una vida.

Tan sólo nos resta invitar a entrar en esta antología seleccionada por el propio autor, atendiendo, claro está, a sus propios gustos que en definitiva son los salvadores de los poemas que com-

ponen este libro. Se presentan en la versión definitiva corregida por el propio poeta y ordenada de forma temporal, atendiendo a las fechas en que fueron publicados en forma de libro.





Institución Gran Duque de Alba

# **VER Y CANTAR**

*Editora Nacional. Madrid. 1943*



## **DE MÍ MISMO**

Por lo que sé de mí, yo soy un hombre,  
sentimental, ingenuo y vanidoso.  
Tengo un pasar sencillo y decoroso  
firmado nada más que con mi nombre.

Tengo una decidida preferencia  
por mis cinco sentidos. Busco, ciego,  
sin saber lo que busco, y si no llego  
tengo remordimientos de conciencia.

No quiero estar sujeto a ningún dueño.  
Quiero soñar despierto mi ventura,  
pero a medio soñar me vence el sueño.

Nunca encontré del todo mi postura,  
discípulos no tengo, nada enseño...  
Si he de morir un día, ¿no es locura?

## **SERENATA A LA LUNA**

Como gigante moneda de cobre,  
como pandero de ángeles gitanos,  
cumpliendo un rito redondo de fuego  
ofrecía su círculo la Luna.

Nunca tan bella la vieron los hombres  
de los montes esdrújulos señora,  
sobre los mares buscando tangentes  
o en las leyendas mágicas colgada.

Yo la he visto rojiza de deseo,  
sola y perdida por oscuros mundos  
al final de una calle silenciosa.

No me perdía el corazón ni el tiempo,  
sólo buscaba, humilde, mi caricia  
y de besarla me quemé los ojos

## LAZARILLO

Soy descendiente directo  
del lazaroillo de Tormes,  
y este buscar y no hallar  
lo viene diciendo a voces.

Busco a un amo a quien servir  
que tenga su cuerpo en orden,  
y he visto que el que no es ciego  
es porque, en cambio, no oye.

Lazarillo de mí mismo  
voy andando a tropezones,  
pues sólo apoyado en mí  
no puedo marchar conforme.

Busco un señor a quien sirvan  
mis lentos pasos tan torpes,  
y ya me voy dando cuenta  
de que busco más que un hombre.

Porque voy buscando a Dios  
llamando al diablo a voces,  
soy descendiente directo  
del lazarillo de Tormes.

## ELEGÍA

Dios estaba en lo alto de las horas  
madrugando en el cauce de la rama,  
con el gesto bendito de sus manos  
seleccionando el viento entre sus dedos.

Dios, aquella mañana, dulcemente  
se te metió con fuego en las entrañas;  
padre, todas las cosas se arruinaron  
en tus ojos después de su llegada.

Te mataron de espaldas. Cuando ibas.  
Cuando buscabas la pared tan blanca  
para ver a la muerte sin perfiles,  
como habías vivido: cara a cara.

Te mataron de espaldas. Sin dejarte  
notar la muerte sosteniendo el aire.  
Sin dejarte asombrarles con la audacia  
de preparar la sangre de tus labios.

Se te cayó la fácil elegancia  
de los hombros al suelo. Se te hundieron  
las manos dibujantes, largas, finas,  
y el corazón se disolvió en tu traje.

Tu altura, respetada dócilmente  
por mí desde la infancia como un símbolo,  
se te cayó de pronto. Con un ruido  
de pasos escapando de lo humano.

El asombro infinito de tu sangre  
descubridora de la piel —ya libre—,  
derrumbó con su ausencia y en su prisa  
tu corazón sin pájaros dejado.

Te iba a enseñar la tierra la difícil  
y minuciosa forma de la yerba  
sin dejarte tocarla. Con el barro  
pegajoso venciendo a tu mirada.

Porque amabas la vida, porque amabas  
la paz mientras luchabas contra todos,  
y sabías reír y solamente  
una mujer querías, te mataron.

Te instalaron la tierra sobre el pecho  
y has visto, poco a poco, que tu forma  
se va haciendo raíz para mi frente  
junto a la azul ceniza de tus huesos.

¿Qué encontraste después? La cal ardiendo  
de tus uñas ¿qué hirió? ¿A qué armonía  
subterránea del frío sorprendiste?  
¿Cómo son las ideas de los muertos?

Ya sé que ahora estás libre, padre. Dime:  
¿cómo se nota el tacto de las balas  
golpeando en el alma para entrar  
a conocer el reino de la muerte?  
Ya ascendiste del sitio del gusano,  
ya estrujaste tu risa. Padre, dime  
cómo son en los ángeles los ojos.  
¿Tiene cintura el alma de las vírgenes?

Desde hace mucho tiempo no sé nada  
de ti, ni de tus manos alejadas  
rebosantes de frutas con estrellas,  
y no conozco ahora tus costumbres.

Te hablo alguna vez como si fueras  
debajo de las piedras, como un ángel  
humanizado aún por tu esqueleto  
naufragado en el agua de los hongos.

Pero ya sé que estás sobre las cosas  
madrugando con Dios y la mañana,  
rodeado de santos fusilados  
en una mala hora de Septiembre.

## SONETOS DE AMOR EN ABRIL

### 1

Amor, ¿estás conmigo? ¿Qué campanas  
me repiten tu nombre tantas veces?  
¿Por qué callas, Amor, por qué no creces  
hasta llenarme el alma de manzanas?

¿Por qué valientemente no profanas  
los vientres misteriosos de los peces  
y con frescas entrañas no humedeces  
mis pobres venas demasiado humanas?

Haz que se me destroce en un calambre  
mi pulso tan perfecto. Dame el frío  
sublime, aun con dolor, de lo que abrasa.

La tierra, el agua, el corazón, el hambre  
de la fruta y la sed ancha del río,  
porque es tuya en abril, Amor, mi casa.

¿Qué es este angelical desasosiego,  
este río interior, esta colmena,  
este pino crecido en la serena  
tersura de este abril loco de fuego?

¿Adónde llego, abril, adónde llego  
por esta mar tan virgen y tan plena  
que desnuda y desata su melena  
sobre esta piel sedienta que le entrego?

El alma de un corcel salvaje sube  
sin bridás a su estrella. Se desnuda  
la doncella del aire... itan despacio!

El árbol se equilibra con la nube,  
y un ángel de cristal y seda cruda  
mira todas las cosas del espacio.

A mi salvaje sangre le has traído  
dentro del corazón mil gozos presos.  
Has hecho que me llegue hasta los huesos  
este dulce sabor de haber vivido.

Tus pechos, como dardos, han herido  
en mi pecho los tactos aún ilegos,  
y he bebido, bebiéndote los besos,  
la más jugosa rosa que he bebido.

Con una copa de latidos llena.  
Con huracán de seda enardeceda  
al que la rama de mi voz inclino.

Con un lago de añil para mi arena,  
y una caricia nueva y mantenida  
para abrirle al amor mejor camino.

## LOS ARCÁNGELES

1

Llegó por un aire de oro  
el arcángel San Gabriel  
con un recado de Dios  
por un aire azul pastel.  
Traía la voz en vilo  
el arcángel San Gabriel.  
Sabía que el cielo entero  
estaba pendiente de él.  
Azorado por la prisa,  
el arcángel San Gabriel  
casi tropezó en el borde  
del encalado dintel.  
Dentro estaba la Doncella,  
y el arcángel San Gabriel  
—tímidas sus fuertes alas—  
habló rosas, vino y miel.  
Nunca sintió criatura  
gozo semejante a aquél.  
¡Cómo brilló la mirada  
del arcángel San Gabriel!

2

El arcángel San Miguel  
dice que quiere una espada  
de níquel. ¡Ay, San Miguel,  
cómo brillará tu espada!

El arcángel San Miguel  
quiere un corcel de madera.  
¡Ay, San Miguel, tu corcel  
tendrá un pino en bandolera!  
El arcángel San Miguel  
dice que quiere una rosa  
de nieve. ¡Ay, San Miguel,  
cómo quemará tu rosa!  
El arcángel San Miguel  
quiere una abeja de oro.  
¡Ay, San Miguel, tendrás miel  
tan prieta como el decoro!  
El arcángel San Miguel  
quiere recortar estrellas.  
San Miguel, ¿dónde hay papel  
tan brillantes como ellas?

3

Arcángel San Rafael  
—buena brisa para andar—  
enséñame la manera  
más difícil de llegar.  
Arcángel San Rafael  
—sin cansancio y con sonrisa—  
enséñame a caminar  
veloz sin andar de prisa.  
Arcángel San Rafael  
—suave orilla del abismo—  
muéstrame la mejor senda  
para encontrarme a mí mismo.  
Arcángel San Rafael  
—paso que jamás se truncá—  
engáñame cuánto antes  
si no he de encontrarme nunca.

Arcángel San Rafael,  
vayamos juntos los dos,  
que con tan buen compañero  
me dará posada Dios.





Institución Gran Duque de Alba



*A LOS NIÑOS, CANCIONES*

GRAN DUQUE DE ALBA  
FUNDACIÓN

LIBRERÍA AYUNTAMIENTO DE MADRID



Institución Gran Duque de Alba

## NIÑOS

Son tan blandos los niños, tan pequeños;  
les caben en los ojos tantas cosas;  
tienen unas pisadas tan miedosas  
para cruzar flotando por sus sueños;

llevan a flor de piel tanta sonrisa;  
en el alma apretado tanto llanto;  
y exigen el remedio a su quebranto  
tan desvalidos y con tanta prisa,

que no se entiende cómo no nos miran  
con miedo, adivinando un mundo impuro  
desde su corazón tierno y temprano;

que no se entiende cómo no suspiran;  
que no se entiende su pisar seguro  
si Dios no les conduce de la mano.

## LLEGADA A LA PUBERTAD

Siente una sensación desconocida,  
algo que se le agarra en el deseo,  
un no encontrar postura ni recreo  
que sacie el gran misterio de su vida.

El no sabe qué es. De pronto, vino  
sin avisar, dejándole confuso,  
trayendo a sus silencios un intruso  
desasosiego y un temblor sin tino.

No le compensa ya su antiguo juego.  
Está al acecho, vigilando extrañas  
voces que de su mal griten el nombre.

Y siente un dulce miedo de ese fuego  
que le muerde rabioso las entrañas,  
porque ya sin saberlo se ha hecho hombre.

### LA TONTA

Está sentada, fofo, blanquecina.  
No tiene en ningún sitio la mirada.  
Vacía el alma y con la voz callada,  
el corazón le late por rutina.

A veces se le tuerce la postura  
y su boca colgada queda abierta  
como interrogación a la más muerta  
vida infantil sin gracia ni hermosura.

A veces quiere hablar. Con un ansioso  
vagido torpe intenta transmitirnos  
de su oscuro inframundo algún mensaje.

Más sólo llega un río doloroso  
de nauseabunda espuma, para herirnos  
y llenarnos el alma de coraje.

### LA DIABLURA

Poniendo a la Gramática en un brete  
el lenguaje de trapo ha descubierto.

Cada palabra es un camino abierto  
por su vocabulario de juguete.

Una vez y otra vez se le repite  
la risa que le baila por la piel.  
Miles de pajaritas de papel  
tienen su corazón por escondite.

Hay trenes de hojalata por su frente  
bajo el fosco arenal de su melena  
—leve y rebelde fin de su estatura—,  
y recatada, silenciamente,  
su pensamiento sin abrir estrena  
—casi invento genial— la diablura.

## EL NIÑO QUE YO FUI

Yo fui niño también. Qué peregrino  
camino recorri, ya no recuerdo.  
Quiero buscarme años atrás y pierdo,  
cada vez que lo emprendo, mi camino.

Se me quedó tan lejos la alegría  
—envuelta en un cruel papel de seda—  
que de mi vida aquélla sólo queda  
un gesto sepia de fotografía.

Fui niño pensativo y solitario.  
Soñaba raros mundos de corceles  
blancos que en incansable galopada  
corrían fabuloso itinerario.  
Soñaba sin cesar rosas y mieles.  
Soñaba que soñar no cuesta nada.

## A E I O U DE LA PRIMAVERA

### A

Los barrenderos del cielo,  
con escobas de cristal,  
barren por las altas calles  
las flores sin terminar.  
Un dorado remolino  
cae del cielo a la ciudad;  
en cada grano de polen,  
una palabra nupcial.

Golondrina en la ventana  
y la ventana, a volar.  
La carretera se anuda  
su chalina de alquitrán,  
y todos los ascensores  
se vuelven locos de atar  
porque se sueñan campanas  
en busca de libertad.

La primavera, vecina  
del viento, el árbol y el mar,  
como una burguesa rubia  
se ha instalado en una ciudad.

### E

Ay, trébol, qué verde el trébol,  
el trébol qué verde es,  
cantan sin saber la letra  
un hombre y una mujer.

Cuando se sabe el camino  
qué difícil es volver,  
dicen en viaje de ida  
un hombre y una mujer.

Miran a sitios distintos  
y los dos lo mismo ven,  
si son los que están mirando  
un hombre y una mujer.

Por matorrales de menta  
van en busca de la miel  
con un cazamariposas  
un hombre y una mujer.

Hay un silencio habitado,  
un mundo en la pared,  
dos miedos, la primavera,  
un hombre y una mujer.

## I

El gallo no ha madrugado,  
no ha cantado la perdiz,  
no sabe reír el burro  
y todos dicen que sí.

¿Quién ha ido contando el cuento  
del lobo en cada redil?  
El lobo tiene los dientes  
blandos como el alhelí.

Se han dado cuenta el caballo,  
la vaca y el colibrí,  
de que pastor y pastora  
se van juntos a dormir.

Ladran perros a la luna,  
quieren morderle el perfil  
porque les ha puesto el rabo  
verde como el perejil.

La abeja no busca flores,  
no puede el búho dormir,  
pero están en primavera  
y todos dicen que sí.

## O

¿Dónde está la primavera?  
¿Quién primero la encontró?  
¿Fue el arroyo o el romero,  
la margarita o el sol?  
Hay premio para el primero  
que haya sentido su olor.

¿Qué ha pasado de la nieve  
que no se escucha su voz?  
Ella la estaba esperando  
asomada a su balcón,  
para entregarle su nata  
y su pan de harina en flor.  
¿Qué ha pasado de la nieve?  
dice el bosque a media voz.

Pero cuando cambia el viento  
cambia el bosque su canción.

En la madera le crece  
una alegría mejor  
de sentir que está caliente  
la vida de dos en dos.

U

Un ángel está jugando  
con un dorado arcabuz.  
El arcabuz se dispara:  
todo se llena de luz.

La luna se ciñe nuevas  
enaguas rosas de tul  
y, mientras el firmamento  
dice a todo amén Jesús,  
Dios reparte a las estrellas  
su nuevo cupo de azul.

Ya vino la primavera  
por el Norte y por el Sur  
como una vieja moneda  
rodando su cara y cruz.  
Suenan órganos eléctricos  
con música de laúd.

Y para limpiar los himnos  
locos de la juventud,  
un corro de ángeles niños  
dice: a e i o u.



Institución Gran Duque de Alba



***CANCIONERO DE LA NOVIA***



Institución Gran Duque de Alba

## TUS LABIOS SOLOS

Perdóname que sea  
tímido como barco sin pirata.  
Perdona que al timón tenga un piloto  
si no sensato por lo menos tonto.

¿Dónde quedó mi mar entusiasmada  
que no tiró a mi alma por la borda?

Dime, novia de mimbre, de perfume,  
de junco para el río de mis ojos,  
¿crees que junto a tu borde  
puedo yo hundir mi vista  
pero dejando inmóvil la cabeza?

Dime, novia de rubio trigo abierto,  
de seda sin abrir  
detrás de la ventana de tus ojos  
con el visillo alzado ingenuamente,  
¿tú crees que tengo labios?

El decidido mar que dentro llevo,  
¿por qué no me naufraga en tus orillas?  
¿Está prohibido, acaso,  
tomar baños de sol sobre tu arena?

He recorrido todos los rincones  
de tus manos. Tus uñas  
me han afilado el tacto.  
He sorprendido el dulce y suave cambio  
que nace en tu muñeca para el brazo,  
y he seguido tu brazo tan redondo  
como el pino, la nube o el crepúsculo.

Pero no se ha agotado mi camino:  
la campana jugosa  
de sangre encristalada de tu boca  
sigue en la torre esbelta de tu cuerpo,  
solamente habitada  
por esa dulce espera que algún día  
se ha de perder el ángel que la guarda.

### EN ABRIL

Dios quiso hacerte a ti como a las flores  
—que no tienen edad, que sólo llegan  
cuando ya maduró la primavera—  
y viniste en Abril.

Este Abril que yo siento  
latir dentro de mí, como una hoguera  
que va encendiendo el bosque delicioso  
de mis mejores cosas.

Este Abril prieto y verde  
como una fruta joven en el árbol;  
igual que la cintura recatada  
de una joven doncella.

Este Abril que inaugura  
la primera vocal del alfabeto  
con esa torre gótica

de su inicial mayúscula,  
recibió la primera  
gracia de tu sonrisa,  
tu primera mirada oscura y grande  
y el primer sabor soso de tus lágrimas.

No hace aún veinte años que viniste  
y ya tiene llanuras,  
bahías, ríos, valles y montañas  
la escasa geografía de tu vida.

Como si fuera un aro de juguete  
fue rondando la leve  
madera de tus años.

El traje aquel tan blanco que llevaba  
cintas de terciopelo,  
la hilera de muñecas, el Retiro  
y el árbol de Noel en vacaciones.

Saltando aún a la comba  
dio con rabia la cuerda en tus rodillas  
y empezaste a saber ya que las lágrimas,  
como la sal, amargan.

Y, después, de repente,  
casi con uniforme de colegio,  
me conociste a mí sin darte cuenta.

Yo he querido enseñarte  
que eres delgada y blanca  
como una flor humilde  
de las que Dios protege y acicala  
con más predilección y más esmero.

Y he dado mis caricias a tu piel  
la más amable y dulce  
que mis manos tuvieron a su alcance.

Tienes en el solemne  
silencio de tus ojos  
la oscuridad más clara,  
y es tierna y luminosa  
la griega tan frutal que hacen tus labios.

Tienes las manos blancas  
y en ellas se cobija la armonía  
de la gracia de Dios.

## TIERRA AMANTE

### I

La yerba tan humilde nos prestaba  
su jugosa postura.  
El agua verde, fina, encristalada:  
la yerba tan nupcial, tan amorosa,  
sumisa y diminuta.

¡Qué cerca de la tierra nos sentíamos!  
¡Qué empapados de cielo!

Unas matas redondas  
con flores amarillas.  
Un pino y otro pino. Y una nube  
con forma de cordero.

Era nuestra la tierra  
dura que respirábamos,  
por derecho de amor y de conquista.

Todo el paisaje daba  
vueltas en nuestras manos. Todo era  
de seda y de cristal.  
Todo encendía, pura, tu mejilla  
y encendía mi boca.

¡Qué dulce soledad nos roedaba!  
¡Qué tímido era el aire!

2

Tan descuidadamente nos echamos  
que bebíamos cielo a borbotones.  
Tan rendidos estaban nuestros labios  
que se notaba el corazón en ellos  
y un galope de sangre  
los llenaba de risa sin motivo.

Besé tus cicatrices infantiles  
con besos escogidos en un mundo  
de cosas anteriores,  
donde fuimos dos notas musicales  
que estuieron a punto de encontrarse.

Entre la madrugada de tu pelo  
y la noche entrañable de tus ojos  
besé el suave crepúsculo  
de seda de tu frente.  
Como si fuera un árbol  
inclinado y rendido sobre un río.

Besé cada momento  
luminoso en tus labios.  
Interrumpí, besando, tu sonrisa.

Sorprendí la canción desordenada  
como un himno del campo,  
que convirtió su corazón en vuelo  
rojizo y amoroso de campana.

Rodeé tu cintura  
como quería hacerlo  
desde que presentía tu cintura.  
Juntos, sencillamente, por un monte  
íntimo. Con orillas.

Agua, madera y sombra nos sumían  
en el latido humilde,  
vigoroso y amigo de la tierra.  
Solos tú y yo con alma,  
con labios, con cintura, con campanas  
de fresa por las venas.

## LA PELOTARI CON BANDA AZUL

Con una banda azul se te inaugura  
ágil y breve en la cintura el cielo.  
Por eso la ilusión fácil del vuelo  
se somete con gozo a tu postura.

Yo quisiera ceñirte la cintura  
—como esa banda azul de mi desvelo—,  
con el cielo que tengo por ti en celo  
hecho cintura azul de tu blancura.

Si ella la suave gracia te sujetá,  
yo deseo tener la gracia suave  
de tu ágil vuelo entre mis brazos quieto.

Si de tu talle el breve tacto sabe,  
quiero aprender esa lección secreta  
de cómo en tu cintura el cielo cabe.

## *DIALOGO DEL MARINO Y LA NIÑA*

- Padre, ¿por qué en las olas hay espuma?  
—Para que sean blancas, hija mía.  
—Claro, se ven mejor. ¿Es blanco el día?  
—El día es blanco, hija, si no hay bruma.
- ¿Y qué es la bruma, padre, un cuarto oscuro?  
—Un mar oscuro que a los barcos pierde.  
—¿Pero no es siempre el mar de color verde?  
—El mar no tiene ni el color seguro.
- Con él me gustaría hacerme un manto.  
—No, hija, sólo a muertos cubre el mar.  
—¿Y no puedo a los muertos destapar?
- El mar les tiene presos en su espanto.  
—Entonces, ¿por qué quieres al mar tanto?  
...y no supo el marino contestar.



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

# **ERGUIDA TIERRA**

*Colección Arbolé. Editorial Oriens. Madrid 1980*



■ Institución Gran Duque de Alba

*I*  
*FIGURAS DE TIERRA Y CÁNTICO*



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## **ERGUIDA TIERRA SOY**

Erguida tierra soy. Vertical duelo  
del límite mortal de mis orillas.

Barro de pie. Sendero de puntillas  
para intentar, inútilmente, el vuelo.

Anclada está por el dolor al suelo  
la tierra de mis hondas pesadillas.  
Mi tierra, embarazada de semillas,  
izada está con cada flor al cielo.

Siento un río en mi pecho cuando nombro  
con mis propias palabras la belleza.  
Aún me cabe en las manos el asombro.

Y por elemental delicadeza  
no me mido la hombría de hombro a hombro,  
sino del corazón a la cabeza.

## **AL CIPRÉS DE SILOS, LLENO DE PÁJAROS OCULTOS, EN UN ATARDECER DE PRIMAVERA**

Arbol sonoro. Flauta con ternura  
de corazón de pájaro. Voz santa  
de jaula vegetal que se agiganta  
preñada de alegría hacia la altura.

Al cielo están izando su estatura  
las invisibles alas. Se levanta  
la mirada con él al cielo. Canta  
gloria a Dios su afinada arquitectura.

¡Qué solo y melancólico se queda  
mi corazón abajo! Dulce viento  
que en musicales cánticos se enreda

me adormece, soñando, el pensamiento,  
y aguja vertical de verde seda  
me cose el alma al cielo en un momento.

## CÁNTICO AL VINO

Intimo amigo que a soñar convidas,  
luz de sarmiento por el sol ungido,  
camino blando, tibio y tierno nido  
donde reposan todas las heridas.

Coloquio, danza, corazón sin bridas  
me has entregado. Mi mejor latido,  
mi puro amor, mi cántico dormido,  
mi rebelión de audacias escondidas.

Nata de tierra fecundada en zumo  
y exprimida de gracia, cuando vienes  
llega contigo libre y presurosa

mi juventud. Y en su presencia sumo  
fragancia y aventura, porque tienes  
alma de río y corazón de rosa.

## EL POTRO

Por primera vez solo. Flor sin tallo  
de yegua madre ya, va su cabeza  
oliendo el aire nuevo donde empieza  
por fin su propia historia de caballo.

Dando celos al vértigo del rayo,  
tendiendo puente o salto a la maleza,  
va buscándose el potro la destreza  
que le anuncia su sangre sin desmayo.

Piel de noche con luna, su piel siente  
la antigua raza y el ardor primero  
desde su joven corazón valiente.

Es su galope corto en el sendero  
redoble de tambor, y hay en su frente  
el pequeño milagro de un lucero.

## MATERNIDAD

Sintió su corazón la primavera  
llegándole al galope y encendida.  
Aroma de otra sangre florecida  
llegó a su corazón por vez primera.

Su piel tembló de gozo —dulce espera  
de su redonda piel de amor henchida—,  
y su vientre parió la nueva vida  
con salvaje dolor de vida entera.

Ahora la yegua, de repente, sabe  
que sus galopes han quedado presos  
de un corto trotecillo torpe y suave.

Sus ojos son como si dieran besos,  
su relincho se ha vuelto tierno y grave  
y le cala el amor hasta los huesos.

## CABALLO SOÑADO

En mis sueños de niño siempre había  
un hermoso caballo blanco. Era  
como súbita luz que en la pradera  
nocturna de mi sueño se encendía.

En mi caballo blanco perseguía  
cada noche la voz de una quimera,  
y en la senda sin fin de su carrera  
galopaba con él mi fantasía.

¡Cuántos febriles sueños a caballo,  
agarrando la vida por el tallo  
para arrancar su flor y su fragancia!

Hoy los sueños me siguen persiguiendo  
y al galope con ellos compitiendo  
sigue el caballo blanco de mi infancia.

## NUESTRO PRIMER PAISAJE

Enfrente estaba el cielo  
Tendidos en la tierra lo mirábamos  
y esperábamos casi que de pronto  
bajara hasta nosotros  
la lluvia azul del aire  
que vivía en contacto con los ángeles.

Unas hormigas eran  
las únicas vecinas de aquel sitio.  
En su incesante y diminuto vértigo  
subían y bajaban a nuestros cuerpos jóvenes  
echados en la tierra, que era orilla.  
Porque junto a nosotros  
estaba el agua verde  
que siempre hay en los lagos, esperando  
ser planta, fuente o río después, en otra vida  
guardada en el secreto de su fondo.

¿Recuerdas? Las hormigas  
te subían al pelo. Yo te puse

como una almohada bajo tu cabeza  
el jersey gris aquel que yo llevaba.

Hablábamos despacio. Nos llegaba  
ese olor que a los dos nos gusta tanto  
de la tierra mojada.

Cuando había una pausa se notaba el silencio  
como una dulce música nacida  
de nuestros corazones.

¿Recuerdas? Tú cantabas  
una canción sencilla y sin pensarla.  
Tarareabas casi.  
Con ese delicado y transparente  
sonido de tu voz  
que cubría mi amor de un apacible,  
sosegado descanso.

Entonces empecé a decirte algo  
que cada día digo de un modo diferente  
que viene a ser el mismo cada día.

¿Recuerdas tú si había  
flores en aquel sitio?  
En la yerba tal vez viviera alguna  
margarita silvestre.

## ESPOSA ENCINTA

A ti te hablo, esposa,  
con mi más puro y escogido acento.  
Como trata a la rosa  
la impaciencia del viento:  
buscando entre tu aroma mi sustento.

Escúchame cantar  
con la canción preñada de dulzura.  
Detenido el andar  
en la si par ventura  
de cantar la canción de tu cintura.

Puesto tengo a mi mesa  
tu sitio con el pan de cada día.  
Pan de amor que no cesa,  
bendita compañía,  
nueva razón para la vida mía.

Ocupan nuestras frentes  
unos mismos deseos y cuidados.  
Vamos entre las gentes  
—unidos los costados—  
de corazón a corazón atados.

El beso he descubierto  
más anudado y de mayor violencia.  
¡Qué sublime concierto  
para orquestar la herencia!  
¡Qué huracán de pasión y de inocencia!

Me has descubierto el beso  
más apaciblemente sosegado.  
Entre tus labios preso  
—rendido y consolado—  
en un tranquilo mar me siento anclado.

Te brota la costumbre  
de buscarme los ojos. De mirarme  
con renovada lumbre,  
para en tus ojos darme  
cercana y tibia luz con que alumbrarme.

Tendido en tu mirada  
me siento dulce cántico mecido.  
Y el alma abandonada,  
de bienestar herido  
quedó en tus brazos sin sentir dormido.

Conozco la sencilla  
caricia que tu mano me procura:  
habitual maravilla,  
noticia de ternura  
que tu mano a entregarme se apresura.

¡Con qué suprema calma  
pasa tu mano por mi pensamiento,  
hasta llenarme el alma  
de un feliz movimiento  
que al tuyo sigue como el mar al viento!

¡Qué supremo deseo  
de tenerme y colmarte de mi vida  
entre tus manos veo  
crecer y hacerse brida  
suave, sacramental y bendecida!

La fruta está vecina  
de tu árbol de amor que ya madura.  
Ya en tu vientre germina  
la sangre prematura,  
nuevo gozo y dolor de tu cintura.

Eres fecunda, esposa.  
Tu piel de azules venas navegada  
cuida la más preciosa  
carga jamás soñada.  
¡Vientre materno, bóveda sagrada!

A nuestra compañía  
el hijo viene con sonoro paso  
para poner un día  
tu corazón al raso  
y ahogar mi corazón en frágil vaso.

Como campana suena,  
y es nuestra sangre savia de una rama  
común que amor estrena.  
Nueva voz que en ti clama  
y a la vez a los dos dentro nos llama.

*II*

*NOTICIA DE MI ESTANCIA EN LA TIERRA*



Institución Gran Duque de Alba



## PRESENCIA EN LA CIUDAD

Aquí está la ciudad. Yo llegué un día con dolor o con miedo.  
Tal vez con esperanza de vencerla.  
El río de los años  
se fue llevando el pueblo a la deriva  
como un barco sin ancla,  
pero el barco era yo que me alejaba  
con un ingenuo lujo de luces encendidas  
buscando la ciudad para mis sueños.  
Y la ilusión de la ciudad ya estaba  
delante de mis ojos,  
dejándome tocarla con los tuétanos,  
acermando a mis labios  
la promesa sin límites de caramelos ácidos.

¡Cuántas veces pisé las madrugadas  
con el eco brutal de mis zapatos  
en el silencio solitario y triste  
de las aceras grises!  
¡Cuántas historias me conté en voz baja  
con un protagonista  
que crecía en mi piel cada mañana  
y en mi piel se dormía muy tarde por la noche  
después de haber soñado,  
para seguir soñando sin remedio!

Caí desde las grandes construcciones metálicas  
de los siete pecados capitales  
hasta las calles prietas de la ciudad del hombre.  
Me crecía el pecado de la ciudad por dentro.  
Me llenaba los huesos el pecado  
tendido en sobredad sobre mi hastío,

tendido sobre hmbres  
desordenadas, sin amor, del sexo.

Me cegó la mentira repetida  
y audaz de los anuncios luminosos.  
Se crisparon de alambres encendidos  
las noches de mis sueños,  
y el amargor de boca  
se instaló para siempre en mis insomnios.

¿Cuál era la ciudad que yo buscaba?  
¿Dónde estaba mi podium con aplausos?  
¿Dónde estaba el silencio  
que había ya perdido para siempre?

Voces, obscenas voces ensuciando los verbos,  
arañando superfluos adjetivos,  
poniendo al sustantivo boca abajo.

Y en aquella ciudad que con las uñas  
tuve que sujetar a mi andadura,  
en aquella ciudad que me dolía  
como un tizón ardiendo en mis espaldas,  
tuve que rebañar migajas, símbolos,  
besos, manos, palabras,  
pecados, pasos, versos y campanas,  
para escarbar un hueco donde a pesar de todo  
pudiera cobijarse mi sonrisa.  
Donde fuera pisando los talones  
a la suerte y al miedo cada día.

Yo soy ciudad ahora: cemento, asfalto, polvo,  
gasolina y aceites detergentes  
navegan como un vértigo en mis venas,  
y llevo puestos todos los zapatos  
de los que van de prisa buscando su negocio,

verdecidas las palmas de las manos  
de tanto sobar sueños de dinero.

En el bolsillo llevo unas pastillas  
que no me dejan derrumbarme. Canto  
con una voz artificial, que tengo  
que guardar enlatada dentro del frigorífico  
para el dia siguiente.

Llevo siempre agarradas en el cuello  
unas manos enormes que amenazan y gimen  
y nadie ve porque las llevan todos.  
Ya soy ciudad ¿Ciudad? ¡Ciudad o jungla!  
Ya puedo almacenar  
en cada atardecer un nuevo desengaño  
para calzar la máquina  
en la que va mi corazón hundiéndose.  
Ya me tiene agarrado por los ojos,  
por los pies, por los brazos, por los flancos,  
la ciudad de la angustia.

## PRESENCIA DEL AMOR

Me brotaba el amor como la primavera.  
Como verdes espigas en el campo  
húmedo de mi cuerpo.  
Con una nueva sed en los asombros  
que iba descubriendo  
desde mi ensimismada geografía.  
Primero fue la sombra rubia y leve  
de una niña que no tenía labios  
más que para sonrisas de oro, y en las manos  
aún llevaba los moldes  
blandos y sin borrar de sus muñecas.  
Luego, tímidamente,

llegó la voz. Querían las palabras  
tomar parte en el juego, ser bandera  
del asalto de amor.

Pero llegó tan torpe y balbuciente  
que no pudo cuajar en flor ni viento.

Entonces empezaron a nacerme los versos  
como fáciles alas de mi cántico,  
y brotaron de pronto en mis silencios  
todos mis musicales  
deseos escondidos. Mis miradas  
ya tenían campanas de cristal y de plata  
para contarle al viento  
mis amores de niño, temeroso  
de que alguien más que el viento lo supiera.  
Siempre de lejos, siempre en solitario  
campo de espigas verdes,  
donde sólo mis ojos y mis versos  
jugaban la partida.  
Donde mis labios y mis manos eran  
para el amor, lejana  
luz prohibida detrás de oscuras rejas.

Poco a poco, las manos  
—las manos en las manos solamente—  
llegaron a novicias  
de esta ferviente religión del tacto,  
y un día descubrí, por fin, los labios  
sobre la cima de oro de la torre  
de pasión que escalaba,  
y el clamor jubiloso de mi sangre  
se volvió catarata,  
y mis ávidas manos profesaron  
en devoción de cálidas clausuras.  
¡Que gozo de inventarme

lentamente el amor, sin descubrirlo  
del todo todavía! ¡Qué largo recorrido  
de nombres con mis versos puramente ceñidos!  
(Inés, Cristina, Carmen,  
María, Gloria, Mónica, Natalia,  
Lola, Emma, Isabel, Pilar, Teresa...)  
¿Cuántos paisajes llenos de flores amarillas,  
de anocheceres blancos en la era,  
de soledades cómplices, de miedos,  
de excursión clandestina en bicicleta,  
de esperas, de jardines,  
de tristes abandonos y de nuevas  
ilusiones crecidas  
en amores bordados de inocencia!

Pero la sed me ahogaba  
y buscaba en las calles mi remedio  
naufragando en el tedio de la noche  
por camas alquiladas. Comprándome posturas  
de mujeres que nada me decían del verdadero amor.

Hasta que se doraron mis espigas  
y sólo un nombre fue para mi vida  
compañía de siempre.

Porque ya no era nombre, sino feliz camino.  
Ella estaba a mi lado para ungirme  
con el aceite del amor diario,  
para darme el racimo de su cuerpo  
que en mis labios se hacía  
vino fiel del banquete  
que sólo sabe preparar la esposa.

Me ofrecía riendo, entre sus manos  
delicadas y blancas como flores,  
fragilidad de pájaro y atadura de ancla.

Y en el río de amor de los dos juntos  
descubríamos islas  
con árboles cargados en sus ramas  
de caricias y besos.

Es verdad que vinieron otros nombres  
(Rosa, María, Soledad) que eran  
espiñas verdes germinadas tarde  
y puestas al alcance de mi mano  
al borde del camino.

Y encendieron de nuevo ante mis ojos  
gigantescas hogueras  
que ardían como jóvenes manzanas  
llenándome de humo los latidos  
ebrios del corazón.

Era el dolor preciso  
para darle al amor más estatura  
y regar con las lágrimas más fértiles  
un árbol de raíces tan profundas.

Lavé mi sangre oscura removida  
que se fue desbordando,  
hasta dejar tan bien atado y limpio  
mi buen amor, que ahora  
es como un campo de alhelíes blancos,  
como un alba de oro,  
como un apasionado ramo de rosas rojas,  
como una rara colección de pájaros  
libres para volar y sometidos  
por sus propios deseos  
al único deseo que calienta  
la postura común de los esposos  
cuando ya han aprendido a ser amantes.

La espiga maduró cuando fue tiempo

una tras otra cinco veces. Dándome  
continuación al alma  
y haciéndose milagro de la carne:  
amor en cinco partes iguales dividido  
y en cada una de las partes íntegro.

Mis hijos, que clamaron desde un mundo  
de estrellas y palomas por venir a este trozo  
de duda que el amor les ofrecía.  
Para aprender las rosas y romperlas,  
para hacerme más altas la frente y la palabra  
y atarme entre los dedos su caricia.

¿O acaso no querían venir y les trajimos?  
¿Pudieron elegir otra materia,  
ser nácar o coral, ámbar o ágata?  
O ser leve polvillo luminoso  
detenido en las grandes alas de mariposa  
que pueda ser acaso el universo.  
O tener otra forma:  
de ánfora, de liquen, de polígono,  
de pompa de jabón o de arcoíris.

Pero ya les trajmos  
y están pisando el suelo tembloroso del mundo.  
Vibrando como cuerdas de guitarra  
que inútilmente intento afinar al unísono.

Nuestros hijos. Mis hijos.  
En el íntimo huerto de mi casa,  
cinco benditos árboles  
con mi nombre grabado en su corteza.  
Con sus ramas, tan tiernas todavía,  
en lucha ya con vientos implacables  
que no puedo evitarles con mis manos

demasiado pequeñas.  
Y avanzo sin más remos que el sudor de mi frente.  
Penosamente avanza  
por ese mar de látigos que escupe  
la ciudad de la angustia,  
donde resiste a flote nuestra isla de amor.

## MÍNIMA HISTORIA

Mi historia es tan sencilla  
como el dolor, como el amor, acaso  
como la de cualquier hombre que sueña  
casi siempre despierto.

Eran las nueve en punto  
de la mañana. Todas las campanas  
se echaron a volar. Era domingo.  
La primavera ya se preparaba  
para entrar en el corro, y con el mar muy cerca  
y un sol lleno de risas y de fuego  
mirando indiferente desde arriba,  
yo empezaba a llorar.

Tal vez mi historia sea  
no tan sencilla como yo quisiera,  
porque no tengo hechas de una pieza  
ni felicidad ni mi amargura.  
He remado con rabia muchas veces  
y he reído con pena.  
He cantado mi amor a voz en grito.  
He sentido caricias apretadas  
como fuertes amarras de navío en el puerto,  
y en el amor de una mujer, que puso  
su paso por la vida a mi cuidado,  
engendré cinco hijos.

Me he tragado las lágrimas  
como vino con sal, y está mi sangre  
navegada por barcos de esperanza  
que rompieron sus quillas en la seca  
realidad de mis huesos.

He metido, por fin, dentro del arca  
la tela mal doblada del fracaso.

Parecía que el viento me empujaba,  
parecía que el cielo  
me regalaba un manto azul y oro,  
parecía que el nombre me crecía  
como flor presumida en la solapa,  
y en una caja fea y pequeñita  
tengo guardadas, sin usar, mis alas.

Eran las nueve en punto  
de la mañana. Era —nada menos—  
la hora de empezar.

Han pasado cincuenta años. Tengo  
un saco lleno de palabras huecas.  
Todavía me nace en la cabeza  
una paloma blanca cada día  
que asesino —nervioso—  
antes de que su vuelo me desvele.

Yo que he soñado tanto  
me quedo ahora dormido en cuanto sueño.  
Me han mezclado la miel con zarzas agrias  
y todavía siento las ortigas  
que pisaba de niño  
arañando las piernas de mi alma.  
Todavía me encuentro algunas veces  
una mora madura entre las zarzas,  
pero me sienta mal, porque me olvido  
de que también mi estómago  
tiene cincuenta años.

Y el caso es que me quedan  
muchas cosas que hacer en esta vida.  
He de aprender aún a resignarme  
con la nada que tengo entre las manos.  
Tengo que conformarme con ser tan sólo un número  
entre los nosecuantos millones de habitantes  
que respiramos barro en este mundo.  
He de aprender a ser como una máquina  
(de nueve a dos —comer— de cuatro a siete)  
que va imprimiendo vidas de los otros  
en su quehacer diario.  
He de aprender a darle soniente  
los buenos días como si tal cosa  
al espejo redondo de mi cuarto de baño.  
He de amarrar raíces en mis hombros,  
dar betún a las plantas  
ardientes de mis pies para que brillen  
como si fueran con zapatos nuevos,  
quitar todos los días el polvo a mis rodillas  
y cuidar de que el pelo siga por mucho tiempo  
adornando la altura de mi cráneo.

¿Qué más puedo contar de esta sencilla  
disección de mi asco?  
¿Qué más puedo añadir a este puchero  
de sopa congelada?  
¿Qué más puedo decir que me revuelva  
las tripas hasta el límite?  
¿Dónde puedo mirar que no me duela  
la mirada que tengo ya con gafas?

Calma. Ya pasó todo.  
Tengo cincuenta años, bueno ¿y qué?  
Aquí estoy. En mi casa.  
Mi mujer y mis hijos a mi lado.

La rutina diaria  
de mi butaca que respetan todos.  
Mi historia es tan sencilla  
como el dolor, como el amor, con muchas  
ganas de no morirme todavía.  
Aunque siga remando río arriba  
y siempre sin un céntimo de sobra en el bolsillo.

## MAYORÍA DE EDAD

Hoy cumples veintiún años, hijo. Cabe  
todo el mundo en tus manos.  
En tus manos intrépidas de hombre  
que van buscando sin cesar un cielo  
más azul donde asirse.  
Tus manos hacendosas, fuertes, ágiles,  
nacidas —porque Dios así lo quiso—  
de mis delgadas manos sensitivas  
y acaso un poco torpes.

Hoy cumples veintiún años. Y tus alas  
—esas potentes alas que te izan  
el corazón magnífico  
hasta el jardín de luz de las estrellas—  
te quieren desatar dentro del pecho  
la libertad sin miedo de las águilas.

Eres mayor de edad.  
Quieres volar —meciéndote a tu aire—  
por los rubios paisajes de tus sueños  
llenos de sol, llenos de amor, con vientos  
para banderas íntimas  
a las que inventas tú colores nuevos.

Vas buscando las más sencillas fórmulas  
—camisa abierta, botos,  
un pantalón vaquero desteñido—  
para vivir tu vida  
alegremente y sin mayor cuidado.  
Sin nudos corredizos de corbatas  
que cuelguen viejos moldes a tu cuello  
con cadenas de seda.  
Seleccionando humildes flores. Dando  
vueltas y vueltas a la rueda mágica  
de tus enardecidos pensamientos,  
de tus palabras sin cocer del todo,  
de tu modo valiente  
de querer conquistar a toda prisa  
la vida, que se ciñe a tu cintura  
como caliente toro enamorado.

¡Qué miedo me dan, hijo,  
las escolleras que tu barco encuentre  
camino de la mar de tus deseos!  
¡Cómo temo las telas  
de araña que se enreden en tus alas!  
Porque andar por el mundo  
como tú vas, a pecho descubierto,  
sin más arma que el alma a flor de piel,  
es andar por caminos  
llenos de vidrios rotos y descalzo.

Antes de que nacieras  
canté mi miedo inmenso a tu llegada  
—iaquellos tres sonetos  
en los que te llamaba casi a gritos!—,  
y más miedo me da cuando te veo  
tan parecido a mí:

escalador de sueños por escalas  
apoyadas en sueños.

Ten cuidado no caigas  
con demasiada brusquedad al suelo  
de la verdad diaria, tan difícil  
de domar sin el látigo terrible  
que sus golpes devuelve a nuestra espalda.

No te me rompas, hijo. Tú, que eres  
mi verdadero hoy y vas haciéndote  
mi único mañana,  
porque voy siendo ayer sin darme cuenta.  
Tú, que eres cabeza del racimo  
de cinco flores vivas, cuidadas por las manos  
jardineras amantes de tu madre  
para adornar el alma de mi casa.  
De nuestra casa, hijo.

El río genitivo de mi sangre  
no ha podido llegar  
a mar que más me llene los sentido.  
Cada vez que te miro nacen verdes  
laderas a mis ojos,  
y me acaricia el vino del orgullo  
el paladar del corazón en vilo.

Hoy cumples veintiún años, hijo. Eres  
mayor de edad. La sombra de mi árbol  
se te queda pequeña. Quieres ponerle ramas  
al árbol que te crece muy adentro  
y fecundar al sol tu propia sombra  
para un amor que tiene compañera.

Te quieres ir. Mis manos no se atrevan  
a sujetar tu amarra.

El barco en que navegas es tu barco  
y no puedo añadir peso en tu ancla  
ni velas a tu viento.

Sólo quiero pedir que me permitas  
retener suavemente entre mis dedos  
el invisible hilo  
de mi profundo amor, que no le deja  
que se escape del todo a tu cometa.

Hoy cumples veintiún años. Un buen día  
para hablar de hombre a hombre,  
y ya tengo elegida una palabra:  
quiero decir —sencillamente— hijo.

## EPÍLOGO

Que me dejen encima de un monte cuando muera  
sin más peso que el cielo sobre mi blanda frente,  
sin más tacto que el aire para mis manos últimas,  
sin más señal que el claro límite de mí mismo.

Que en el espacio abierto tendida esté mi ausencia  
como un largo silencio vertido sobre el suelo.  
Eso sí, que me dejen mirando hacia lo alto  
con los ojos parados en las cambiantes nubes.

Que mi cabello sea viento anclado con alas  
frágiles de ceniza. Que se apague mi sangre  
como dulce resollo de corazón sin música.  
Que se lleven mi carne pájaros sorprendidos.

Que en mis labios, hendidos por un hachazo lento,  
puede salvarse toda mi colección de besos  
y escapen de las ramas tronchadas de mis brazos  
los apretados nudos que ciñeron al vértigo.

Que se rasgue la tela de mi piel como a un fruto  
maduro se le abre sin dolor la corteza,  
y el sol vaya puliendo con su luz implacable  
mis huesos liberados de su frío profundo.

Que la paciente lluvia vaya lamiendo el polvo  
de mi forma cuajada de quietud para siempre,  
y en los cristales secos de mis ojos se formen  
dos lagos de agua clara para mis sueños ciegos.

Que se me quede abierta la muerte como un libro  
que Dios está leyendo. Y para que no sea  
tan árido el paisaje de mi última página,  
que humildes flores nazcan dentro de mi esqueleto.



Institución Gran Duque de Alba

# *CALIENTE CINTURA DEL VIENTO*



*Editorial Obras Selectas. Madrid 1981*



## LAS ACACIAS

Como unas señoritas de provincias  
de otros tiempos, pasean las acacias  
por las calles. Muy serias y mirando  
con torpe disimulo a los que pasan.

Tienen su seco cuerpo renegrido  
y un nombre de mujer que huele a campo.  
Florecen del cemento casi vírgenes  
y está de moda su peinado afro.

Desde cuántas ventanas he mirado  
las acacias aquéllas, donde antes  
pájaros de visita descansaban  
del vuelo aquel que enamoraba al aire.

Cuántas noches miraron las acacias  
mi vuelta solitaria. Cuántas veces  
en su corteza áspera y tiernísima  
buscó un apoyo mi ardorosa frente.

Cuando en faroles tibios se apagaban  
mis jóvenes racimos de esperanzas,  
cuántos amaneceres me adornaron  
con sus ramas humildes las acacias.

Ángeles vegetales de ciudad,  
confidentes de amor y borrachera,  
viudas de los faroles y los pájaros,  
las acacias —insólitas— pasean.

## LOS CHOPOS

Los chopos, como lanzas amorosas  
que dulcemente entran en la herida  
púrpura de crepúsculo.

Los chopos, palpitando como lanzas  
estremecidas de pasión al viento.

Los chopos, como lanzas sosegadas  
de pacífico ejército en hilera.

Los chopos, que le ponen  
orillas verticales al sendero  
y apretada estatura a la mirada.

Se me clavan los chopos en los ojos.  
Y en el recuerdo antiguo se me clavan.  
Se me clavan los chopos en la pena.

Ellos pueden izar en el paisaje  
una plural definición. ¿Qué fuerza  
le reúne? ¿Y cómo están, unánimes,  
afilando al subir un mismo aire,  
si por más que yo busco  
manos, palabras, hombros y miradas  
que me sean gemelos,  
solo piso mi tierra sin entorno,  
vecino nada más que de mí mismo?

Yo quiero, como el chopo,  
sentir junto a los otros que mi cántico

—nacido de mi sombra diferente—  
es un viento que puede ser más viento  
en un viento común. Y lloro a solas  
porque llevo clavados en el pecho,  
como enemigas lanzas,  
chopos de los que soy íntimo amigo.

## EL CEREZO

Mi infancia está en lo alto de un cerezo. Trepando  
por los delgados mástiles de un navío fantástico.  
Con las manos tendidas a la vida. Sin miedo.  
Sin contratos. Sin moldes. Sin palabras difíciles.

Cabía en un cerezo todavía la historia  
de mis felicidades y mi alegre aventura,  
y buscaba la carne redonda y apretada  
sin que el sexo pusiera mi corazón en vilo.

Una boca sin labios colmada de cerezas  
era lo que tenía más parecido al beso  
y adornaba mi gozo con pendientes frutales.

Pero el cerezo entero se lo quedó mi infancia  
y después, tantas frutas amargas he mordido  
que se han vuelto mis dientes crueles como labios.

## CASTILLA

1

¿A dónde van los hombres de Castilla  
por caminos que llevan  
hacia la línea recta sin esquinas

que aprieta las miradas a la tierra?  
son caminos que amasan  
fatigas y sudor, enamorados  
de un horizonte eterno que siempre está más lejos.

¿A dónde van los hombres con el polvo  
metido entre las uñas  
de escarbar en el barro sus esperanzas últimas,  
roturadas con hierros de silencio?  
Son hebras de esperanza  
que zurcen los desgarros del alma de Castilla.

¿A dónde van los hombres  
con los cuartos crecientes de acero de sus hoces,  
como pálidas lunas  
en un rito monótono mecidas?  
Son las hoces que añaden  
el rastro luminoso de los brazos  
al aire transparente de Castilla.

En busca de los trigos van los hombres  
de las arrugas hondas en el cuello.  
Con las manos de áspera corteza.  
Con los ojos sin agua,  
porque el llanto entregaron a los sedientes ríos  
que en un lecho mortal al sol se abrasan.

Mancho vientre prolífico de España,  
la tierra de Castilla cría hombres  
de paso firme y corazón sencillo,  
que encienden con el alba su mirada.

Los surcos, largos gritos paralelos,  
son los ríos de pan que el hombre pone

donde no quiso Dios poner el cántico  
fértil y fácil y feliz del agua.

Las espigas, sudor alto del hombre,  
navegan por sus mares amarillos  
con velas rosa que les presta el viento,  
hacia huertos blanquísimos de harina.

3

Vengo a cantarte, Castilla,  
con mi dulzaina de fiesta.  
Déjame poner mi música  
donde tú dictas la letra.

Vengo a pedirte permiso  
para llamar a tu puerta.  
Para quemarme en el fuego  
que encendió con tierra seca  
un brazo de pedernal  
en tu cintura de yesca.

Tu cintura es la gavilla  
más prieta de la faena,  
tus senos son dos montones  
de trigo limpio en la era,  
tus manos saben caricias  
de jara, romero y menta,  
la llanura de tu espalda  
lleva al sol en bandolera  
y en la cuna de tu vientre  
—que espera y no desespera—  
caliente reja que ahonda  
te convierte en pan la tierra.

Vengo a cantarte, Castilla,  
con unos labios que besan.  
Sólo pido que tus labios  
sus amapolas me ofrezcan.

4

Firma la piedra con solemne rúbrica  
la faz de las ciudades de Castilla:  
un cilicio de piedra enamorada  
ciñe el éxtasis místico de Ávila,

altos arcos de piedra de Segovia  
dan siglos a beber a las estrellas,  
arcángeles bordaron en Toledo  
con aguja de ensueños piedras mágicas.

Burgos convierte en flores con suspiros  
de encaje celestial su piedra gótica,  
y por claustros románicos de Soria  
pasca su oración lenta la piedra.

5

Ya las yuntas de mulas con sus redondas grupas  
tersas como los frutos del arándano,  
son quietos huesos fríos  
bajo las nuevas tierras de Castilla.  
Su paso silencioso  
cubierto está por las revoluciones  
de motores potentes,  
sonora agricultura de tractores  
y de cosechadoras.

Pero Castilla sigue en el olivo  
de tenaces raíces,

que sujetas en el aire las heridas  
pardas de su corteza,  
y sus hojas vestidas con la plata  
verde de la nostalgia.

En la hilera de chopos que hacen guardia en la vega  
y al sol clavan las lanzas de sus húmedas sombras.

En las esbeltas espadañas, cita  
de cigüeñas hieráticas con campanas dormidas  
en la costumbre antigua del silencio.

En retablos barrocos  
de columnas con brotes de racimos y pámpanos,  
que enmarcan las imágenes ingenuas de los santos  
en las viejas iglesias de los pueblos.

Y en la lujosa vestidura de oro  
de los humildes cardos.

6

¿A dónde van los hombres de Castilla  
con sus nuevas pisadas? ¿Qué lindero  
necesitan cruzar? ¿Desde qué otero  
quieren ver cómo medra la semilla?

¿Qué pretenden izar en la amarilla  
bandera de sus mies? ¿Qué cancionero  
sueñan cantar al sol? ¿Por qué sendero  
buscan la luz de la verdad sencilla?

Castilla es ancha y dura como mano  
con costumbre de arar. En su talega  
juntos están su corazón y el grano.

Castilla —secular peón de brega,  
parvo yantar, sudor en el secano—  
pide el amor para el dolor que entrega.

## MOGUER VIVIDO

Estoy aquí, Moguer. Me naces dentro  
de tu nevado corazón caliente.  
Con lejana nostalgia adolescente  
por tus soñadas claridades entro.

Estoy aquí, Moguer. Hoy eres centro  
de mi circunferencia. Sol naciente  
de mi mirada. Reja transparente  
de la ventana azul de nuestro encuentro.

A Juan Ramón —también aquí conmigo—  
por fieles azulejos le persigo,  
en flor mis labios de nombrarle tanto.

He llegado, Moguer, con la voz llena  
de palabras de amor que amor estrena.  
No sueño ya. Estoy contigo. Canto.

## IRÚN

Es igual que una novia de labios infantiles  
que se me va dorando de tiernas lejanías.  
Esa primera novia, que no se olvida nunca  
porque ha inventado el beso de una vez para siempre.

Mi pueblo, con sus calles de trayectorias íntimas,  
con su vuelo de águila de la Peña de Aya,  
con maizales y helechos vecinos a diario  
y el blanco cementerio de mi primera muerte.

Suena un dulce zorzico de nostalgias que llevan  
mis pasos a la orilla de acá del Bidassoa.  
El barrio de Mendibil me huele a chocolate.

Vuelvo a ir al colegio de las pizarras verdes  
y la lluvia me sigue, mojándome los sueños,  
por el inevitable Paseo de Colón.

## TERESA

*A Teresa Olana*

Monja de cal y canto, fundadora  
de rosas liberadas en clausura,  
cocinera de Dios, genio y figura  
de garbosa mujer que se enamora

del incessante amor, ave canora  
que canta sin saberlo, criatura  
de barro y sol, modelo de locura,  
virgen fértil, mirífica doctora

de alforja y buen andar para el camino,  
flor de cortijo, ruisenor de Corte,  
candil que enciende resplandor divino.

Sin dolor, ni cansancio que le importe,  
sólo le guía en su tenaz destino  
la brújula con Dios puesto en el Norte.

## EN EL FRÍO DE LA TARDE

*A Fernando Benzo*

Fernando, ya tenemos  
los dos cincuenta años, surco a surco.

Echar a andar la rueda  
de la memoria duele como un látigo  
que golpea la espalda y la palabra.  
Hemos tenido que torcer el hilo  
denso de nuestras vidas,  
para tejer el lienzo sin costura  
que nos cobija y nos desnuda el alma,  
y de tanto torcerlo  
nos crecieron espinas en los dedos.  
Brotaron también flores, pero tienen  
profundas cicatrices en sus pétalos.

Fernando, ya tenemos  
los dos cincuenta años. Nuestro río  
se va acercando al mar en cada espuma.  
Todavía se agitan remolinos  
sobre la piel del agua que nos lleva.  
Todavía los barcos  
—barcos de tierra— surcan su corriente.

Pero en la clara superficie plana  
donde nace el espejo,  
ya no están las miradas tan antiguas  
con su jugosa carga de esperanza.  
Ya no están los corceles generosos del ímpetu  
cabalgando sin miedo en nuestros hombros.  
Ya no están los latidos, como árboles  
del corazón, pariendo ramas nuevas  
con la sangre redonda como cerezas frescas.

Son ya cincuenta años,  
Fernando, que nos cuelgan como trapos  
lavados muchas veces.  
Recuerdo de banderas que ondeaban  
en sus colores nítidos

llenos de sol, llenos de voz, vacíos  
de peso y de cordura.

Ya se nos va apagando  
la luz de las hogueras violentas  
en la sombra tranquila del rincón,  
y el frío de la tarde nos inquieta  
más que el fértil sudor del mediodía.

Hay que reconocer que ahora quisiéramos  
hacer una bufanda con la brisa,  
que puede lastimarnos la garganta.  
Hay que reconocer  
que el vuelo casi azul de nuestros pájaros  
es también casi gris si les miramos  
—por supuesto, con gafas—  
más de cerca las plumas de sus alas.

Hay que reconocer que las palabras  
ateridas de frío  
bajo su falsa costra florecida,  
se nos cuajan de risas y sarcasmos  
porque no tienen ya la levadura  
de nuevo pan crujiente.

Hemos andado mucho. ¿Recuerdas cuántas veces  
dimos la vuelta al mundo en una noche,  
doblando las esquinas sin aristas  
de calles y más calles y más calles  
en la ciudad dormida,  
alquilándole al cielo sus estrellas  
para encender farolas?

Tenemos ya los dos cincuenta años  
—desde hoy mismo gemelos nuevamente—  
y los catorce días de distancia

que separan y acercan  
la edad de nuestros huesos,  
ya no tienen ni nombre ni apellidos.

Los dos, cincuenta años  
palmo a palmo medidos  
en distintos senderos con orillas  
dentro del mismo cauce confundidas,  
que a veces se perdieron en la oscura  
confusión de dos selvas diferentes.

Hoy quiero abrir de golpe la ventana  
con tersa claridad de sol poniente,  
a los mejores tiempos  
de bolsillos vacíos y alma llena.  
Cuando cruzaban nuestro aire verdes  
sonidos de campana, y amarillos brillantes  
de sueños sin cocer, y lluvias rojas  
de flores golpeando nuestros ojos,  
y vientos enroscándose  
en nuestros sobresdrújulos tobillos.

¿Recuerdas nuestro encuentro tan lejano  
de estudiantes rápidos y orgullosos  
como protagonistas  
de Marcos de Obregón o Lazarillo,  
soñando bisturíes,  
pulsaciones arrítmicas, diagnósticos  
y calaveras líricas de Hamlet?  
¿Recuerdas nuestro amor fugaz y tímido  
por el externo-cleido-mastoideo?  
Vieja Universidad de San Bernardo  
con salida a la calle de Amaniel  
con salida al olvido de la sangre  
que no fuera la sangre  
de nuestro corazón enamorado.

¿Recuerdas nuestras locas aventuras  
de llegar hasta El Pardo en bicicleta,  
con la chaqueta puesta y abrochada,  
cuello duro y corbata, jinetes implacables  
de los ciervos de níquel con pedales  
que yo cantaba en mis ingenuos versos?

¿Recuerdas que tenemos  
los dos cincuenta años ya, Fernando?

Catorce versos o catorce días  
al tuyo adelantó mi nacimiento.  
Soneto umbilical que en cada acento  
va uniendo tus pisadas y las mías.

En el regazo de las tardes frías  
que de azules recuerdos siembra el viento,  
va creciendo con suave movimiento  
un racimo de penas y alegrías.

Si repasamos bien tan larga cuenta  
llevamos yo contigo y tú conmigo  
juntos treinta y tres años de cincuenta.

Y harina candeal de un mismo trigo  
nos llena el corazón, que se alimenta  
con este pan sin terminar de amigo.

## JUAN RAMÓN EN MOGUER

*A Francisco Hernández Pinzón*

Inventor del color del alma, llena  
su mirada de un fuego oscuro y grande,  
con su risa de niño  
guardada como un luto prematuro

tras la negra cancela cerrada de su barba,  
va Juan Ramón Jiménez  
por su Moguer de plata, rodeado  
de jitanos y ánjeles con jota.  
Metiendo el mundo dentro  
de un cristal amarillo.

¿Qué sueños de tranquilas  
violetas le conducen  
por los fieles senderos de la tarde,  
hacia jardines mágicos  
con un aire dorado sin costuras  
y fuentes que le mojan el silencio  
de su melancolía?

\* \* \*

Con "Almirante" al pase  
cabalgando marismas y nostalgias,  
colecciónista absorto de crepúsculos,  
se va palpando el pulso del recuerdo  
que palpitá en el vuelo  
transparente de ancladas mariposas.

Su casa azulmarino junto al río  
—blanca de cal y añil, de sol y espuma—,  
virada en amarillo  
por las pausadas luces de Poniente.

Su casa hermosa de la Calle Nueva:  
los espejos, los búcaros con flores,  
la música de piano  
y aquel balcón donde las noches eran  
diálogo encendido con la luna.

¿Se escucharán aún los cascabeles  
del coche de las cinco,  
desde el patio de mármol  
con la hortensia de todos los colores  
encima del aljibe?  
¿Seguirá todavía en los salones  
la estatura primera  
del corazón de Juan Ramón, que mira  
leves sombras ya blancas?

\* \* \*

Como niebla de flores  
le ciñen la memoria con distintos  
aromas las mujeres de Moguer.

María Huelva, vigilando ensueños  
en la secreta celda luminosa  
de su frente de niño.  
La bata de percal —¿percal o seda?—  
de Montemayorcita.  
El dulce aletear de Micaela.  
Concha Montes, estéril,  
y en la sien la flor muerta de un lunar.  
La sonrisa difícil de traducir de Herminia.  
Cinta Marín, marfil nevado en luto.  
El anzuelo de amor de Margarita  
y el verde amor con claros ojos verdes  
de Pepita Gonzalo.  
Húmeda la piel rubia de Simona,  
la sobrina del cura.  
Música de Chopín bajo las lunas  
gemelas de las finas manos de Feliciana.  
Y Aguedilla, la mínima

criatura de Dios,  
con su ofrenda de moras y claveles.

\* \* \*

¡Qué pálida le crece la tristeza,  
humilde ruiseñor de los paisajes  
redondos de sus lágrimas!

Con qué delicadeza  
va prendiendo jazmines,  
azucenas, geranios, margaritas,  
y nardos en sus versos.  
Cultivando jardines  
en la serena tierra generosa  
y tan honda de sus endecasílabos,  
y en la ligera tierra  
fresca de sus canciones.

Ya viene, ya se acerca  
por la fábula dócil al corazón sencillo,  
la peluda ternura de “Platero”  
con trote de borrico de algodón.  
Intimamente, Juan Ramón le habla  
poniendo en el acento las campanas  
de las palabras puras,  
y hay una luz de raso  
caliente en la mirada  
cercanamente humana de su amigo.

Campanillas azules,  
lillas con agua, lirios amarillos,  
y rosas, rosas, rosas.  
Rosas hasta en los ojos de “Platero”.

\* \* \*

Alerta en altas torres solitarias,  
es una larga hoja de cuchillo  
la raya sin calor de su horizonte.  
Tendido como un río,  
le van manando versos de claras aguas nuevas,  
pero se escucha muy adentro el miedo  
de la orilla vacía y sin sentido.

Busca puente de amor a la otra orilla,  
y sus manos, sus labios y sus ojos  
se llaman ya Zenobia  
y es Zenobia la seda de su paso.

\* \* \*

La casas de Moguer están encintas  
de claridad antigua  
—la Calle del Coral, la de las Flores,  
la Calle de la Fuente,  
la del Vicario Viejo, la del Sol—,  
con todas las ventanas asomadas  
a la ventana abierta del recuerdo.

Moguer da de beber a su poeta  
en pozos de miradas andaluzas,  
mientras pone en sus manos  
hilos malva, morados, rosa, granas,  
celestes y amarillos,  
para que Juan Ramón borde las alas  
de mariposa de sus pensamientos.

El quincallero con su carga de oro  
—velones y badilas de Lucena—  
pasa despacio por la Calle Nueva.  
Don Joaquín, el maestro,

sube la pina Calle de La Aceña.  
La sombra se hace ángulo en la esquina  
de Juanito Betún.  
Juan Ramón, por la Calle de la Ribera, busca  
nuevos oros y azules en el río.

Tiene los farolillos encendidos  
la Plaza de las Monjas.

\* \* \*

Las alas de la mariposa  
sencilla de la muerte  
han vestido de luto enamorado  
aquellas nubes rosa  
de las tardes lejanas,  
“Platero” está bebiéndose en el cielo  
su “dos cubos de agua con estrellas”,  
y Juan Ramón Jiménez  
—con la luz de los ríos que se van—  
cogido de la mano de Zenobia  
va emparejando lirios con violetas,  
para ofrecerle un ramo de sus versos  
a su Dios descado y descante.

Moguer tiene guardada su postura  
definitivamente ya de plata.

## REQUIEM POR UN NEGRO

(*En memoria de Martin Luther King*)

*"Para encontrar los héroes verdaderos  
hay que buscar en nuestros propios días"*

MAO TSE TUNG

Aleluya. Aleluya.  
El cielo azul es negro. Negras las nubes rosa.  
Y las palomas blancas, también negras.  
Son negras las cerezas verdes del Potomac.  
Y las colinas rojas de Georgia,  
negras como los hombros de los negros.  
Aleluya. Aleluya.  
Es blanco el algodón de Mississippi,  
Carolina, Virginia o Alabama,  
como los dientes blancos de los negros.  
Los alhelís del alba con sonrisa de azúcar  
les pintan de cal viva el pensamiento.  
Los corceles de plata de la luna  
les calientan la nieve de su noche.  
Aleluya. Aleluya.  
No es negro el corazón del hombre negro.  
Es una flor sencilla tendida al sol hambriento  
de un humilde jardín del extrarradio.

El arado de fuego del disparo  
de un asesino joven, alto y rubio,  
ha labrado la tierra difícil de una frente  
negra, maciza, sudorosa y joven,  
con un surco de sangre.

Dos mulas, sobre el duro río inmóvil  
y oscuro del asfalto,  
conducen la carreta algodonera  
con un lento respeto al cementerio  
lejano de los negros.  
Porque a un negro que iba a su montaña  
para poner la voz a más altura,  
lo han dejado tendido en el camino  
y le han matado a tiros la palabra.

Aleluya. Aleluya. El hombre negro  
tiene blancos los huesos inmolados  
de Martin Luther King.

Hasta ahora tenía nombre propio  
la muerte de los héroes  
rebeldes sin domar, que se llamaban  
Simón Pedro, Servet, Juana de Arco,  
Espirataco, Padilla, Lincoln o "Che" Guevara.  
Ahora un arcángel negro ha reclamado  
la trompeta brillante de Louis Armstrong  
para anunciar que un hombre negro ha escrito  
su nombre en el sagrado  
libro de las eternas rebeldías.  
Y Nat King Cole y Harry Belafonte  
ceden sus voces —con canción de cuna  
para una muerte súbita—  
a las desnudas lágrimas calladas de Coretta.  
Mientras en cualquier sitio  
hay un negro cualquiera, melancólico,  
que con el insomniable contrabajo  
pone un ritmo solemne de pulsaciones hondas  
a una orquesta de "jazz" que se rebela.  
Aleluya. Aleluya.

Suena una nueva música del viejo “spiritual”,  
que renace en la letra  
nacida de esa espera tan larga de los negros:  
“¡Libres! ¡Libres al fin!  
¡Gracias a Dios, al fin, ya somos libres!”.

Martín Luther King fue, pacientemente,  
sin armas en las manos,  
a buscar libertad en autobús  
junto a una rosa negra con la raíz cansada  
de estar de pie en el tiempo inacabable.  
Fue delante de hombres negros y de mujeres  
negras, que le seguían  
buscando libertad por los caminos  
abiertos en el hambre de su tierra sin agua,  
con los pies doloridos  
de tanto andar mirando a las estrellas  
sin poder alcanzarlas con sus manos de esclavos.

Martin Luther King tuvo la alegre artesanía  
de un limpiabotas negro,  
que saca las estrellas más brillantes  
de la piel más oscura,  
y recibe riendo la propina  
mirando —de rodillas— hacia Dios.  
Aleluya. Aleluya.  
Sus zapatos supieron el camino  
gemelo del camino de su hermano.

Martín Luther King quiso  
que se secan las paredes húmedas  
de las casas malditas de los negros.  
Que la voz de los negros se escuchara  
sin gritos y sin ascos de basura

en las cunas tristísimas  
del cementerio vivo de los negros.  
Que sus canciones no cantaran súplicas  
ni pidieran limosna  
para las manos pobres de los negros,  
para su amor de hombres.  
Que no viviera el miedo ensombrecido  
dentro de las miradas con la cabeza baja  
de los negros. Que el odio no creciera,  
como un río sin balsas, en las venas  
con sangre envenenada de los negros.  
Que una aurora de luz enamorada  
lavara los paisajes  
de millones de espaldas de negros soportando  
ese terrible golpear de América  
con látigos de oro,  
detrás de las palabras como bosques  
calientes gigantescos de Walt Whitman.

Por eso hay en los aires  
de Atlanta, de Montgomery, de Memphis,  
salmos con aleluyas en memoria  
de Martin Luther King,  
y siempre serán negros en la tierra  
blanca de la esperanza  
los lirios y los nardos, las magnolias,  
los alhelíes y las margaritas.

Aleluya. Aleluya.  
Un clamor de azucenas ha nacido  
de ríos enterrados en la muerte.  
Aleluya. Aleluya.  
De par en par ahora están abiertas  
las apretadas puertas de la pena.

Aleluya. Aleluya.  
Porque el amor aún sigue despierto,  
porque es cierto que es una senda buena  
la palabra, cantemos aleluya.



Institución Gran Duque de Alba

Editorial Zambrana, Valencia 1981



# *TIEMPO DE BÚSQUEDA*



Institución Gran Duque de Alba

*Editorial Interlakent. Valencia 1982*



Institución Gran Duque de Alba

www.instituciongranduquedealba.com

# I

## BÚSQUEDA DE CADA DÍA

*“Mira Dios desde los cielos  
a los hijos de los hombres,  
para ver si hay algún cuerdo  
que busque a Dios”.*  
*SALMOS, 53.3*



Institución Gran Duque de Alba

## LA SED

Puedes beber el mar y las salobres aguas cambiar en dulce zumo. Puedes beber la fresca cal de las paredes o las húmedas manos de los pobres.

Puedes beber las rutas cristalinas de las venas de un ángel. O la entraña suave y fría de un pez. O la montaña minada de corrientes clandestinas.

Puedes beber la sombra de tu nombre, de los lirios del campo la frescura, las fugitivas fuentes del sonido

y ese profundo río con que el hombre a veces, casi Dios, amor murmura. Mas sólo beber sed te han permitido.

## DESESPERANZA

La esperanza ya no es verde.  
¿Dónde se pudre el color  
de la esperanza?

Los hombres  
se están matando.

Ya son  
las doce en punto del miedo.

Hay en las manos temblor  
de tierra honda y oscura  
para enterrar al amor.

La esperanza es una araña  
negra, que zurce el dolor  
con los hilos de la pena.

¿Por qué se ha roto la flor?  
La esperanza es un naufragio  
de lodo.

Suena el tambor  
del grito.

Lágrimas llegan  
para hacer ríos.

La voz  
cumple pactos de silencio  
para matar la canción,  
porque en el cielo apagado  
se ha quedado sordo Dios.

## UN HILO DE ESPERANZA

Estoy en esta orilla del corazón. La tarde  
sujetando en el césped con mis manos delgadas.  
Clavando los oscuros cuchillos de las noches  
en las gargantas frías de tristes madrugadas.

En esta orilla seca del corazón, varado  
tengo un barco sin velas con un grumete ciego.  
Y una paloma muerta. Y una carta sin firma.  
Y una borrosa espalda. Y una hoguera sin fuego.

Qué desolado círculo se me cierra en el puño.  
Las apretadas uñas me han herido la palma,  
y una postura huérfana de rosas y azucenas  
me desnuda en los ojos la soledad del alma.

Todos estamos solos como perdidas islas,  
pero sin mar. A solas con la sequía inmensa.  
En los labios la fórmula de la arena y la cal  
y en el pulso una loca mariposa hipertensa.

Nos separan espinas sin pétalos. Sumidos  
en celdas sin abejas, cerramos la ventana  
sin luna en los cristales, y en la almohada dejamos  
sueños rotos muriéndose solos cada mañana.

¿Por qué vamos andando como si en el camino  
no hubiera nadie más? ¿Por qué inventamos llaves  
de oro para el viento? ¿Por qué nos alejamos  
de los otros, anclados en solitarias navas?

Si al mirarnos las vidas nos sintiéramos cerca  
—como el vuelo y el ala, como el labio y el beso—,  
seríamos los hombres barro de amor erguido  
y la mano en la mano sería un dulce peso.

Aún estamos a tiempo. Todavía hay campanas,  
se ven tierras fecundas desde las verdes lomas,  
y en el alto cemento podemos poner nidos  
para que resuciten alegres las palomas.

Abriremos los sobres de las cartas sin señas.  
Bordaremos con sueños jóvenes las almohadas.  
Pondremos escaleras para alcanzar la fruta.  
Borraremos los filos de todas las espadas.

Fundaremos escuelas de sonrisas y harina,  
de manos con antorchas y miradas sin miedos,  
donde olviden los hombres sus colores distintos  
y cuelguen sus palabras de fértiles viñedos.

Serán asignaturas la aurora y el rocío,  
exhibiremos bellas colecciones de síes  
en vitrinas con lágrimas ya pasadas de moda,  
y multiplicaremos mirlos por alelías.

Ya estoy en la otra orilla del corazón. He puesto  
mi amor en el platillo cierto de la balanza.  
Dios sigue haciendo trajes a las flores del campo,  
y mis manos se aferran a un hilo de esperanza.

## SI VIVO TODAVÍA

### 1

¿Estaré muerto ya sin darme cuenta?  
¿Serán mis pasos muerte transitiva?  
¿Tengo mi corazón en carne viva  
sólo porque de muerte se alimenta?

¿Dónde está el beso? ¿Dónde está la menta  
picante del deseo a la deriva?  
¿Por qué hasta la pasión se muestra esquiva  
y ya no me da sed ni me impacienta?

¿Dónde he vertido el escondido zumo  
sin alas de mi sangre? ¿Con qué losas  
cubro el amor que desamor se ha hecho?

¿No se ha salvado ni siquiera el humo  
para nutrir el alma de mis rosas?  
¿O ese humo me está pudriendo el pecho?

2

Recógeme, Señor, si ya estoy muerto,  
en tu espuenta celeste. Con mis huellas  
haz un sendero nuevo en tus estrellas  
o raíz de otros pasos en tu huerto.

Dentro del corazón ponme el concierto  
de las voces angélicas más bellas.  
Coge mis manos. Atame con ellas  
a un timón con el rumbo hacia tu puerto.

Pero si vivo aún, Señor. Si llevo  
dentro de mi dolor fluyendo el río  
que todavía no ha llegado al mar,

déjame descubrir tu amor de nuevo,  
caliéntame con tu calor mi frío  
y nuevamente enséñame a cantar.

## ORACIÓN DEL PAN Y EL VINO

1

Es mi cuerpo, Señor, un campo triste  
de niebla sin abrir. Fría cadena  
que sujeta el dolor a mi costado.  
Vestido fiel de mi desnuda pena.

Mi cuerpo, negación del equilibrio,  
un lastre de estupor y angustia tiene:  
a toda prisa va —no sabe a dónde—  
sin siquiera saber de dónde viene.

Mi cuerpo, roedor de malas hambres,  
a tientas va buscando su sustento,  
y dentro de engañosa levadura  
sólo encuentra la voz hueca del viento.

Tu cuerpo, blanca miga de pan tierno,  
hogaza para el hambre que no cesa,  
pone redonda plenitud al gozo  
y alimento de amor pone en la mesa.

Dame tu pan, Señor, a manos llenas.  
Esc ázimo pan, donde se mide  
la hartura de tu amor. Un pan caliente  
que le entregas a todo el que lo pide.

2

Es mi sangre, Señor, un solitario  
camino con pisadas. Prematuro  
grito para morir. Río de piedras  
arrojadas en hondo pozo oscuro.

Mi sangre, voz colmada de silencios.  
Abeja negra que tan sólo liba  
la flor maldita que a ser miel no llega.  
Cauce para navío a la deriva.

Mi sangre tiene un largo sueño anclado,  
y porque no te busca te me pierdes

en la melancolía de la tarde  
entre manzana azul y rosas verdes.

Tu sangre es vino del mejor viñedo.  
Torrentera de vino. Recipiente  
de sed para calmar la sed del barro.  
Amapola que mana de tu frente.

Dame a beber tu corazón de vino.  
Dame, Señor, tu amor de vino. Dame  
de ese vino divino —vino nuevo—  
sin que una sola gota se derrame.

3

Enamorado Dios de pan y vino.  
Alimento cabal. Arquitectura  
de espiga y vid. Trascendental hartura  
que se ofrece a la orilla del camino.

Fértil cuerpo de Dios. Rosal divino  
que da rosas de pan. Asignatura  
de trascendido amor. Cepa que augura  
generosos racimos de oro fino.

Para mis sed que siempre está sedienta,  
para mi hambre que jamás se sacia,  
Dios en vino y en pan se ha convertido.

Y con su propio cuerpo me alimenta.  
Y me lleno de Dios por obra y gracia  
del amor que he comido y he bebido.



Institución Gran Duque de Alba

## ***H***

### ***TIEMPO DE NAVIDAD***

*"Entonad un cántico, tocad los címbalos,  
la dulce cítara y el arpa"*  
*SALMOS, 81.3.*





Institución Gran Duque de Alba

## HISTORIA APOCRIFA DE LA NOCHEBUENA

Dios —un niño pequeño que en el cielo  
no tenía una madre y que quería  
tenerla— decidió sin más un día  
en un vuelo bajar a nuestro suelo.

Los nueve meses que duró su vuelo  
sintió el amor profundo de María,  
pero no conocerla todavía  
le sumía en constante inconsuelo.

Hasta que al fin nació con noche clara,  
pudo ver a su madre cara a cara  
y, rota ya la causa de su pena,

para que perdurara su contento  
quiso que desde aquel mismo momento  
aquella noche fuese Nochebuena.

## VILLANCICO DE LAS CINCO VOCALES

Aquí llegan, Niño,  
las cinco vocales,  
sencillas y claras  
como unos pañales.

De tanto mirarte,  
de tanto admirar,

con la boca abierta  
se queda la “a”.

Para que le vuelvas  
tus ojos, la “e”  
desde su ventana  
te tira un clavel.

Porque quiere siempre  
mirar hacia Tí  
su punto redondo  
te entrega la “i”.

Nunca como ahora  
le dolío a la “o”  
que su forma sea  
para decir no.

De rodillas pide  
llenar de tu luz  
su pequeño cuenco  
vacío la “u”.

Escucha, Cordero,  
las cinco vocales.  
Te ofrecen los niños  
su voz en pañales.

## FIGURAS DE BARRO PARA UN BELEN NAIF

Son de barro, pero son  
de amor también. Las figuras

del belén son criaturas  
que nacen a condición  
de llevar un corazón  
de barro. Qué maravilla  
que la tierra, tan sencilla,  
pueda servir de sostén  
parar llevar a Belén  
el amor hecho de arcilla.

Una y otra y otra, tres  
patas perdió ya la oveja.  
La oveja, que no se queja  
por más vueltas que le des.  
Al derecho y al revés  
su barro es angelical.  
Calman su sed celestial  
ríos de papel de plata.  
Y con una sola pata,  
pero llegó hasta el Portal.

Gaspar tiene en la corona  
barro de oro. Melchor  
usa barro superior  
para su real persona.  
Baltasar no desentona  
ni por barro, ni por oro.  
A pesar de su tesoro  
son del barro que parecen,  
y por un tesoro ofrecen  
pagar el oro y el moro.

El pastor tiene este año  
roto un pie. Lleva sus huellas  
cojas el pastor y en ellas

deja atrás paso y engaño.  
De estrellas es el rebaño  
que tiene ahora el pastor  
—porque un pesebre de amor  
le alimentó la mirada—,  
y el barro de una pisada  
cambió por senda mejor.

Un barro pardo se cuece  
con humildad para ser  
la mula. Pero hay que ver  
la mula cómo se crece.  
Parece que se merece  
noche de tanta hermosura.  
Parece que se figura...  
Se diría que parece...  
Y un relincho que estremecce  
crece lleno de ternura.

El buey —de barro dormido—  
por nada pierde su calma,  
y se le pasea el alma  
entre mugido y mugido.  
¿Será verdad que ha nacido  
en aquel establo un rey?  
¿Por qué antigua o nueva Ley  
todos se alborotan tanto?  
Y el buey —el buey, que es un santo—  
mira con ojos de buey.

Toda la noche de pie,  
de pie mirando y callando,  
de pie viendo y escuchando  
se la ha pasado José.

Cualquier noche no se ve  
lo que él ha estado mirando.  
Cuando Dios nacía. Cuando  
Dios le miró. Cómo fue.  
Y siempre de pie su fé,  
que era barro suspirando.

¿Se sabe si le ha dolido  
cuando la Virgen María  
entre la noche y el día  
divino barro ha parido?  
Cómo se han estremecido  
los hombros de la doncella.  
Porque ha nacido una estrella  
de una flor nunca tocada.  
Porque aquella madrugada  
la luz ha brotado de ella.

No había sido ninguna  
sonrisa nunca tan clara,  
hasta que el Niño llegara  
envuelto en pañal de luna.  
Con prisa bajó a una cuna  
sin puntilla ni entredós,  
de verde manzana en pos  
para calmar nuestra prisa.  
Y al barro pone sonrisa,  
porque es un niño y es Dios.

Para las reclamaciones  
que sabe de buena tinta,  
un ángel díscolo pinta  
“pintadas” con soluciones.  
Paredes y corazones

con “pintadas” de Belén,  
que pintan alma también  
al barro de las figuras:  
“Gloria a Dios en las alturas”,  
“Paz a los hombres”... Amén.

## *SALMO DE LOS CINCO JINETES*

*Para orquesta sin violines con un ángel solista de flauta*

### I

*“Húndome en el profundo cieno,  
donde no puedo hacer pie;  
me sumerjo en el abismo  
y me ahogo en la hondura”.*  
*SALMOS, 63.9.*

Llega el jinete en un caballo rojo,  
que con rojas pezuñas  
pisotea los muertos prietos como arena de orilla,  
junto al mar hecho bosque de olas ardiendo  
con llamas altísimas  
hasta casi quemar las alas de los ángeles.

El jinete trae rojas las manos y no son claveles.  
Y le nace del pecho un río de púrpura,  
pero no son rosas, sino sangre.

En el aire la espuela sonora de las trompas de caza,  
salta el caballo

zanjas llenas de hijos hundidos en el cieno  
—las manos crispadas  
agarrando fusiles herméticos y ciegos y sin causa—  
y destroza sus cráneos con furiosas coces.

La sangre de la guerra se enreda en mi cuello  
como una larga soga,  
víbora insaciable crecida en las ruinas  
de las deshabitadas camas de matrimonio.  
De las cunas vacías en las que sólo queda el llanto.

El jinete pasea su caballo grana  
por la pradera desolada de la ciudad sin nadie,  
y son los ríos  
lívidos afluentes del fuego implacable  
que ha vencido al rocío fresco de la mañana,  
desde el balcón sin barandilla posible  
de la bomba atómica.

Yo me hundo también en el cieno  
y no puedo hacer pie.  
Sólo quedan mis ojos a ras de tierra,  
buscando en el cielo lejanísimo la mirada de Dios,  
que acaso esté asqueado  
de ver tanta sangre congelada en el aire y se ha ido.

Desde una soledad sin límites  
llega el jinete en su caballo cárdeno  
que piafa con terquedad sobre mis ojos,  
y me ahogo en la hondura.

Y sigue ardiendo la hoguera sin luz de la guerra  
que sólo podría apagarse con lágrimas de Dios.

¿Por qué Dios no quiere llorar todavía?

V

*"Ni la pestilencia que vaga  
en las tinieblas,  
ni la mortandad que devasta  
a pleno sol"*  
*SALMOS, 91.6.*

Llega el jinete en un caballo gris,  
arrastrando como una cometa sin niño  
las alas enormes del miedo.

Igual que uno de esos muchachos pecosos,  
que siempre salen en las películas americanas  
arrojando periódicos desde su bicicleta  
ante las puertas de las casas con jardín,  
el jinete arroja desde su caballo  
las sombras demesuradas del miedo  
ante las puertas cerradas que llevamos a hombros.

Y el miedo crece  
como bola de nieve manchada de barro que rueda  
por la montaña del corazón abajo.

El miedo a la muerte  
que encoje las espaldas de los viejos.  
El miedo a saber que el amor puede ser  
un desierto de piedras marchitas.  
El miedo que se acerca paso a paso por la noche  
sin dar explicaciones.  
El miedo al tampón en la frente  
con las ocho letras tercas del suicidio.  
El miedo a perder ese asiento tan triste de la oficina.  
El miedo a las fuerzas ocultas del núcleo.  
El miedo a llevar en el rostro marcados los rasgos  
de las razas malditas.

El miedo que todos tenemos a tener tanto miedo.

El jinete dispara con el arma del miedo  
sonidos crecientes de trombones de varas.  
Y estallan las tubas.

Y la partitura de este tiempo nuestro se mancha  
con sangre imprevista  
que devasta la calle a pleno sol.

Y al jinete le siguen los hombres de rostro sin gestos,  
con las metralletas del miedo cargadas de odio  
y de muertes pagadas al contado.

Y el miedo se esconde detrás de un periódico,  
de la sangre reciente que salpica la acera,  
del silencio ululante con que los muertos claman,  
del cobarde corazón del silencio.

El caballo gris  
pasa como un viento que el jinete le ha arrebatado  
de las manos pacientes a Dios.

¿Por qué Dios no quiere todavía ser júbilo?

## VI

*"En verdad, Tú eres mi esperanza  
ya desde el útero;  
mi seguro refugio  
ya desde el seno de mi madre".  
SALMOS, 22.10.*

Señor, Dios de los Ejércitos,  
que le has permitido al jinete del caballo rojo  
añadir a los nombres de las batallas  
el sonoro nombre de Hiroshima.

Señor, Dios de las Plagas,  
que le has permitido al jinete del caballo negro  
redoblar el tambor del hambre  
sobre los tensos y abultados vientres de los niños de Biafra.

Señor, Dios del Lamento,  
que le has permitido al jinete del caballo verde  
hundir la voz aguda del cuchillo  
en las entrañas de las mujeres  
y en las endurecidas arterias de los hombres.

Señor, Dios de la Muerte,  
que le has permitido al jinete del caballo malva  
enterrar a la vida en el efluvio venenoso  
de los campos de Buchenwald.

Señor, Dios del Pánico,  
que le has permitido al jinete del caballo gris  
poner la metralleta en frías manos  
que disparan a muerte ráfagas de símbolos.

Señor, Dios mío, ponme de nuevo en el útero  
del seno de mi madre,  
donde otra vez pueda encontrar refugio.  
Y cuando me des a luz de nuevo,  
haz que sea llegado el momento  
de que apaguen tus lágrimas la hoguera de la guerra,  
de que quieras ser otra vez labrador,  
de que decidas convertirte en bálsamo,  
de que aceptes bajar el precio de la muerte,  
porque seas ya para siempre júbilo.

En esta orquesta donde no han sonado  
ni siquiera una vez los violines,  
pon un ángel experto solista de flauta  
para un contrapunto gozoso de pájaros  
en la rama más alta de un aire bucólico.

Y con tus extendidas manos tan arminiosas  
dirige todavía este concierto,  
antes de que los compases finales den paso  
a un concierto distinto  
que ordene el ritmo nuevo de los venideros días eternos.

Pero no te des prisa, Señor,  
y mientras tanto ayúdame a buscarte  
en la paz que hay detrás de la guerra  
que decide el jinete del caballo rojo,  
en la hartura que hay detrás del hambre  
que dispone el jinete del caballo negro,  
en el reposo que hay detrás del dolor  
que reparte el jinete del caballo verde,  
en la resurrección que hay detrás de la muerte  
que recoge el jinete del caballo malva,  
en la confianza que hay detrás del miedo  
que provoca el jinete del caballo gris.

Porque Tú sigues yendo delante,  
en tu caballo blanco.



Institución Gran Duque de Alba

# *ANUNCIACIÓN DE MÓNICA*



Institución Gran Duque de Alba

*Editorial Obras Selectas. Madrid 1982*



Institución Gran Duque de Alba

Serie dedicada a la cultura y la historia

## PRÓLOGO

No miento si digo  
que nunca existió Mónica.  
En estas veintisiete  
verdaderas historias,  
ninguna  
de sus protagonistas  
se llamaba Mónica.  
Una pudo llamarse Galatea,  
porque yo la saqué  
del borroso silencio de su barro.  
Dulcinera otra,  
porque la puse encima  
de un pedestal con laureles.  
O Beatriz,  
porque la llevé sólo en los ojos  
a lo lejos de un largo paseo,  
en el que no eran nuestros  
los árboles.  
O Julieta,  
porque entré en su recinto  
saltando el balcón de los miedos  
y poniéndoles alas  
de alondra o ruiseñor

a mis labios.  
O Melibea,  
porque dentro de ella  
crucé las dulzuras sin bridas  
de las fronteras últimas.

¿Y, acaso, no será cada una  
un momento distinto de una misma?  
Esa es Mónica.  
¿He de ser yo menos que Romeo,  
Pigmalión, Don Quijote,  
Dante o Calixto?  
Ya, para siempre, Mónica.  
¡A mí me gustan tanto  
las esdrújulas!

## MÓNICA DEL SOL EN LOS DIENTES

Aquella plaza de mi pueblo  
estaba rodeada de casas  
que entonces me parecían altísimas.  
Era  
como si reflejaran sus fachadas  
sobre la tierra de mis fantasías,  
igual que las montañas se asoman  
a las aguas de un lago.  
En el centro,  
el quiosco de la música  
de hierro pintado de purpurina,  
carabela de plata  
fondeada en la alegre bahía  
de mis juegos de jueves por la tarde.  
En torno,  
los castaños de Indias

y aquellos bancos verdes  
con una madera húmeda,  
que yo saltaba como un corzo  
de vacaciones.

Cuando llegaba Mónica  
todo se ponía de su tamaño  
para adornar su presencia.  
Ella era delgada  
como una flor que empieza  
y apenas si tenía más que corola,  
una corola rubia.  
Cuando llegaba Mónica,  
mis piernas, inmóviles de pronto,  
con timidez de aro de juguete  
tirado en un rincón,  
eran ingenuos pedestales  
del suspiro.  
Yo no tenía labios todavía  
y mi corazón nacía lentamente  
como fruta indecisa.

Porque también mi amor  
era flor que empezaba,  
flor sólo con ojos  
para mirar deslumbrado, a Mónica.  
que tenía el sol en los dientes.

## LA ESCALERA

Entonces, la escalera de mi casa  
era un “tío-vivo” de ángeles cautivos;  
una noria de enjaulados pájaros;  
un carrusel de brisas del mar

prisioneras en altas redes;  
un jardín de pisadas recientes;  
una sinfonía oculta de timbres mudos  
en las jambas  
de todas las puertas de mi espera;  
una paralítica rebelde  
que podía saltar a la comba  
en cualquier momento;  
una fluyente colección de manos  
de marfil, de rosa, de temblor, de ansia,  
para cultivar brillos suavísimos  
en la serpentina vegetal de la barandilla;  
una promesa a plazo fijo  
de peldaños definitos y últimos;  
un itinerario vertical  
donde todos los días  
me regalaban alas nuevas,  
como si fuera siempre domingo;  
una danza detenida en el aire;  
un tapiz mágico  
que me conducía con doradas prisas  
a todas las habitaciones del ensueño;  
una voz callada en la garganta  
que constatemente se debatía  
en un silencio lleno de palabras,  
para pronunciar el nombre de Mónica.  
Porque Mónica entonces era vecina mía.

Una colegiala con trenzas,  
que hasta muchos años más tarde  
no supo que tres pisos más arriba  
yo le escribía mis primeros versos.

## EN BUSCA DE LOS LABIOS

Conocí a Mónica en el "metro".  
Después de millones de estaciones,  
de andenes  
con presentimiento de alamedas,  
de miradas jugando sin mirarnos  
a vernos y no vernos,  
y de dejar salir antes de entrar  
a la humanidad con traje de diario,  
nos hicimos amigos.

Luego,  
por calles estrechas y antiguas,  
o descubriendo bancos escondidos  
en la plaza con estatua de bronce,  
ibamos tanteando el camino  
del amor.

Mónica y yo teníamos  
sin estrenar aún los labios,  
y organizábamos extrañas excursiones  
para encontrar el tesoro escondido  
de los primeros besos.

Buscábamos ascensores lentísimos.  
Pero entonces todos tenían las paredes  
de cristal,  
y siempre había en la escalera  
alguien mirando.

Buscábamos esquinas sin farol  
y sonaban pasos enseguida.

Buscábamos  
con los labios floreciéndonos de urgencias,  
porque eran tiempos difíciles  
en los que estaba prohibido

que nos besáramos por la calle.

Hasta que, al fin,  
en unas ruinas del Parque del Oeste,  
descubrimos la única verdad de los labios.  
Al principio  
no sabíamos cómo hacer.  
La nariz era un obstáculo insalvable  
y no encontrábamos postura.  
Aunque, naturalmente, aprendimos,  
y guardamos una colección completísima  
de besos recién hechos,  
por lo menos para una semana.

## PLAZA DE ORIENTE

Siempre que paso por la Plaza de Oriente  
me acuerdo de Mónica.  
Tirante el rodete rubio de su pelo,  
y la piel de sus pensamientos transparente  
como un farolillo de verbena.  
Tal vez me esperaba detrás de un rey godo.  
O colocando sin ningún orden  
las descaradas estrellas de sus risas  
entre los parterres.  
O recogiendo las flores de su paciencia  
para entregármelas, ella misma ramo.  
Porque fue Mónica  
la única mujer en mi vida  
que quiso agarrarse de mi brazo  
—sin que yo se lo diera—  
para llevarme a su mundo distante,  
únicamente construido por sus manos obreras  
para que entráramos en él los dos juntos.

Asiéndose a mí con su risa y sus lágrimas.  
Gritándome con los labios cerrados  
el amor con espinas  
que le asomaba en los ojos  
y que yo no quería escuchar.

Mónica no decía nada.  
Me miraba. Mendigándome,  
como si me rodeara una aureola.  
Sin que entonces yo me diera cuenta  
de que tenía la sonrisa humilde  
y los ojos claros y preguntadores  
de las dulces heroínas pobres de Charlote.

## A MÓNICA LE DOLÍA DEMASIADO EL MAR

Sobre el potro verde sin estribos del mar  
vino Mónica.  
Con espuelas de pólvora y sangre de hierro.  
Asidas a las crines de niebla  
sus desamparadas manos,  
sus manos inexpertas  
doctoradass de pronto en espumas oscuras.  
Llegaba desde el mundo distante:  
desde el cementerio de las carabelas  
y de la ternura naufragada.  
Estaba sola  
y olía su piel a violetas.  
El mar había puesto en sus sienes  
una corona de miradas.  
Y yo salía a buscarla con orillas,  
con el sol en la claridad de mis manos,  
con la espuma rescatada

en el alto columpio de mi corazón.  
Para ponerle  
crines de plata a su corcel  
con la sal ensimismada de mis versos.  
Para llevar al tren de su partida  
—escondiéndome por andenes de sombra—  
este mar mío de faros parpadeantes,  
de singladuras imprevistas,  
de mareas ajena a las lunas  
y escandalosas tempestades.

Pero a Mónica  
la dolía demasiado el mar  
para esperarme en la escollera.

## PARÍS

Jugaba la torre Eiffel  
a las cuatro esquinas  
con todos los rincones  
de París,  
y Monique traducía  
un “strip-tease” de mansardas  
desde lo alto del mundo  
del amor.

En el Musco de Impresionistas  
Monique me presentaba a sus amigos  
(“—Manet, Cezanne, Renoir,  
Toulouse—Lautrec...”)  
pronunciando sus nombres  
con la misma  
sensualidad de sus pinturas.

La vieja Europa

paseaba por el Sena  
en un “bateau-mouche”  
que bogaba  
como una tarta de cumplaños  
con las velas encendidas.  
Y en la cubierta  
Monique se dejaba besar  
—sin darle importancia—  
al pasar por debajo  
de cada puente.

Cerca de Place Pigalle  
“La belle meunière”  
repartía alegría  
con los vinos de Francia,  
y daba de propina  
los nostálgicos valses  
de los acordeones.  
En una habitación  
con cortina de flores  
del piso de arriba,  
la voz de Monique  
(«—Doucement, je t'en prie»—,  
me decía),  
también sonaba a música.

## SONETO AL ALIMÓN

A veces, Mónica, tenía la costumbre  
de convertirse en ovillo melancólico  
entre sus propias garras ensangrentadas  
de gato callejero.  
O en pompa de jabón para estallar  
en el mágico asombro de un poema.

O en un burbuja,  
desnuda para mayor escándalo.  
Pantera domesticada casi,  
Mónica conservaba la selva en su lengua,  
y lloraba con el único fin  
de medir en endecasílabos  
la sal de sus lágrimas.  
Tenía una manera muy especial  
de colocarse la bufanda.  
Por el modo de sentarse  
se hacía cómplice de cualquier silla.  
Y la maternidad  
se le notaba  
porque con gran frecuencia le nacían  
globos de colores en las palabras.

Un día le propuse  
quitar las “erres” a los versos  
y añadir esbeltos mástiles  
a las “uves”.  
Siguió mi juego Mónica  
para darle al amor su ortografía,  
pero catorce veces solamente.  
Como si torcáramos un soneto de besos  
al alimón.

## ISLA SECRETA

Mónica era mi arco iris  
sin necesidad de que cayera ninguna lluvia.  
Cuando descubríamos casi asustados  
la oscura dulcedumbre de un cine.  
Cuando nos citábamos en aquella “boite”  
donde se bailaba tan lentamente,

y yo le regalaba —“Je reviens”—  
un frasco de perfume para volver  
de nuevo.

Cuando las mariposas  
floreían en nuestros pensamientos  
en el rincón de aquella tasca de barrio,  
sentados ante media botella de vino  
para toda la tarde.

El seno de Mónica  
se hizo cálido puerto,  
donde germinaron mis frutos  
y fondearon al final  
todos mis barcos;  
Mónica procuró ponerme unas alas  
en el corazón  
cuando me hacían falta;  
siguió siendo mi arco iris  
después de caídas todas las lluvias,  
y cuando metamos en las maletas definitivas  
la módica rebeldía de mis versos,  
sus miedos silenciosos  
a la navegación de mis palabras,  
nuestras pisadas asombrosamente gemelas  
y la luminosa ceniza de nuestros labios,  
el amor seguirá siendo una isla secreta  
y los dos iremos del brazo  
por los campos finales  
a ver caer el último telón.

## EPÍLOGO

En mi recuerdo está Mónica,  
desnuda

como una espada resplandeciente,  
que me hace sangrar todavía los labios.  
Mónica de la mies ardiendo,  
de la sombra brillante,  
del escalofrío transparente en la espalda.  
Mónica de los silencios  
y de las risas precipitadas.  
Mónica de las citas en las esquinas  
que sólo tenían llaves para abrir.  
Mónica de los racimos apenas rozados  
por el ansia desmesurada de mis dedos,  
y del vino ofrecido  
con abundancia de río después de las nieves.  
Distinta en un paisaje perdurable.  
Arbol con ramas abiertas  
a la gozoza llegada de mi viento.  
Mónica de las ventanas encendidas  
en mis calendarios oníricos.  
Mónica de mi resurrección en primavera.





# *ENCENDIDA SOMBRA DE OTOÑO*

*(Premio Provincia de Guadalajara)  
Diputación de Guadalajara. 1985*



30 Junio  
2001  
Institución Gran Duque de Alba

(Fundación Gran Duque de Alba)  
2001 (Fundación Gran Duque de Alba)

*I*

**CIUDAD DE SOMBRA Y DE AMOR**

*"Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente"*  
MIGUEL HERNANDEZ





Institución Gran Duque de Alba

## FABULA DEL SOL Y LA ESTATUA

—1—

El sol, ese clarísimo sonido  
de un infinito órgano electrónico,  
que retumba como una catarata  
de márgenes sin bridas  
en la gran catedral del Universo,  
y atravesando sus vitrales múltiples  
va colocando flores siderales  
en izados alféizares.

El sol, un alto mar de alas anchísimas  
que con lengua amarilla lame el aire,  
y deja goteado  
su colección de transparentes frutas,  
en la cúpula indómita que forman  
los volcanes de ramas encendidas  
de los celestes árboles.

El sol, que pastorea sus dóciles rebaños  
de elefantes traslúcidos  
en la pradera más extensa  
de yerba palidísima, crecida  
sobre la tierra incandescente  
del corazón de un dios inagotable.

Yo pretendo encerrarle en su palabra  
y se sale la luz por las costuras  
de las tres letras de su silaba.

Pretendo amordazarle con la cóncava  
penumbra impura de mi pecho  
y me muerden las fauces de su júbilo  
los delegados silencios de mi sangre.  
Pretendo convertirle en una lanza  
de elemental manejo,  
para poder atravesar con ella  
la manzana de sombra de la tarde,  
y en las manos oscuras me descubro  
su herida.

Después de la derrota me arrodillo  
rendido en la desierta escalinata  
que conduce los ojos ya cegados  
hasta un templo sin puertas.  
El sol está colgado de mi espalda,  
como el burlesco monigote  
de aquel lejano día de Inocentes.  
Y comienzo a llorar lluvias equívocas,  
porque no han conseguido los hilos de mis dedos  
torpísimos  
zurcir la roja túnica  
—sin piedad desgarrada— del ocaso.

—2—

Bajo por la desierta escalinata,  
con la túnica roja desgarrada  
del ocaso cubriendo mi desnudo.

Avanzo casi a tientas por la espalda de asfalto  
de la ciudad —o selva—, tendida como un tigre  
que dispone su salto y su zarpazo.  
Y recorro las grandes avenidas con isla vegetales

para bronces ecuestres reservadas.  
Y en las íntimas plazas colecciono  
pedestales geométricos vacíos:  
voy buscando mi estatua.

La estatua que hace tiempo se me debe  
por haber ejercido largamente un oficio  
—domador de libélulas—  
tan útil para el alma de los párpados;  
o por haber ganado la batalla  
de despertar diariamente.  
Por haber conseguido con pertinaz frecuencia  
que mis ávidas manos —enguantadas  
para no dejar huellas—  
estrangularan gritos de silencios  
en las febres voces donde habitan;  
o por haber cantado mis romanías  
a la luna, sin luna.  
Por haber puesto al vuelo de las águilas  
rabo de lagartija,  
senda de vidrios rotos con místicas rodillas,  
meditado y cruel paso de hombre;  
o por haber buscado con las uñas  
el olvidado tacto ferial de la caricia.  
Por haber desvivido mis nostalgias  
cuando acecha la tarde.

Sé que por estas cosas y otras muchas  
—si cabe más gloriosas—  
me merezco una estatua de violetas,  
que acaso adornaría miradas sin jardines.  
Pero la busco inútilmente.  
Hasta que, ya cansado de tender sobre el frío  
de la ciudad las redes de mis sueños  
y destilar licores amargos en sus piedras,

como si fuera un lienzo de Dalí  
abro en mi pecho una alacena viva.  
Allí, por todos ignorada,  
descubro mi floral estatua. Rota.

### (PARENTESIS 1)

Hace sol en otoño. Todavía  
calienta a veces ese sol tan claro,  
que sostiene en el aire mi mirada  
como una flor en celofán envuelta.

Los leves mediodías del otoño,  
finísimos senderos de luz tímida  
que llegan hasta el hueco de mis manos  
para que el sol me beba lentamente,  
ponen el aire de cristal; los labios,  
de temblor; los recuerdos, de una dulce  
nostalgia disfrazada de amarillo.

Hace sol en otoño, pero duele  
la luz de ese sol siempre melancólico,  
aunque no sea todavía el último.

### VENTANA AL CORAZON

Llevamos treinta años  
—treinta años levísimos como alondras,  
como arenas al sol, como arroyos,  
como paredes recién blanqueadas—  
asomados a la ventana sin celajes  
de nuestra casa.  
De nuestra casa con la memoria rosa  
para decir en voz baja la nostalgia;

de nuestra casa con andamios sutiles  
resueltos como mástiles;  
de nuestra casa con la luz encendida  
para todas las esperas,  
que son en nuestro otoño  
dulce prisa y alerta sosegada;  
de nuestra casa que ahora tiene ladrillos blancos.

(Mirando cómo crece la tarde  
por las ramas de un árbol que ha echado raíces  
en la buena tierra de nuestro corazón.  
Viendo cómo crece la tarde  
en la dorada curva de nuestros hombros  
juntos,  
como si nos unciera.  
Sintiendo cómo la tarde crece  
en este lago de madurado vino  
que ya es nuestra sangre.  
Acariciando palomas gemelas  
—injertadas de ruiseñor—  
que palpan nuestros dedos al unísono.  
Abriendo puertas que nos quieren cerrar  
el horizonte,  
con tu frente y mi frente  
buscando claridad tras los cristales.  
Deshojando mariposas  
y echando rosas a volar  
sin dejar que la noche nos derrote,  
porque el sol vuelve a salir  
cada mañana).

Ven, mujer,  
y siéntate a mi lado para coser amor  
en esta luz que baja temblando del cielo  
por la tarde.

Junto a nuestra ventana, que sigue abierta  
para contemplar brillantes céspedes  
donde cayeron tantas lluvias;  
para mirar jardines con flores crecientes  
que cuidaron nuestras manos;  
para acunar recuerdos como a niños sin sueño  
que queremos que sigan despiertos dulcemente.

Ya las horas tranquilas de la tarde  
caminan con paso reposado,  
dentro de un aire tibio que azulea  
laderas de montañas que dejamos atrás.  
Mira conmigo desde el mismo barco  
de la ventana abierta,  
espuma y sal del mismo mar de siempre.  
Mira conmigo desde el mismo árbol  
que somos,  
los pájaros que pusieron sus nidos  
en la rama más alta de nuestro corazón,  
durante treinta años.  
Ven, mujer, a mi lado,  
y asómate conmigo a la ventana  
de nuestra casa de ladrillos blancos,  
para oír cómo llega el amor  
todavía con alas en los hondos silencios  
de la tarde de otoño.

¿Es necesario, Julia que tu nombre diga  
para que sepas que es a ti a quien amo?

### (PARENTESIS 3)

Como un río. Sencillos como un río.  
Mis ojos, como un río. Descubriendo

la orilla palmo a palmo. Siendo orilla.  
Todo yo siendo orilla recién hecha.

Horizontal fluyendo. Fugaz página  
reflejando en el agua de mis ojos.  
Buscando rutas que tracé con tiza  
mortal en la pizarra de mis sueños.

Presintiendo el hallazgo de unas alas  
en el mar. Arañando con los cinco  
vacíos afluentes de mis manos

la enfebrecida tierra de mi cauce.  
Con espadas clavadas en la frente,  
como el río tendiéndome de espaldas.



Institución Gran Duque de Alba



## *II*

# *LOS ULTIMOS DIOSES*

*"Y en la copa de otoño un vago vino queda"*  
RUBEN DARIO



Institución Gran Duque de Alba

## REBELDIA

Qué desgarradoramente  
me envuelve, a veces, el otoño  
con el persistente aroma  
de violentos jazmines izándome audacias.  
Jazmines de los que mana el río seco  
de las pasiones de verano.

Sé que es tiempo  
de acariciar los antiguos mármoles,  
contagiando mis manos  
de su frío bellísimo y quieto,  
en los solitarios jardines que tienen  
borradas hace tiempo en los senderos  
las pisadas gemelas.  
Sé que es tiempo de buscar  
las miradas que cuelgan como frutas secas  
en las ramas de los árboles paralíticos  
que ya no me dan sombra.  
Sé que es tiempo de tender  
en el hilo del recuerdo pañuelos con lágrimas,  
y flores apretadas  
entre las páginas de ese libro  
que no acierto a leer nuevamente  
con el sosiego necesario.

Y, sin embargo,  
en las gentes que pasan a mi lado  
con la sed proclamada en los hombros,  
quiero seguir rozando mi pasión,  
mi tacto firme y mi palabra nómada.  
Quiero poner en lo más alto de una columna,  
sobre un capitel jónico,  
mis labios entreabiertos como un búcaro  
que espera la visita sin protocolo  
del fuego de una rosa.  
Quiero escalar con insistencia  
el amor de los que ingnoran  
que en el silencio se esconde el deseo,  
despellejándose el alma aterida  
con las afiladas aristas de sus uñas  
incandescentes.

Quiero conseguir  
averiguar con tiempo suficiente  
el secreto de que en una sonrisa  
no haya sólo una mueca.  
Quiero seguir viviendo,  
aunque sea lamiendo la amargura  
de cada lánguido minuto que pasa,  
como si una lija terrible y constante  
arrasara la piel de las flores  
ajadas en mi cuerpo.  
Vivir, aunque sea empapando  
con la lluvia borrosa de la tarde  
mi espalda desnuda sin hombros,  
y tropezando con la frente  
—por no inclinar mi cabeza—  
en los rayos oblicuos del sol que se acaba.

Seguir viviendo.

Escuchar en mis labios los latidos  
de los versos que fuentes fresquísimas  
me acercan a las manos ardiendo.  
Ser no más que una planta, aunque sea con flores  
de las que nadie elogie los pétalos.  
Una planta rociada de hiel y pimienta,  
pero notando que la savia  
sube por mis senderos íntimos.  
Tener una espejo delante de mi aliento,  
para dibujar en el vaho  
la certidumbre de que existo.  
Sentir en mi pulso sucesivas oleadas  
de corceles y palomas  
citándose  
con las intrascendentes mariposas  
que en el instante preciso son luz.  
Con una corona o con un látigo,  
con un inagotable racimo en el deseo  
o con una red insaciable en los dientes,  
seguir viviendo.

Y es que me ha sorprendido el otoño  
con el corazón lleno de pájaros  
de brillantes colores,  
que todavía en pleno vuelo  
se me ha quedado sin alas.

#### (PARENTESIS 4)

Aunque las lagartijas ya no tienen  
sol para su quietud, y en el alero  
yerto de soledad no hay ningún nido,  
y sangran las pisadas de los campos;

aunque Dios ha dejado su sonrisa

muy lejos, y el silencio abre las puertas  
de las casas vacías, y los perros  
ladran al miedo de las sombras;

aunque las ramas secas de los árboles  
preparan en la orilla de la tarde  
delgados ataúdes al invierno;

aunque en los arrabales de mi noche  
me está temblando el corazón de frío,  
hay en alguna parte primavera.

## DIOSES OCULTOS

He vuelto a los poetas  
a los pobres poetas malditos.  
Esos desnudos dioses solitarios  
con zapatos difíciles;  
con las manos húmedas tendidas  
hacia las hogueras sin límites  
que iluminan paisajes interiores  
en los crepúsculos;  
con pechos como escollos indefensos  
que avanzan y avanzan deconsoladamente,  
tercamente abrazados a la tempestad;  
con los ojos brillantes  
de rebañar las últimas metáforas.

He vuelto a los poetas,  
a los pobres poetas malditos,  
con la misma amargura con que partí  
por los extensos prados sin árboles  
de la desesperanza.  
Y he visto en el remoto espejo  
—que todavía llevo a hombros—

su ascua de luz latiendo encendida  
sus voces ardiendo como mística zarza  
para abrasar a solas la lengua propia;  
sus miradas que de silencios se oscurecen  
y ahondan.

Les he visto midiendo su corazón  
con silabas vírgenes dulcísimas.  
Tapándose los oídos con espinas y alas,  
con puñados de seda o arpillería,  
para no escuchar los deformes sonidos  
de los mudos de alma,  
ni los diapasones que ataría su pulso,  
ni los ritmos unánimes de los esclavos.

He contemplado desde mi ventana  
de otoño  
cómo asoman a recientes ventanas sus versos  
—senderos o selvas o nieblas o libélulas—  
y cómo en sus palabras  
riegan flores muy tiernas con lágrimas,  
mientras tienden tapices tejidos al alba  
sobre sus espaldas como estepas dolientes.

He vuelto a los poetas,  
a los pobres poetas malditos,  
adoradores insaciables del verbo  
soñar.

Como si devorases a una mujer desnuda  
con las piernas desmesuradamente abiertas  
hacia la espuma hirviente;  
y vibrantes los senos  
a los obsesionantes ritmos repetidos  
de insistentes guitarras nocturnas;  
y redondos los labios restallantes  
como el látigo dulce de un río  
escarlata.

Esa mujer desnuda que se desliza  
como un pez de agua amarga  
entre los largos dedos del insomnio,  
cuando suenan las sábanas  
a pasquín arrancado en una esquina.

He vuelto a los poetas,  
a los pobres poetas malditos  
con vientres ardiendo de partos oscuros;  
o frentes disparadas como centellas  
torpes,  
que intentan confundirse con el amanecer;  
o ternura con máscara de escayola malva.  
Con su verdad parapetada en el volcán  
de un corazón,  
que envía su lava de oro y plata  
de naranjas a punto de pudrirse,  
de enloquecidos corceles  
cuyas crines atizan al viento,  
contra las paredes tan altas de siempre.

Los pobres poetas malditos, que encienden  
mis desamparadas sombras de otoño  
con sus antorchas de dioses ocultos.  
Erguidos como columnas  
que a cualquiera que mire desde lejos  
les pueden parecer innecesarias

He vuelto a los poetas,  
a los pobres poetas malditos,  
y he sumergido en ellos mi cántico  
como en un mar de lirios  
que va arrojando muertos azules  
a la playa.

### (PARENTESIS 6)

Buscaba en sus rodillas la ternura  
que no buscaba ella entre mis labios.  
Mis manos tan pequeñas no servían  
a sus frágiles manos de refugio.

Se nos quedaban muertas las palabras  
más bellas a la orilla del silencio,  
y el tímido aleteo de sus lágrimas  
flores de luz ponía en sus pestañas.

En una habitación que la penumbra  
iba inundando con el oleaje  
lento de la caída de la tarde,

ella soñaba estrellas que a las redes  
de mis constelaciones escapaban,  
mientras yo le besaba las rodillas.



Institución Gran Duque de Alba

### **III**

## **A LA ZAGA DEL TIEMPO**

*"A través de pesares me sigue vuestra sombra"*

**PAUL VERLAINE**





Institución Gran Duque de Alba

## UNA HISTORIA DE OTOÑO

Hoy se ahonda la alegría en mi costado  
como una aguja rosa,  
porque voy a intentar en tu cintura  
—que se diría recién hecha—  
una recolección de yerbabuena y nardos.  
Claman los tambores de mi piel  
llamándote  
a la selva inquietante de mis manos,  
porque estoy desatando de pronto  
lazos indiferentes en mis ojos de otoño  
y hasta la saliva tengo enamorada.  
Déjate llevar  
—rio violento y miel entre mis brazos—  
hacia la esplendente aurora  
de palabras casi soñadas,  
de silencios incisivos en agujones  
dulcísimos,  
y acepta que mi balsa ardiendo  
con la penúltima estrella  
eche el ancla en tu sangre horizontal.  
Haz que arrase de nuevo mis labios  
la tormenta,

sabiamente desordenada en tus labios,  
y que se derrame otra vez  
un cielo consolador  
en la inhóspita noche de mis párpados;  
a la orilla de mis temblores;  
en la hondura de mi pozo,  
colmado  
hasta el brocal de hojas amarillas.  
Ponle tu apretada yedra  
—como una verde lengua que asciende—  
a la madera todavía con savia  
de este viejo árbol mío  
que se resiste a tener ya las ramas  
vacías.  
En los cálidos rayos de tu pecho  
quiero incendiar los fulgentes  
prolocolos de mi corteza.

Ven.

Sigamos intentando la luz  
de nuestro encuentro,  
aunque sea la luz envenenada  
por el sortilegio de la tarde.  
Aposentémonos en el hallazgo  
de la melancolía y el grito.  
En inmovilidad total,  
antesala  
del más armonioso movimiento.  
Mirándonos, atrapados sin miedo  
en la red con mallas negras  
de tus medidas desafiantes,  
hasta que un día  
nuestras hambres juntas se devoren.

¿Por qué?

Si yo no había vuelto a buscarte,  
si del día primero yo no recordaba  
ni cómo ibas vestida,  
¿por qué sin más ni más volviste  
—prisa de vendaval en tu mirada,  
promesa de manantial  
en la precipitación de tus rodillas,  
cordeles de seda en tus labios—  
con un sombrero rojo  
que hacía más radiante  
el brillo disparatado de tus dientes?  
¿Por qué me ofreciste  
rubíes, zafiros y topacios  
en un cucurucú de papel de estraza  
y, además, cuando quise cogerlos  
me arrojaste a la cara tus vidrios  
opacos?  
¿Por qué dejaste que mi humilde espalda  
creyera que podría ponerse derecha otra vez  
como si en mi rama hubiera sitio  
para tu flor?  
¿Por qué has colocado con tanta torpeza  
unos gramos más de miedo y de rabia  
sobre mis tinieblas de otoño?  
¿Por qué has amarrado a mi lengua  
el peso marchito del tiempo?  
Creía que encerrabas tu hondura de mar  
—como una esmeralda goteante—  
en esta mano mía  
que ahora me encuentro tirada en la arena,

sin que guarde del mar más que una sal  
que me pinta de blanco la amargura  
en una espuma falsificada.

Me parecía tu empestad  
un regalo a deshora de la Naturaleza  
y únicamente era mi naufragio.  
Sentía que en tu bandada de palomas  
inventadas,  
con unas alas de arcilla libérrima  
yo podría volar afilándome  
en el río vertical de los sueños.

Pero sólo era la burda mentira  
de tu viento, afilando  
su cuchillo en mi pecho. De pasada.  
Y, por supuesto, sin verme.

### (PARENTESIS 9)

¿Hasta dónde me llega ya la muerte?  
¿Sube por mis rodillas? ¿Por mis muslos?  
¿Acaso agazapada entre mis ingles  
amenazando está mis genitales?

Río puesto de pie iba por mis vértebras  
navegando hacia el peso de mis hombros?  
¿Tal vez al corazón me pone párpados?  
¿Devana mi cerebro en sus ovillos?

Con urgencia se van cumpliendo años  
del nacimiento de mi muerte. Trajo  
para mi sangre barro con luciérnagas.

Y crece su nivel en mi estatura,  
hasta que un día el vaso de mi cuerpo  
se me salga de muerte por los bordes.



# ***DESDE EL LLANTO Y EL ALBA***

*(Premio Angaro)*

*Colección de Poesía Angaro. Sevilla 1985*



# I

«...y no hallé cosa en qué poner los ojos  
que no fuera recuerdo de la muerte»

FRANCISCO DE QUEVEDO





Institución Gran Duque de Alba

## PRESENCIA ÚLTIMA DE VICENTE ALEIXANDRE

*Para Agustín Aleixandre*

Ya tu sábana mármol. Ligerísimo  
mármol tu frente.  
Dormido en tu sereno perfil como medalla.  
Constante luz, ya para siempre quieto.  
Plata y marfil unciendo a tu reposo  
los sosegados brillos de la aurora.  
En tu definitiva horizontal,  
tendido como un verso.  
Y yo, con mi palabra que quisiera  
cincel aunque sin voz para tu mármol,  
a los pies de tu muerte desvalido;  
enhebrado al misterio de tu presencia última  
esencia ya de lo imborrable.

Has empezado a irte, tu equipaje  
de libertad dejándonos;  
derramando hasta el último silencio  
tu ternura y tu aliento en nuestras manos;  
dándonos a beber  
el mar que tantas veces repetías;

herederos haciéndonos ahora  
de la selva que engarzan tus adivinaciones;  
de la contemplación de la hermosura  
que roías hambriento con los dientes  
más dulces,  
mientras nos escribías una historia  
del corazón, manual de los amantes.

Subirás a ese monte  
de las eternidades, no desnudo  
sino pleno. Por fin un paraíso  
sin sombra tejerá para tus ojos  
un asombro radiante.  
El más vasto dominio de las constelaciones  
recibirá la huella de tu paso,  
y los íntimos llantos llegarán a tu odio  
de gran escuchador del Universo.

(Ahora será la calle  
de Velintonia un río seco  
sin un número tres que sea orilla;  
hay un húmedo cielo en Miraflores;  
y ya no sonará en mi casa nunca  
la alegría sencilla de decirnos:  
“Vamos a ver a tío Vicente”).

Te pongo en la vitrina  
donde el amor me va adornando el alma.  
Te palpo como a viento benévolο y caliente  
en las dedicatorias de tus libros.  
Hago un nudo en mis lágrimas  
y miro hacia tu altura:  
buscándome en tus alas insaciable,  
amarrado a tu nombre con mi nombre.

## LA MUERTE TOCA LA GUITARRA

La muerte toca la guitarra. Tienta lentamente el bordón. La muerte llama casi siempre de noche. Nos reclama su sitio junto al fuego. Se alimenta de nuestro mismo pan. Escucha atenta cómo crece en su árbol nuestra rama. Y se va, con sus aires de gran dama, porque aún no le sale nuestra cuenta.

La muerte toca la guitarra cuando nos deja solos, esperando el día que su canción final nos acompañe.

Y aunque tal vez nos estará engañando cuando dice que es pronto todavía, qué alegría nos da que nos engañe.

## PROSOPOPEYAS CON LA MUERTE ENCENDIDA

*Para FEDERICO SCHMIED*

### 1. OTELO

Negras tengo las manos pero las uñas rosa:  
diez pálidas estrellas temblándome en mi noche.  
Mi oído es un abismo para nidos de víbora  
y escribo en un pañuelo la historia de la muerte.

Varadas en el lodo profundo de mi sangre  
las que fueron festivas góndolas de Venecia,  
tengo el alma amarilla como limón en celo  
y en mis ojos naufraga la altura de las cúpulas.

La oscuridad me crece junto al alba tendido,  
porque el carbón que marca mi natural tatuaje  
derrite la pradera de nieve de Desdémona.

Ella endulzó mis huesos como vino de Chipre,  
pero sobre la sábana de muerte y amor juntos  
qué hondos en su cuello mis dedos como dientes.

## 2. JUDAS

De soga mi garganta. De monedas mis manos.  
La plata y el esparto desenfrenan mi lengua,  
que cuelga como fruta podrida de la rama  
de un árbol que alimenta sus raíces con sangre.

Mi pan comprometido dejó barro en la loza  
pulida de su plato redondo como un beso,  
y un beso con saliva de pantano sin límites  
a la sombra del grito me malnació en los labios.

La Luna se ha escondido para siempre en mi noche.  
Los ojos se me ahogan en el pozo más hondo  
buscando una mirada que no encuentro. Ya es tarde.

Ya no tengo caminos que hacia la aurora vayan:  
en el número treinta cabe toda mi muerte  
y el peso de los hombros hasta los pies me llega.

## 6. LÁZARO

Cuando sonó en la tarde su voz —«levanta, Lázaro»—  
ya se sentía, dicen, el olor de mi muerte  
y en el aire apagado del sepulcro yacía  
mi vertical de hombre ya para siempre rota.

Era —«levanta, Lázaro»— tan hermosa la tarde  
donde yo estaba... ¿Cómo podía obedecer?

Pero —«¡Lázaro, anda!»— su voz era terrible:  
perdí, ciego de nuevo, la luz de mi tiniebla.

Se me llenó la tarde de noche sin recuerdos.  
Mis pasos aceptaron la voz —«Lázaro, anda»—  
que me arrancó el reposo del corazón tranquilo.

Aataba el mandato de andar —sin parar nunca  
por el largo camino vacío de mi frente—  
con el olor a muerto transpirando en mi carne.



Institución Gran Duque de Alba

## **II**

*«Inútilmente azul está mi pena»*

*JOSÉ LEÓN CANO*



Institución Gran Duque de Alba

## MADURADA PENA

Porque la primavera se me pierde  
dentro del bosque; porque la pisada  
no se queda en mi huella; porque nada  
se me pide añadir; porque me muerde  
la luna el corazón; porque más verde  
cada día se clava en mí la espada;  
porque una voz antigua desvelada  
se obstina en que a diario la recuerde;  
porque aquí sigo aún sin que se note;  
porque a veces sujeto con cadena  
de oro solamente a un monigote  
de cartón; porque fiel lluvia me llena  
para que un río de temblor me brote,  
en mis cantares maduró la pena.

## MELANCOLÍA

Hoy, que estoy melancólico;  
que sin saber por qué dentro del alma  
llevó una mancha gris como mi traje;  
que cuelga mi corbata

como una soga hipócrita en mi cuello;  
que mi camisa me parece un grito  
de nieve incomprendida,  
siento que estoy muriéndome de símbolos  
dentro del mecanismo desquiciado  
de una caja de música.  
Acaso se enredaron mis miradas  
en el bordillo sucio de la acera  
que por la ventanilla del autobús contemplo.  
O tengo el pensamiento desmayado  
sobre la absurda sucesión de sílabas  
que va pariendo —río incorregible—  
ese violáceo vientre  
triste, delgado y fiel de mi bolígrafo.  
Pero a final de cuentas sólo importa  
que hoy estoy melancólico;  
que sin saber por qué dentro del alma  
se me rompe una flor en cada esquina.

## NANA PARA QUE NO SE DUERMA MI MADRE

Ea, ea, mi niña; que la puerta  
no está cerrada todavía. Mira,  
mira, mi niña, mira, que suspira  
mucho la tarde pero no está muerta.

Ea, mi niña, ea: que está abierta  
la ventana del río; que es mentira  
que se apaguen las flores; que respira  
de tu eco mi amor. Sigue despierta.

Sigue despierta, madre. Que no es cierto  
que la sombra te borre los colores  
que ve tu corazón, y todavía

tienen tus ojos el azul despierto.

Ea, mi niña, ea, no me llores.

Ea, ea, mi niña, madre mía.

No te me duermas, madre. Que la luna  
de tu noche final no está en el cielo.  
Que es de día, mi niña, y en tu pelo  
yo prenderé una flor como ninguna.

No te duermas aún. Que la aceituna  
de tu aceite final no es verde vuelo  
todavía en la rama sin consuelo  
que callaría mi canción de cuna.

Ea, mi niña, ea: que un espejo  
te voy a regalar y en su reflejo  
—ea, ea, mi niña, madre mía—,  
lograrás encontrarle a tu hermosura  
tus trenzas de muchacha y tu cintura  
de diecisiete años todavía.

Que si te duermes, madre, y al no verte  
con esa luz azul de tu mirada,  
sabré que está más cerca la llegada  
del día en que tampoco yo despierte.

Porque yo sé que volveré a tenerte  
como cuna otra vez, cuando mi nada  
sea otra vez semilla restacada  
por tu seno en la cuna de mi muerte.

No te acuestes, mi niña, que se cierra  
la puerta al fin, sin nana que consuele  
del largo insomnio de la noche fría.

Ea, mi niña, ea: que tu tierra  
—ea, ea, mi amor— a mí me duele.  
Ea, ea, mi niña, madre mía.



Institución Gran Duque de Alba



### ***III***

*«Amar, amar ¿quién no ama si ha nacido?»*

*VICENTE ALEIXANDRE*



## LA PRIMAVERA

(Cantata para cuatro voces)

### 1

He nacido. De sueño soy. De hambre.  
Me crece soledad en mi nostalgia  
de útero. Soy rama desgajada.  
Mi mirada es un pulso que trasciende.

Igual que sol tendido sobre arena,  
tengo un alma de sed. Soy un efímero  
garabato de Dios, con un eterno  
clamor de agua, tierra, fuego y aire.

¿Por qué han de agarrarse a un clavo ardiendo  
mis manos del hallazgo? ¿Por qué suenan  
tambores en mis huesos? ¿Por qué lloro?

Apenas amanece entre mis párpados,  
y ya me está mordiendo las palabras  
un dolor de preguntas sin respuesta.

### 4

Mis miedos son de oscuridad sin término,  
de escalera que cruce con pisadas

sin forma en sus peldaños, de que un día  
me sorprendan fumando en mi escondite,  
de coincidir a solas con la chica  
con la que tanto sueño estar a solas,  
de que por un suspenso en Matemáticas  
sin salir me castiguen el domingo...

Y porque mi final está escondido  
detrás de una vidriera opaca; porque  
supongo que vivir es sólo un juego  
que siempre tiene abierta la salida,  
entre las celdas de mis miedos tengo  
deshabitado el miedo de la muerte.

5

No se muere la tarde. De la tarde  
nace con parto sin dolor la noche.  
No se mueren la rosa ni la alondra:  
de su aroma y su vuelo se desnudan.

Nunca veo a la muerte en mis espejos.  
Tal vez esté detrás de alguna puerta  
que yo no intento abrir, y jamás miro  
para buscarla oculta a mis espaldas.

La muerte es una música de órgano.  
Un entierro que pasa por la calle  
de alguien que no conozco o no recuerdo.

La muerte es nada más que una palabra,  
y si de tarde en tarde la pronuncio  
sólo escucho la muerte de los otros.

6

Me dicen que jamás tuvo principio

y que jamás tendrá final. Me dicen  
que tiene un hijo como yo, con agua  
manando de su amor para lavarme.

Me dicen que yo soy un recipiente  
de barro modelado por sus dedos.  
Y que mi barro puede contenerle,  
pero no soy el dueño de mi barro.

Me dicen que la luz es su ventana  
que no se cierra nunca. Que trompetas  
le suenan en la voz. Que su balanza  
pesa mi claridad y mi tiniebla.  
Me dicen: ese es Dios. Y lo que veo  
es un ojo encerrado en un triángulo.

7

Cuando me envuelve el sol de la mañana  
como un sueño con alas amarillas,  
y son mis brazos ramas con gorriones,  
y hay un nido de luz en mi saliva;  
  
cuando al decir azul, ángel o música,  
o corazón, o sal, o mariposa  
la voz es un arroyo en mi garganta  
y murmullo de hojas en mi pecho;  
cuando escucho la flauta del crepúsculo,  
y palpo el aire en el cristal, y siento  
que me sabe la sed a yerbabuena;  
  
cuando crece una flor en mi silencio,  
besan mis ojos y mis labios miran,  
llega la primavera por mi sangre.

## HIJA ENCINTA

Estás henchida como un ánfora  
llena de vino nuevo hasta los bordes;  
como el significado de una palabra justa;  
como semilla a punto.

Eras una sonrisa solamente;  
solamente una rama titubeante; brillo  
de un agua transparente entre mis dedos.

Y ahora te conviertes en un torrente intrépido  
que arrastra lodos y rubíes.

Mi boca se llenaba  
de corazón para llamarte hija,  
pero estoy aprendiendo de nuevo a decir madre  
por ti,  
y el corazón no cabe en mi garganta.

Eras flexible talle de una delgada brisa;  
tenía tu perfil el sitio exacto  
para darle cobijo a la belleza,  
y una dulce torpeza se ha instalado en la curva  
transcendental de tu postura.

Tu cintura es ahora como un anillo abierto  
y es ahora tu vientre  
montón de arena viva; pleamar de tu sangre;  
cúpula sostenida por columnas  
de amor; ovillo de alma;  
redondo cofre donde guardas celosamente,  
envueltas en el liezo caliente del latido,  
las coordenadas de la luz y el miedo;  
nido donde tu sueño se hace palomo blanco,  
palabra nueva, nombre,  
humo de piedra y escalón de cielo.

Ya preparas tus ojos de mirar lejanías  
detrás de la esperanza;  
de contemplar corales submarinos;  
de descubrir el nácar  
de azúcar malva de las caracolas.

Ya preparas tus ojos con madrugada de rocío,  
con ternura de estrella sumergida en un pozo,  
con candiles de almendras encendidas,  
para mirar al hijo.

Con tus manos más hondas desatas el hatillo  
de las pulidas suavidades,  
y buscas impaciente lo más puro del tacto  
para adornar la piel de la caricia  
con lazos de la seda más brillante.

Ya preparar las manos más antiguas del símbolo,  
ungidas por aceite de un olivo celeste,  
para tocar al hijo.

Adivinas un gozo de cascabeles sorprendidos  
entre la clara espuma de la sábana;  
un llanto sin esquinas de lágrimas que piden  
urgencias de canción y sonajero.  
Y envuelves tus silencios en pañales,  
para escuchar al hijo.

Sabes que ya muy pronto tu paladar será morada  
de la única rosa  
que las espinas tiene como pétalos:  
ese sabor de virginal saliva  
que te sube con alas desde el útero.  
Y preparas tus labios con el sabor inaugurado  
para besar al hijo.

Te llega —pan dorándose en el horno,  
heno recién segado,

jazmines insistentes en la noche,  
leche cociendo, leña de chimenea, ropa limpia—  
el aroma del hijo.

Con preguntas de lunas y relámpagos  
bordas el horizonte palpitante en tu seno;  
abres para el milagro los cristales,  
las pompas de jabón y las bandadas  
de globos de colores.

Y tus cinco sentidos asomados  
al vértice y al árbol y a la cometa y a la cima  
reciben las pisadas de tu hijo,  
que se acercan igual que un mar descalzo  
por una playa de azucenas.

## MADRIGAL DE LA RECIÉN VENIDA

*A mi nieta Leticia*

Tan poco y tanto. Tan escandalosa-  
mente importante tu pequeña vida.  
En tan breve jardín, tan florecida.  
En tu aurora reciente, tan de rosa.

Recién venida, y has llegado tanto  
que has traído contigo una manera  
tan distinta de amor, como si fuera  
la sangre de coral, de luz el llanto.

Alegría te llamas. Me desnudas  
el alma de pesares. Por ti dejo  
mi voz en la sonrisa. Tú me pules  
la caricia en los dedos. Y me ayudas  
a ver mi cielo azul, en el espejo  
de tus ojos gloriosamente azules.

## MADRIGAL DEL AMOR

En el amor reclino la cabeza  
para soñar el fruto concebido;  
para ver mi silencio redimido  
desde el ombligo azul de mi tristeza;  
  
para abrirme la sangre cuando empieza  
la sed de besos a tener sentido;  
para gozar, desnudo, del vestido  
más lujoso de la Naturaleza.

Espada para el débil, miel del fuerte,  
brillante sombra, servicial espejo,  
mar sometido, saludable llaga,  
  
su puñal nos da la vida de tal suerte  
y tan sutil nos ata su reflejo,  
que ni la muerte su fulgor apaga.

## MADRIGAL EN AMARILLO

Creo que el vuelo es amarillo. Creo  
que las alas de amar son amarillas.  
Y que son amarillas las semillas  
donde brotan las flores del deseo.

Siempre pintados de amarillo veo  
mis sueños, cuando sueño maravillas.  
Siempre son amarillas las sencillas  
frutas donde los labios me recreo.

Me ofrecen amarillos de algún modo  
gozo y dolor, otoño y primavera,  
roce de seda y filo de cuchillo.

Porque amarillo me parece todo,  
desde que te escuché decir que era  
tu colo predilecto el amarillo.

## CARTA DE AMOR PARA ACARICIAR LA PIEL DE LA DISTANCIA

Qué despacio la noche y el día qué despacio  
me cosen la costura de la espera,  
perdido en tus distancia. Con mis labios  
por arena cubiertos,  
como una red privada de los peces audaces  
de tus nítidos labios. Con mi pulso  
como un candil que sin tu aceite tiene  
triste la llama.  
Con mis ávidas manos impacientes en vilo,  
rondando soledades a la sombra  
del árbol cercenado de tu tacto.  
Con una letanía de preguntas  
clavando sus espuelas  
al corcel presuroso de esta carta.

¿Qué postura te adorna en este instante  
que yo no puedo compartir?  
¿Qué temblor en el aire que te envuelve  
pone la luz caliente de tu paso?  
¿Qué voz escuchas? ¿Qué penumbra oculta  
la luna que repite su camino  
dos veces en tu pecho?  
¿Qué paisajes de nuevas amapolas,  
o rosas, o jacintos, o corales,  
ahora brotan en tus uñas?

¿Conservas en tu cuello todavía,  
como una mariposa disecada,  
la huella malva de mis dientes?  
¿Duermes? ¿Sueñas acaso? ¿Te desvela  
la brasa no apagada de mi fuego?  
¿Sigues mirando aquellas ramas  
en las que alegremente cuando estábamos juntos,  
el cielo se posaba como un pájaro?  
¿Por qué mar sin espumas el pensamiento te navega  
si de mi abrazo no lo tienes preso?  
¿Puedo pensar que brillan en tus ojos  
las húmedas nostalgias de mi lluvia?

Dime que en una rueda de monótonas horas  
hilas la hiriente lejanía  
que de mí te separa como un látigo.  
Dime que estás anclada sin mareas ni vientos  
en la orilla gemela de mi prisa.  
Dime que en todos tus relojes pones  
alas a los minutos  
para ceñir el apretado  
fragor de mi deseo con tu hebilla de nácar.

Mis brújulas, sextantes y astrolabios  
de miel y yerbabuena  
calculan tu presencia cada noche.  
Y sueño que, de nuevo sumergido  
dentro del río de tu cuerpo, busco  
los besos escondidos en vértigos recónditos.  
Que nuestras dos locuras nuevamente  
se encierran en tu huerto  
para saciarnos de prohibidas frutas.  
Que desde tu alta torre se derrama otra vez  
tu corazón en mi sedienta copa.  
Que por llanuras y montañas

de tu mar ofrecido me invento cada día  
más dulces arrecifes donde estrellar la proa  
desorbitada de mi barco.  
Que con mi rebeldía verde de viejo sauce  
toco la tierra de tu vientre  
para alcanzar mi juventud de nuevo.

Quiero pulsar las cuerdas hondas de tu guitarra  
con mis dedos profundos,  
tu mirada llenar de mi estatura,  
y volver a exhibir tu más íntimo grito  
como un geranio rojo en mi ventana.  
Mas solamente puedo  
soñar alondras, vadear estrellas  
y acariciar la piel de la distancia.

# *HISTORIA DE CUALQUIER DIA*



Institución Gran Duque de Alba

*(Premio Rabindranath Tagore)  
Editorial Andrómeda. Madrid 1988*



Enfrente de mí mismo me coloco  
delante del papel —fértil espejo  
donde se mirará mi voz— y dejo  
que los versos me lleguen poco a poco.

Tras ellos no me oculto, ni tampoco  
brillo pretendo ser de su reflejo:  
soy sangre de verdad cuando me quejo.  
suego me llega si al amor invoco.

Paso por esa puerta giratoria  
que suele ser mi propia compañía:  
le pongo corazón a mi memoria,

y con apasionada ortografía  
voy escribiendo la puntual historia  
de lo que me sucede cualquier día.

## I

Dibujando de nuevo sus torres  
de corazones y de espadas,  
Madrid despierta.  
Con su cintura de acacias verdeciendo  
las fatigadas sábanas de asfalto.  
Con un madroño de plata  
prendido en la solapa del aire.

La luz  
inicia su paseo de alhelies,  
medio escondiendo  
sus pasos todavía vacilantes  
bajo la sombrilla decimonónica  
del Parque del Retiro.  
Donde gigantes custodiados por lanzas  
con altos suspiros sujetan  
las polvorrientas lágrimas de la ciudad  
convertidas en pájaros.  
Donde mi desvalida imagen de estudiante  
fugitivo de las aulas del tedio,  
sigue navegando nostalgias  
a bordo de las barcas del estanque.

La luz  
pasa por la Puerta de Alcalá  
—como en aquella canción de mi  
infancia—  
respirando tulipanes  
y abanicándose  
con susurros de piedras antiguas;  
resucita la voz en los colores  
de los pinceles muertos con pensión  
vitalicia  
del Museo del Prado;  
descubre un melancólico concierto  
de botellas rotas,  
naranjas vacías,  
claveles de pétalos usados,  
o restos ungidos por oscuros aceites  
de humilde podredumbre,  
que asoman en los cubos de basura;  
destapa sombras últimas en los rincones;  
pule los filos de las esquinas;

abre ventanas en miradas con niebla;  
marca la hora exacta de vivir  
en el reloj de la Puerta del Sol;  
acaricia los lomos de todos los tejados  
con un mismo guante de nácar;  
y por poner un ejemplo concreto:  
junto al Viaducto,  
baja la luz rodando por la cuesta  
de la calle Angosta de los Mancebos,  
donde recuerdo que mis años de oro  
rescataron un rubio y esbelto paraíso.

La luz ha tomado al asalto  
las nuevas murallas de cemento y níquel  
de aquel castillo moro de Madrid.  
Este Madrid de brazos como raíces fáciles  
al que llegué casi descalzo  
—con una pequeña maleta  
donde apenas traía  
la ropa blanca de mis sueños—  
porque sonoras caracolas anunciaron  
milagroso tapiz a mi pisada.

## V

Suena el teléfono,  
y la gozosa flor de mis sonidos  
interiores  
—esos que son de almendro fiel y de violeta—  
apresurada sube desde un rincón oscuro  
de mi pensamiento.  
Cada vez que suena el teléfono  
se lanza a volar una paloma  
ciega  
buscando en mi cerebro una ventana.

Envuelta en un guante de azucena  
se precipita mi prisa  
para descolgar mi esperanza.  
Porque estoy seguro de que me llaman para decirme  
que han construido un puente tres calles más abajo  
por el que cruza pomposamente el amor;  
que una muchacha con sombrilla  
de encaje malva  
le ofrece al sol maduro de mis manos  
la timidez antigua de su lluvia;  
que en alguna rifa me ha tocado un premio  
de limones y abejas;  
que ha brotado un laurel con pájaros  
entre los versos de algún poema mío  
de los que nadie lee;  
o que han visto escondidas aún en mis labios  
palabras esperadas por alguien.

Cada vez que el teléfono suena  
no consigo impedir que mis deseos asomen  
como racimos,  
al vértigo esperado  
de algún balcón sin barandillas.  
Aunque luego resulte casi siempre  
que ni siquiera sea para mí la llamada,  
y me quede con mis himnos a solas.

## VII

Puedo asegurar que todavía  
por los bolsillos llevo versos en borrador  
y que todavía mis dedos  
son flores vivas del tacto en mis manos.

Aunque ya las primeras parsimonías del agua  
pusieron lagos tristes en mis ojos  
y sé decir palabras aprendidas  
en la desesperanza y en el asco,  
con un tono de la más absoluta naturalidad.  
Aunque ya me vaya resultando muy difícil  
recorrer los caminos habituales  
como si cada día me inventara de nuevo  
sus orillas.

Aunque voy convenciéndome con sensata amargura  
de que ya no será fácil que pueda descorchar  
en la sombra voraz de mi bodega  
la botella de un vino sorprendente.

Aunque me están arando las sienes con prisa  
esos pájaros blancos  
que ya no son amanecer  
ni tampoco son ya mediodía brillante;  
y se quedan los barcos  
varados en mis venas tantas veces;  
y araño inúltimamente con mis uñas insólitas  
los cristales de tantas ventanas frías  
que a la mirada se me van cerrando.

Aunque ya sé llorar sin que se noten mucho  
las lágrimas  
en mi pañuelo con agua de colonia,  
me divierte engañarme a mí mismo  
pensando que soy joven todavía,

porque llevo  
versos en borrador por los bolsillos

## VIII

El ruido de mis propios pasos  
ha crecido de prono como una tempestad  
en la médula de mis huesos.  
Por las habitaciones de mi casa  
escucho los ecos del galope  
de un caballo loco que avanza incesante  
buscando los desfiladeros de mi cerebro.  
Y en mis tímpanos se clava el sonido  
como si llevara tacones múltiplo de siete,  
como si martillos de plata remacharan  
una penumbra antigua.

La cerradura sorprendida de mi puerta  
se abre con clarísima llave.  
Y los ruidos minúsculos  
—que estaban escondidos en los rincones,  
detrás de las paredes demasiado blancas,  
en el filo venial de las esquinas—  
acuden presurosos a recibirmé.  
Hay un concierto de viento en el papel  
de la página que pasa.  
Las ensombrecidas hormigas anteriores  
se han convertido en elefantes rubios,  
y hasta el silencio sabe tocar el tambor.

Voces inesperadas me rodean, me asaltan  
y se estrellan  
en el rompeolas azul de mi frente.  
Son millones de voces confusas y

aleteantes,  
que chocan contra vidrios invisibles  
como alocados pájaros redimidos  
de la muda ceniza de sus jaulas.

Y el aire,  
ese desconocido aire tímido  
con el que yo no había contado nunca,  
el aire sencillo que pasea la calle  
rozando las fachadas agrias de las casas  
con humilde abanico,  
se mete dentro de mi cabeza  
con el torpe apresuramiento de un huracán.

Levantan el vuelo  
bandadas de milagros polícromos,  
y desde remotas trompetillas  
a mi oído se acercan huidizos sonidos  
que perdieron Beethoven y Goya.  
Porque,  
para decirlo de una vez bien claro,  
desde hoy soy un sordo con audífono.

## XVII

¿Por qué las tardes de domingo  
son tan tristes?  
¿Por qué sin dudar se sabe que es domingo  
cualquier domingo por la tarde?  
De los árboles cuelgan hojas de calendario,  
que no logran con sus números rojos  
—arrugados—  
vestir de fiesta el vuelo de la rama,  
ni borrar en las máscaras grises de las gentes  
la melancolía.

Porque las tardes de domingo  
cubre el invierno con una arpillera sucia  
la cruz de la moneda de su espalda,  
mientras en una interminable  
madeja de lluvia monótona  
devana la luz sus dolores de parto;  
porque las tardes de domingo  
por solitarios mástiles de otoño  
deteñidas banderas de nostalgias cuelgan,  
como marchitos lágitos  
que plagan muecas de suicidas ahorcados;  
porque las tardes de domingo  
bebé el verano paredes desnudas  
como si fueran amargas salivas,  
y arañan las entrañas del aire  
con uñas que tienen secas las raíces;  
porque las tardes de domingo  
la primavera promete y no cumple  
—lo mismo que los escotes con andamios  
de las prostitutas—  
y con las huellas de las mariposas  
confecciona disparatadas corbatas peripatéticas  
con agresivos dibujos insufribles.

Una tarde de domingo,  
precisamente esta misma tarde de domingo,  
por el vacío indescifrable de una calle  
sin ojos,  
un derrotado vendedor ambulante  
pasa ofreciendo escalofríos  
a los silencios muertos en las aceras.

## XVIII

Busco en mi biblioteca  
uno de mis libros predilectos.  
Lo heredé  
de un hombre bueno que me quiso mucho  
y al que debo la cuarta parte de mi sangre.  
(Es ese mismo libro que en un retrato al óleo  
—entreabierto en mi mano derecha—  
me presta cierto aire intelectual).

Un libro  
con tapas de pergamino color miel,  
que en sus nobles arrugas  
tactos repetidos de siglos ofrece  
—la edición es del año 1721—,  
y señala las huellas que el paso del tiempo  
fue dejando en sus páginas,  
con flores amarillas  
crecidas entre versos apretados.

Me siento en mi butaca,  
trono para lecturas apacibles,  
y se me pasan sin sentir las horas  
con este libro escrito por un hombre  
—mano de espadachín y los pies zambos,  
alma de sueños sin escudo,  
pícaro con honduras de teólogo,  
burlón de poderosos y de altivos,  
viajero de la intriga,  
mendigo de un amor donde hilvanar sus quejas,  
estoico pregonero de la muerte—  
que se llamó Francisco de Quevedo.

## XIX

He conocido a una mujer que luce  
la libertad como un collar de perlas.  
Que borda libertad  
en una emancipada bandera de labios,  
o en la piel de ese toro desemandado  
como tórrido viento en su cintura.

Una mujer  
—doble huracán de aguamarinas y limones—  
capaz de ponerse de puntillas  
hasta alcanzar las cumbres con semillas insólitas,  
o de inclinar su talle sin darle importancia  
desde el margen  
de todos los sonrientes precipicios.  
Mientras bandadas de gorriones y golondrínas  
surgen a cada instante de sus hombros,  
los transparentes peces de sus uñas  
naufragan en rendidas aguas temblorosas,  
y un deseo de fuego repetido despierta  
—si ella quiere—  
dentro de cada uno de sus gestos.

Una mujer  
—campanario para cualquier toque a rebato—  
que en un ramo de flores exóticas combina  
lo blanco y lo negro,  
sin que su resultado sea nunca gris.  
Porque en el imprevisto tallo de su risa  
brotá al final la increíble aventura  
de una rosa roja.

Una mujer  
—molino de ascuas y de cenizas—

que puede dejar asomarse a sus ojos  
la fantasía y la ternura  
con un brillo de terciopelo encendido,  
o puede esconderse tercamente detrás  
de montañas altísimas nevadas de silencios.  
Puede ser fácil escalera sín límite,  
o peldaño difícil  
que no ofrece después escalera ninguna.  
Puede ser rompeolas brutal o blanca arena.

Esa mujer  
—vértigo de plurales vidrieras brillantes—  
coleccióna ramas preñadas o desnudas  
de sus árboles íntimos amigos;  
puñados de lluvia;  
tormentas con orillas de palabras y lápices;  
soledades con música de Vivaldi;  
hombres que pasan con sed en las manos  
y en los pensamientos;  
trenes que cruzan selvas  
habitadas por alas impacientes;  
estaciones con andenes azules  
que son únicamente puntos de partida;  
aulas como jardines  
donde regar las letras parpadeantes de los niños;  
racimos de vigilias y de madrugadas;  
lívidas lunas llenas que la sangre le alumbran.

Una mujer,  
doble huracán de aguamarinas y limones,  
campanario para cualquier toque a rebato,  
molino de ascuas y de cenizas,  
véstigio de plurales vidrieras brillantes,  
colecciónista de paredes blancas  
donde escribir dulces hambres y gritos  
de amor.

*(¿Estoy seguro de haber conocido a esta mujer?  
¿No será un personaje de la novela  
que siempre espera en mis cuartillas  
pero jamás escribo?).*

## XX

En la televisión hay un programa  
de gimnasia rítmica.

Una muchacha juega con un aro,  
que convertido en pájaro redondo  
siembra circunferencias en el aire,  
o rueda  
como un vertiginoso suspiro  
que parece alejarse pero vuelve,  
o se recrea trazando cinturas concéntricas  
en una joven cintura.

Una muchacha juega con una cinta  
que engarza mariposas en vuelo,  
o borda serpientes agilísimas  
en altísmos bastidores transparentes,  
o le pone al látigo la dulzura  
de unas hábiles manos que disfrazan al viento  
con sorprendentes relámpagos de seda.

Una muchacha juega con una pelota  
que rebota en un techo de cristal,  
o descubre equilibrios  
por milagros enhebrados con hombros,  
o desliza tangentes con apretados tactos  
que recorren caricias  
de sorprendidas curvas eróticas.

La muchacha que música persigue  
mientras juega  
con las pelota, con el aro, con la cinta,  
compone las múltiples posturas  
que su leve figura colecciona  
para su cambiante perfil de diosa nueva,  
y pongo mis miradas de rodillas  
ante el altar doméstico de la televisión.

## XXIV

Las manos ávidas del insomnio  
cavan los pozos más profundos  
en las telarañas azules de mis párpados.  
En las redondas grupas de los caballos  
negros de mi memoria,  
cabalgan mariposas con llave  
para cerar la puerta con doble hoja  
de mis pensamientos.  
Pero sólo consigo que buques fantasmales  
me traigan cargamentos de rebeldes posturas,  
y en papel de raso con membrete violeta  
le dirijo una instancia al secretario  
del alcalde,  
para pedirle que por lo menos me permita  
traficar libremente con los sueños  
y tejer una historia secreta de Walter Mitty  
para mí solo.

*(He llegado a una cima  
donde se me rinden todos los estandartes.  
Soy capitán de un escuadrón de adelfas  
y es una rosa de tallo largo mi espada.)*

*En mi talonario de cheques  
a la derecha van todos los ceros,  
como si mis poemas estuvieran  
“de billetes de Banco al dorso escritos”.  
Enciendo hogueras en lo alto  
de los templos esdríjulos del éxito  
con las páginas de mis libros,  
y un viento con simientes de letras mayúsculas  
injeta en mis sienes  
raras especies de laureles con aplausos.  
Consigo lo que busco y a los que buscan doy).*

Insistente el insomnio  
me taladra la frente con aromas agudos  
que transpiran mis huesos desde el tuétano,  
y aquellas mareas altas de entonces  
bañan las orillas de mi sexo dormido.

*(Descubro con mi lengua lentamente  
la seda horizontal de su desnudo;  
enloquece de gozo su cintura  
con la prieta ternura de mis brazos;*

*acaricio los pétalos erguidos  
en las rosas gemelas de su pecho;  
adorno con corales mi saliva  
bebiéndome la urgencia de su boca;  
hallo la mejor senda recorriendo  
las tendidas columnas de sus muslos,  
para mi tacto mármol encendido;*

*y sacio mi pasión en su deseo  
derramando mis perlas interiores  
en los sedientos labios de su vientre).*

Elevado en los ángulos oblicuos

de unas alas frenéticas,  
les envío un mensaje a los bomberos  
para que no contesten mis alarmas,  
ni apaguen este fuego que alimenta  
la luna creciente de mi insomnio.

(*Rejuvenezco más arriba de un águila.  
Acepto las anclas en el hallazgo  
de manos que se dejan tocar la emoción.  
Me asomo al sendero descubierto apenas  
debajo de una blusa clarísima,  
capaz de poner en mis ojos  
una venda de encaje de Malinas.  
Atravieso con una lanza de plata  
todas las hojas secas del mundo.  
Un pañuelo amarillo  
ciñe el sol a la armadura que estreno,  
resplandeciente como una mirada,  
y en mi boca silabas como abejas libres  
—cuando ríe parece que la luz se encendiera—  
se refleja en lagos escondidos.  
Soy joven otra vez. ¡Aleluya!).*

Qué amargo puede ser el insomnio  
cuando vuelven a encajarse en su sitio  
las ruedas dentadas de la certidumbre.  
Cuando la poderosa juventud  
que ha llenado de hormigas azules mis venas,  
se refugia en los ásperos rincones del insomnio  
bajo la dúctil nata de la oscuridad.

Busco en el alba un espejo donde mirarme  
con estos ojos míos de triste tragaluz  
—en los que ahora me escuecen  
las maduras lágrimas del miedo—,  
y encuentro solamente un viejo iluso  
que luce en su barba los últimos alhelíes.

Después, sigue el insomnio devanando  
los hilos opacos y las traslúcidas espaldas  
en el vaivén de una madeja onírica,  
hasta que llegan  
como humildes relinchos mis ronquidos.

## XXV

Ensayo perfectamente la muerte  
mientras duermo,  
aunque me siga dando su calor  
la única presencia verdadera a mi lado.  
Con mis pies  
ya casi descalzos para siempre  
ni sumo ni resto mejores caminos,  
pero en el reloj de algún árbitro  
se descuentan mis perdidos minutos.  
Soy un desnudo mineral que flota  
por desconocidos espacios sin vértebras  
—machacados mis gestos por alas marchitas—  
y crueles tijeras recortan en mis huesos  
un monigote de papel.  
Sólo queda el zumbido monótono  
de mi terrible última pregunta:  
¿despertaré mañana?

# *EN UNA VOZ MÁS ALTA QUE LA MÍA*



Institución Gran Duque de Alba

*Editorial Rialp  
Colección Adonais. Madrid 1990*



1991 Instituto Gran Duque de Alba

## CUANDO DE ANGUSTIA SOY

4

*Sólo ya no querer es lo que quiero.*

*FRANCISCO DE QUEVEDO*

Tengo en mi cuarto de trabajo  
la horma complaciente  
de una vieja butaca con mi forma;  
expectantes cuartillas por la mesa en desorden;  
en las paredes, placas y diplomas  
con fechas y penumbras;  
y anaqueles que exhiben en sus abiertos vientres  
libros, bronces, trofeos y fetiches,  
libros y caracolas,  
libros, libros, más libros...

En mi vieja butaca muchas tardes me siento  
—cubierta mi mirada por la venda  
de mi propio paisaje—  
y escucho procelosas sinfonías  
de Sostakovich, Mahler o Sibelius,

sinfonías angélicas de Beethoven o Mozart,  
mientras se posan en mi mente  
tiernos labios metálicos  
como los de una flauta travesera  
que traduce mi pulso,  
para que sean música delgada y melancólica  
mis suspirados pensamientos.

Si llueve y es otoño, los cristales  
de la ventana que me cierra el alma  
de lágrimas se llenan,  
y les mojan las alas a los pájaros  
que torpemente intentan todavía  
descubrir en mis venas horizontes abiertos.

Si hace sol y es invierno,  
un sol mucho más triste que la lluvia  
coloca pegatinas insolentes  
—demasiado amarillas—  
sobre una soledad de muebles muertos,  
y pretende encender en los rincones  
sombras agazapadas  
de flores navegando hacia tinieblas.

Cuando por primavera los vientos se desnudan  
—en un noveno piso mi morada  
tienen anclada su alta arquitectura  
sobre el Cerro del Viento—,  
desconciertos procaces de hienas con sus risas  
elevadas a enésimas potencias,  
y jaguares en celo de gemidos con garras,  
y elefantes histéricos sin tabique posible,  
me destrozan las cuerdas del violonchelo tímido  
que mi perplejo corazón oculta.

Y si las nubes en verano vierten  
su polen de cemento  
sobre las flores ávidas que mis ojos esconden,  
noto crecer mareas de plomo hacia mis párpados;  
mareas de semillas  
que avanzan desbordándome la espalda,  
descubren en el fuego último de mi arena  
los deseos —ya ácidos—  
de seguir mis orillas cultivando  
con sombra fermentada de mis árboles.

Me resisto a buscar artificiales  
consuelos en las cápsulas azules  
del fiel *Tepazepán*, que me procura  
su sosiego de química.  
Y con sigilo de reptil se adueña  
de mis huesos la angustia de la tarde,  
sus tuétanos en lodo transformando.  
Con espejos dormidos  
forma la luz en mi postura  
la geometría gris de su derrota.  
Levanto un alto muro de silencios  
en torno al desafío de mis labios.  
Enhebro en el asombro de una aguja indolente  
la decadente seda de un suspiro.  
La desgana me envuelve con su blanda madeja,  
y hundido en el abismo fácil de mi butaca  
*sólo ya no querer es lo que quiero.*

## AMOR CONFIESO

4

*Sin ti todo me aflige y entristece*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Tu pisada, que cruza la dormida  
quietud de mis nocturnos silenciosos,  
con un suave murmullo desvelando  
los íntimos rincones de la casa.  
Conservando en presente  
todos los verbos de mi historia.  
Tu pisada, que suena en el pasillo  
y en el cuarto de estar y el dormitorio  
y en las intrascendentes losas de la cocina,  
como si fuera colección de alas  
en tu pie reunidas,  
o brisa que le ciñe a mi cintura  
su bienestar de cíngulo doméstico.  
Tu pisada, que pone cada día  
sobre mi corazón su clara huella.

Tus manos, con un aire  
de luna levemente dibujadas,  
abriendo las ventanas interiores  
que dan a los paisajes del alma, con memoria  
de tantos sujetados vuelos de la caricia.  
Tus manos, que retienen por la tarde  
tantos amaneceres,  
para que siga siendo nuestra casa  
despertar de balcones con geranios,

rueca de globos de colores,  
madeja de la luz que tú devanas.  
Tus manos hacendosas  
que cosen los rebeldes dobladillos;  
hacen labor de punto para los nietos; pegan  
el botón desmayado que desbarata el rígido  
protocolo social de mi chaqueta.  
Tus manos, que se posan como pájaros  
abiertos en las ramas de mis ojos.

Tus ojos, descubriendo  
cada minuto el ritmo de mis gestos.  
Tus ojos, recorriendo misteriosos  
cauces deshabitados que mis silencios siguen,  
o el leve palpitar de los suspiros  
que delatan ensueños en mis labios.  
Tus ojos, que vigilan diarias pulcritudes;  
la vencidad correcta en las paredes  
de las constelaciones  
de cerámicas, óleos y acuarelas;  
el orden que conjuga recuerdos entrañables  
con las fotografías y los libros;  
o los imprescindibles aientos que las flores  
repite en el agua limpia de los espejos,  
para que se construya la armonía  
viviente de la casa.  
Tus ojos, conservando en mis costumbres  
la claridad constante que me envuelve.

La ropa en el armario colocada,  
con un exacto rito de perchas y cajones  
domeñando domésticos espacios.  
Las estrellas de brillo matutino  
que por la piel de los zapatos bogan.

La plancha en la difícil raya del pantalón;  
en el nevado o el celeste  
paisaje de algodón de la camisa.  
El vino blanco en la nevera.  
La comida en la lumbre  
(con poca sal). El pan de régimen.  
La película antigua compartida  
de la televisión.  
La última plegaria breve de buenasnoches.

Y, sobre todo, la palabra a tiempo  
para romper desesperanzas,  
para encender las luces  
tibias del corazón a media tarde,  
para que compañía siga siendo  
ya siempre nuestra casa.

Eso es también amor. También por eso  
*sin ti todo me aflige y entristece.*

## CUANDO DE MUERTE SOY

2

*La muda noche de tinieblas llena*

*FRANCISCO DE QUEVEDO*

Cadena de preguntas es la vida.  
La mirada es pregunta que se ahoga  
dentro de nuestra sangre encarcelada.  
La caricia es pregunta y es pregunta la pena,  
de seda y llanto, de rubor y hastío.  
Con eslabones de preguntas  
atamos nuestros pasos,  
y dando vueltas a la misma noria  
marcando vamos la circunferencia  
de una interrogación en nuestro pecho.

¿Por qué deja la flor una amargura  
de ceniza de pétalos  
en la costra de sal de nuestra lengua?  
¿Por qué los ríos de la tarde ponen  
ortigas sin limar en nuestra espalda?  
¿Por qué el amor se rompe  
como una porcelana que cuidábamos  
con manos asustadas de su frágil suspiro?  
¿Por qué puede albergar nuestra cabeza  
múltiples nidos torpemente juntos  
de cigarras y hormigas?  
¿Por qué atamos con cintas de oro y plata  
zancos de falsas cumbres a nuestros pies de barro?  
¿Por qué la geometría de nuestros pensamientos

no aprovecha los vértices puros de las estrellas?  
¿Por qué gritos de aceite derramado  
guardamos en el hambre  
de la alcova vacía de los otros?  
¿Por qué nombramos tantas veces  
a Dios con unos labios tan pequeños  
que en un dedal de indiferencias caben?

Flagelan las preguntas  
nuestro costado en carne viva. Siembran  
cizaña en nuestro trigo de piel ácida,  
que alimenta el murmullo  
de nuestro corazón desconsolado.

Mal que bien conseguimos  
encontrar con apuros la respuesta  
que cierre unos instantes la ventana  
de sed de nuestro espíritu.  
Creemos engañar a las preguntas  
—luciendo, vanidosos, las respuestas  
como engarzados pájaros en vistosos collares—,  
y pensamos que ya nos pertenece  
la paz, como se tiene sujetado  
con los ojos cerrados al halcón.

Pero escondida entre los pliegues  
de nuestra ropa de diario  
se retuerce las alas con el miedo  
de las oscuridades más profundas  
una pregunta, que jamás encuentra  
contestación cabal:  
la pregunta final donde es la muerte  
protagonista única del drama.  
¿Trae la muerte unas flores

del jardín con aromas del sueño más lejano  
para que nuestros miedos se adormezcan,  
o la dibuja un niño con un lápiz de hielo  
sobre la indefinida cuartilla de la nada?

Y reclamamos la respuesta a gritos,  
pero sólo responde  
*la muda noche de tinieblas llena.*

## A DIOS ACUDO

### 1

*Cogiendo a Dios a solas entre dientes.*

*FRANCISCO DE QUEVEDO*

Si recordar pudiera  
los días que retuve a Dios conmigo,  
formaría tan breve calendario  
que apenas con un soplo  
pasar podría sus escasas hojas.

Tal vez únicamente mi tan remota infancia  
salvar pudiera mi amistad divina.  
Entonces. Cuando era Dios un viejo  
con barba blanca —casi  
como la ilustración de una leyenda—,  
con El media los milagros fáciles  
que cada día el sol me iluminaba.  
Y a El encomendaba cada noche  
mi plácido reposo,  
donde caballos blancos y cerezas

escalaban los humos de mis sueños.  
Entonces. Cuando sólo con alas y cabezas  
—siempre rubias— podía figurarme  
los ángeles de Dios, que protegían  
las cuatro esquinas de mi cama.

Después, cuando en los ángeles  
empezaba a buscar redondas formas  
de femeninas nieblas inventadas  
para mis solitarias complacencias,  
a Dios me dibujaron como una mano inmensa  
para aplastar mi amor con su volumen,  
y escapé por el vértigo  
que alimentaba un huracán de tactos.

Nuevo Adán, sin licencia  
para aquel paraíso que tenía  
demasiadas manzanas en mis árboles,  
vagué creando en mis entrañas  
abeles y caínes que alternativamente  
le ofrecían a Dios ruegos y crímenes.  
Dios —solo en sus alturas,  
a donde no llegaba mi Torre de Babel—  
me aparecía como un ojo insomne,  
tercamente encerrada su mirada  
dentro de las tres rejas de un triángulo muerto.

Pacté con El. Rompí todos mis pactos.  
Con espinas y rosas de cilicios histéricos  
calmé mis pobres apetitos,  
comensal de migajas de pecado.  
Busqué lejanos valles donde adorar la sombra,  
que me escondiera de una luz hiriente.  
Canté alcluyas disfrazando de oro

las cuerdas de laúd de mi garganta.

Callé con los silencios  
encadenados al olvido.

¿Y Dios? ¿Qué hacía Dios? No hablaba nunca  
como en aquellos libros de la Historia Sagrada,  
que el hermano Domingo  
como cuentos de hadas nos leía  
con el rumor de agua de las primeras letras.  
¿Dónde la zarza ardiendo,  
la palabra en las piedras del Decálogo,  
la honda de David, o las trompetas  
de Josué derribando las murallas?

Se me fue vaciando la corriente  
por la que Dios bogaba en mi cerebro.  
Se me secaron las tormentas  
con truenos y relámpagos de Dios en mis costumbres,  
y de Dios solamente fue quedándose  
la lírica belleza de su nombre.

Pero a veces me suena como un bálsamo  
la profunda guitarra de sus ecos,  
despertando la sed de mi memoria.  
Se me llenan de suaves tonos malva  
las miradas difíciles  
donde albergar los ojos del asombro.  
Me sube por el látigo  
de mi columna vertebral la brisa.  
Y me sorprende con un llanto nuevo  
*cogiendo a Dios a solas entre dientes.*

## Y ESPERANZA GRITO

5

*Lo fugitivo permanece y dura*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Todas nuestras pequeñas vivencias se borraron,  
como las listas de afluentes,  
la de los reyes godos,  
los quebrados de largas ecuaciones  
y las raíces cúbicas que nunca nos salían,  
en el tablero verde del colegio.

Los arrepentimientos obsesivos y débiles  
—con amenaza de un infierno rojo  
ya casi inevitable—  
después de los primeros cigarrillos  
y los primeros inocentes besos.  
Aquel aire delgado y displicente  
de pedante poeta primerizo,  
con unos torpes versos publicados  
y la melancolía recién puesta.  
Aquella novia que a la oscura danza  
de unas audaces manos  
—exploradoras hábiles de las íntimas curvas—,  
concedió los calientes escondites  
de su secreta y parca geografía.  
Los frugales cenáculos  
—con un vino barato y unas patatas fritas—  
para leer en alta voz poemas  
de Juan Ramón, de Lorca, de Machado,

Miguel Hernández o Vallejo,  
con revolucionarias pretensiones.  
La muchacha preciosa que un día sorprendimos  
mirándonos con ojos deslumbrados...  
porque había un espejo a nuestra espalda.  
Aquel descubrimiento trascendente  
de las cuatro estaciones de Vivaldi,  
o la letra de humor que le inventaron  
un grupo de incipientes filósofos melómanos  
al *Para Elisa* de Beethoven.  
Esa primera vez que descubrimos  
debajo de una sábana el desnudo  
de una mujer fingidamente nuestra  
y en nuestra ardiente turbación cautiva.  
Aquel día imprevisto  
que por primera vez un hijo nuestro  
nos contestó desde un lejano mundo  
—en el que nadie le iniciamos—  
con el grave pecado sorprendente  
de sus ideas propias.  
La niña que miraba con sus ojos enormes  
al autor de su cuento preferido  
y una mordisqueada  
chocolatina le ofrecía.  
El tono de la voz de nuestra madre  
que cada día suena más extraño  
detrás de las altísimas montañas  
remotas de su ausencia.  
Ternura y desamor, orilla y vértice,  
sangre caliente y barro con saliva.  
Todo se fue escapando poco a poco  
con un sonido inconfundible  
de pasos fugitivos.

Pero si —nuestras prisas olvidadas—,  
a pensar nos paramos cualquier día  
que solamente los recuerdos  
nos encienden la luz de nuestra noche,  
*algo nos dice que en el alma*  
*lo fugitivo permanece y dura.*



# **PENULTIMA NOSTALGIA**

## **(1987)**

*(Premio Gaviota de Plata)*

*Editorial Escritores y Artistas Españoles*  
*Colección “Julio Nombela”. Madrid 1991*



INSTITUCIÓN  
Fundación  
Gran Duque de Alba

Centro de Estudios Históricos y Documentación  
y Archivo Histórico del Museo del Prado  
1991-1992. "Alfonso XIII". Colección del Museo del Prado

## PENULTIMA NOSTALGIA

*Para Marta y José Ramón Costa*

Se han apagado todas las bombillas  
de los circos del mundo.  
De sudor y de brillos de charol  
las cabalgatas del milagro duermen,  
y hay cerezas nocturnas en los mástiles  
sin que ninguna mano  
con cazamariposas las persigan.

El circo está dormido bajo la ardiente sábana  
que oculta en el embozo  
los malos sueños de la carpa sola:  
ateridos trapecios que aletean  
con oscuras torpezas de murciélagos;  
rebeldías angélicas  
de corceles indómitos que olvidan  
chasquidos matemáticos del látigo;  
tigres que se adelgazan como verdes suspiros;  
en altísimos zaneos de marfil  
enanos engréidos que pronuncian  
su estatura con gestos altaneros;  
hielo roto en la piel como saliva

turgente de las focas;  
y espantapájaros izados  
en los bordes violáceos de la risa.

La noche es una mano más ancha que aplauso  
y va aplastando velas encendidas  
que hasta el instante último  
se debaten insomnes en sus erguidos pájilos.  
Está varado el movimiento. Callan,  
ya mudos, los tambores. Y el silencio—  
—salvaje rata despreciable y terca—  
roe por los rincones  
los olvidos de trapo y miel amarga.

Mi fantasma de niño que despierta  
vuelve a los viejos campos de Elizatxo,  
tal vez ahora convertidos  
en prósperas colmenas que la fatiga esconden  
bajo un cemento sin estrellas.  
Pero como en el sueño soy un niño  
que recuerdos cabalga  
—de nuevo sobre el “pone” de enmarañadas crines  
con esmeraldas, vértigos y sésamo—,  
mi circo recupero  
con todas las bombillas encendidas.  
Luciendo mi frac rojo me adelanto  
sin temor hasta el centro de la diana amarilla,  
y en mi completa colección escojo  
los más sonoros adjetivos.  
Soy el jefe de pista  
que en un círculo mágico presenta  
la voz de su penúltima nostalgia,  
al distinguido y respetable público.

## **OLOR DE CIRCO**

Hoy tiene olor a circo mi nostalgia.

Cuando ya se acercaban  
en verano los días de las fiestas,  
siempre en el mismo sitio cada año  
levantaban el circo:  
el campo de Elizatxo junto al pueblo.  
Un mundo nuevo de ilusión surgía  
del verde campo en una sola tarde,  
y anclaba en tierra firme  
la insólita presencia de un velero.

Me acuerdo de unos hombres que clavaban  
largos clavos de hierro  
con martillos de largo mango. Daban  
tan precisos los golpes  
—con la humilde alegría repicando  
de una campana chica de convento—,  
que yo veía entrar como un milagro  
los clavos en la tierra,  
sin ver que los veloces martillos les tocaran  
las machacadas y ásperas cabezas.

Me acuerdo de unos hombres que tenían  
azulados tatuajes en los brazos

Con la risa enlatada de aquel viejo payaso  
melancólico,  
que se iba quitando uno tras otro  
no sé cuántos chalecos de colores distintos.  
(Le dimos uno blanco de mi abuelo  
para su colección inagotable).

Qué buen olor a circo.  
Las rubias amazonas de restallantes muslos  
húmedos, cumplidores y dorados,  
olían a primeras  
concupiscencias en mis pensamientos,  
y me crecía por la sangre a golpes  
el misterioso miedo inexplicable  
que tab feliz me hacía.

Hoy, que algodones del olvido guardan  
en el desván mi infancia y su aventura,  
de pronto he comprendido  
que tiene olor a circo mi nostalgia.  
como si fueran gente de la mar,  
y al persuasivo empuje de sus voces  
tajantes como hachazos  
la prodigiosa y ancha carpa izaban.

Entonces —lento vaho, nube ácida  
que estremecía el ritmo de mis pulsos—  
inundándolo todo se acercaba,  
puntual amigo, el olor del circo.

Olor a sudor frío en los cristales  
de las ropas brillantes.  
Olor a oscuras selvas encerradas  
en el cálido aliento  
de las fieras. Olor a lejanías.  
Olor a cuero usado de las botas  
del domador de cebras.

Traía rodeándole palabras  
de idiomas extranjeros,  
mallas, trapecios, cables y caballos,  
y un apretado nudo en la garganta  
para soñarse domador o acróbata.

Qué fiel olor a circo  
se viene a mis recuerdos infantiles.  
Olor pastoso, tibio y agridulce.  
En nostalgias gloriosas  
de paseos en poney por la pista  
con paisaje de azúcar y gaseosas,  
creyéndome "cowboy" de mis películas  
favoritas de tarde de domingo.

## JEFE DE PISTA

De frac rojo y chistera gris, reclama  
la fiel presencia de los grandes divos,  
con una catarata de adjetivos  
que su voz esperpéntica derrama.

Su voz con campanillas, que proclama  
cada actuación perdiendo los estribos  
por poner cada vez superlativos  
más empigorotados a la fama.

Con exótico acento exagerado,  
medalla de oropel bien a la vista  
y unas desmesuradas pretensiones

de mariscal de campo retirado,  
es sin lugar a dudas un artista  
levantando castillos de ilusiones.

## CARRUSEL DE CABALLOS

Los caballos del circo giran, giran,  
el látigo delante de los ojos  
pellizcando sonoramente el aire  
para ordenarles círculos concéntricos.

Qué sumisos se hacen noria viva;  
abanicó de espumas; olas dóciles  
que peinan trenzas súbitas de arena;  
o cordilleras de apretadas crines.

Qué a tiempo frenan su medido impulso  
con palabras del hombre sujetado,  
y cómo han aprendido de memoria  
la arquitectura fiel de sus galopes.

Cascos de purpurina, blancas plumas  
en la alta cerviz, enjalbegadas  
guarniciones de lujo, y un zumbido  
doméstico de amables cascabeles.

Saben bailar el vals y dar las vueltas  
al revés como buenos bailarines.  
La pista es un salón donde se luce  
la fría corrección de sus posturas.

¿Dónde aquellos relinchos que esgrimían  
con pánica alegría por los aires?  
¿Dónde aquellas desnudas, majestuosas  
formas de los corceles en manada?

¿Dónde aquella cabeza inteligente  
—ahora de estudiante de artimética—  
que olía el paso de la yegua, el trueno  
y el viento: fiel, valiente y levantada?

¿Dónde su libertad, sus espontáneas  
esculturas de graves movimientos?  
¿Dónde el salto de pronto, la carrera  
sin razón, recreando el verde prado?

Los caballos de circo giran, giran  
con blancos uniformes de colegio,  
y lloran en relinchos apagados  
con salvajes recuerdos a su grupa.

## CUCHILLOS POR SOLEARES

*Para Juana Martín*

Verdes cuchillos tendría  
con filos en flor un circo  
de Federico García.

Una colección de brillos  
tiene la mano de plata  
del lanzador de cuchillos.

La mano de terciopelo  
del lanzador de cuchillos  
tiene acericos de hielo.

Corta el aire la emoción  
de unos cuchillos que cortan  
sólo la respiración.

Ni sangre son ni condena:  
en el circo los cuchillos  
son para matar la pena.

En cada cuchillo hay una  
laguna con agua quieta  
para reflejar la luna.

Cuchillo de circo, leve  
roce de viento afilado  
que a ser caricia se atreve.

Cuchillo de circo, plena  
renunciación de la herida,  
convertido en azucena.

Cuchillo de circo, pura  
paloma blanca que bebe  
la orilla de una postura.

Cruzan por los amarillos  
escalofríos del pulso  
las bandadas de cuchillos.

## INTERMEDIO

### 1

#### Intermedio

Han caido las cuerdas desde las estrellas  
y se han parado los trapecios en mitad del Cosmos.  
Los bostezos se enredan  
en la boca,  
como rosquillas blanca con hormigas negras.  
Hay una incessante procesión pagana, casi con antorchas.  
Son las madres que llevan  
a sus hijos a los urinarios  
con inequívocas urgencias.  
La selva envía profundos rumores lejanos  
y mariposas de voces diminutas aletean  
como manadas de grillos de colores,  
que esperan  
la máxima emoción de los rugidos.  
Rugidos defendidos por rejas

del tedio de los hombres,  
más cruel y más hiriente que las fieras.

Intermedio.

Deliberado asesinato de silencios que cuelgan  
los lienzos húmedo de los sentidos  
con agujones de avispas como maduras fresas.  
Antesala de pálpitos nuevos,  
el intermedio quema la impaciencia.

2

El hombre de mandil blanco y gorro blanco,  
que lleva puesta su sonrisa blanca  
—payaso improvisado del intermedio—  
pasa y otra vez pasa  
vendiendo caramelos y pipas de girasol  
que los abuelos pagan,  
como sin pretendieran subir a un pedestal  
su propia estatua.

El hombre de mandil blanco y gorro blanco  
no descansa.

Tiene que hacer su número  
para que los niños le aplaudan  
con escandalosos sobornos de dulces  
en las palmas,  
y los labios teñidos de menta,  
regaliz y saliva escarlata.

7

El circo es un insólito intermedio  
de la ciudad que duerme  
con los árboles secos entronizados  
en la memoria aniquilada del césped.  
De la ciudad que cubre los cristales de sus ventanas

con los cadáveres todavía recientes  
de la tierra y la sal,  
para que brillen aún en alcobas calientes  
los recuerdos del aire con pájaros en las venas,  
que cada día pierde.  
Porque la ciudad  
es una marioneta con sus hilos inertes,  
que de pronto en un barrio de esquinas apagadas  
enciende  
bajo la carpa del circo la luz  
de una flor silvestre.

## UN HOMBRE EN EL CIRCO

*Para Merche y José M<sup>a</sup> Soriano*

Había ya cerrado tantas puertas  
que su mano en un pomo desgastado  
tenía convertida.  
Tantas sombras cruzó dejando impresas  
las hojas del otoño en su solapa,  
que el árbol de su mano se agarraba en un aire  
de silencios azules ateridos.  
Se sentía disfraz de marioneta.  
Cometa ya sin hilos para atarse  
la estatura en el viento.  
Triste calcomanía en los cristales  
de una ventana ciega con párpados sin brisa.  
Laberinto difícil  
donde humillar al toro del hallazgo  
que se le iba cayendo de los ojos.  
Música rota

de un reloj con la muerte en las agujas  
convirtiendo las horas en segundos.

— Una silla de pista, por favor.

(Quería desprenderse de su propio espectáculo  
junto al calcidoscopio de la arena;  
desprenderse del miedo de sus ropas  
desangeladas,  
en el redondo puerto donde zarpan  
las naves imprevistas del ensueño).

— Por favor, ha de ser primera fila.

(Porque ante el escenario pequeño de sí mismo,  
ante los escenarios de los otros  
— anchos escaparates de dulces, brillos, saltos  
y alegres colecciones de sorpresas—  
él no había tenido primera fila nunca).

Y se vuelve caballo de alta escuela,  
restallido de látigo,  
tea encendida de malabarista,  
alambre de funámbulo, pintura  
blanca de clown,  
acordeón de augusto,  
rugido de león, o taburete  
donde se sube el elefante.

Y se ríe. Se ríe y se estremece  
porque Dios —ihale-hop!— le ha permitido  
dar una última pируeta.

## VIEJO LEON

Raida la melena, medio ciego,  
en su tercera selva está encerrado.  
Fue la selva primera su reinado  
de hermosa libertad. Conoció luego

la selva de los hombres, con el fuego  
y el salto por el látigo obligado.  
Y ahora que en su jaula abandonado  
selva de hierros pone fin al juego

de la pista, se sume en el olvido  
con un solmenne aire de tristeza.  
Sólo en sueños conserva su rugido

ya muerto. Pero yergue la cabeza,  
como un rey que sin voz, torpe y raiado,  
defiende todavía su realeza.

## BIBLIOGRAFIA

### POESIA

- Ver y cantar (Editora nacional). Madrid ,1953
- Erguida tierra (Oriens, "Colección Arbolé"). Madrid,1980.
- Caliente cintura del viento (Editorial Obras Selectas). Valencia, 1982.
- Tiempo de búsqueda (Editorial Interlakent). Valencia, 1982.
- Anunciación de Mónica (Editorial Obras Selectas). Madrid, 1984.
- Encendida sombra de otoño (Diputación Provincial). Guadalajara 1985.
- Desde el llanto y el alba ("Colección Angaro"). Sevilla, 1985.
- Historia de cualquier día (Andeómeda, "Colección Rabindranath Tagore"). Madrid, 1988.
- En una voz más alta que la mía (Rialp, "Colección Adonais"). Madrid, 1990.

### RELATO

- Froilán, el amigo de los pájaros. primera edición: Editorial Marfil, Alcoy, 1968; segunda edición: Editorial Escuela Española, Madrid, 1988.

### PRINCIPALES PREMIOS

POESÍA: "Jorge Manrique", "Virgen del Carmen", "Alcaraván", "Bajaría", "Provincia de Guadalajara", "Angaro", "Internacional del Olivo", "Poesía del mar Jesús Cancio", "Gaviota de Planta" y "Rabindranatha Tagore".

PROSA: "Lazarillo", "Hucha de Oro", "Villa de Guardo" y "Miguel de Unamuno"



## INDICE

—ESPACIOS EN LA POESIA DE JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE: POR JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS .....	I
—VER Y CANTAR.....	7
—De mí mismo.....	9
—Serenata a la luna.....	9
—Lazarillo .....	10
—Elegía .....	11
—Sonetos de amor en abril .....	13
—Los Arcángeles.....	15
—A LOS NIÑOS, CANCIONES.....	19
—Niños .....	21
—Llegada de la pubertad .....	21
—La tonta.....	22
—La Diablura .....	22
—El niño que yo fuí.....	23
—acíou de la primavera .....	24
—CANCIONERO DE LA NOVIA .....	29
—Tus labios solos.....	31
—En abril .....	32
—Tierra amante.....	34
—La pelotari con banda azul.....	36
—Diálogo del marino y la niña .....	37
—ERGUIDA TIERRA .....	39
—FIGURAS DE TIERRA Y CÁNTICO.....	41
—Erguida tierra soy .....	43

—Al ciprés de silos, lleno de pájaros ocultos, en un atardecer de primavera.....	43
—Cántico al vino .....	44
—El potro.....	44
—Maternidad .....	45
—Caballo soñado.....	45
—Nuestro primer paisaje.....	46
—Esposa encinta .....	47
 —NOTICIA DE MI ESTANCIA EN LA TIERRA.....	51
—Presencia en la ciudad .....	53
—Presencia del amor .....	55
—Mínima historia.....	60
—Mayoría de edad.....	63
—Epílogo.....	66
 —CALIENTE CINTURA DEL VIENTO .....	69
—Las acacias.....	71
—Los chopos.....	72
—El cerezo.....	73
—Castilla .....	73
—Moguer vivido .....	78
—Irún .....	78
—Teresa .....	79
—En el frío de la tarde .....	79
—Juan Ramón en Moguer.....	83
—Requiem por un negro .....	89
 —TIEMPO DE BÚSQUEDA.....	95
—Búsqueda de cada día .....	97
—La sed .....	99
—Desesperanza.....	99
—Un hilo de esperanza .....	100
—Si vivo todavía.....	102
—Oración del pan y el vino .....	103

<b>—TIEMPO DE NAVIDAD.....</b>	<b>107</b>
— Historia apocrifa de la Nochebuena .....	109
— Villancico de las cinco vocales.....	109
— Figuras de barro para un belén naif .....	110
— Salmo de los cinco jinetes .....	114
<b>—ANUNCIACIÓN DE MÓNICA .....</b>	<b>121</b>
— Prólogo.....	123
— Mónica del sol en los dientes.....	124
— La escalera.....	125
— En busca de los labios.....	127
— Plaza de Oriente .....	128
— A Mónica le dolía demasiado el mar.....	129
— París.....	130
— Soneto al alimón.....	131
— Isla secreta.....	132
— Epílogo.....	133
<b>—ENCENDIDA SOMBRA DE OTOÑO .....</b>	<b>135</b>
<b>—CIUDAD DE SOMBRA Y DE AMOR .....</b>	<b>137</b>
— Fabula del sol y la estatua.....	139
—(Paréntesis 1).....	142
— Ventana al corazón .....	142
—(Paréntesis 3).....	144
<b>—LOS ÚLTIMOS DIOSES.....</b>	<b>147</b>
— Rebeldía.....	149
—(Paréntesis 4).....	151
— Dioses ocultos .....	152
—(Paréntesis 6).....	155
<b>—A LA ZAGA DEL TIEMPO .....</b>	<b>157</b>
— Una historia de otoño.....	159
—(Paréntesis 9).....	162

<b>—DESDE EL LLANTO Y EL ALBA .....</b>	<b>163</b>
—Presencia última de Vicente Aleixandre .....	167
—La muerte toca la guitarra .....	169
—Prosopopeyas con la muerte encendida .....	169
—Madurada pena .....	175
—Melancolía .....	175
—Nana para que no se duerma mi madre.....	176
—La primavera .....	181
—Hija encinta .....	184
—Madrigal de la recién venida.....	186
—Madrigal del amor.....	187
—Madrigal en amarillo.....	187
—Carta de amor para acariciar la piel de la distancia.....	188
<b>—HISTORIA DE CUALQUIER DÍA.....</b>	<b>191</b>
<b>—EN UNA VOZ MÁS ALTA QUE LA MIA.....</b>	<b>209</b>
—Cuando de angustia soy .....	211
—Amor confieso.....	214
—Cuando de muerte soy.....	217
—A Dios acudo .....	219
—Y esperanza grito.....	222
<b>—PENULTIMA NOSTALGIA (1987) .....</b>	<b>225</b>
—Penultima nostalgia .....	227
—Olor de circo .....	229
—Jefe de pista .....	231
—Carrusel de caballos .....	232
—Cuchillos por soleares .....	233
—Intermedio .....	234
—Un hombre en el circo.....	236
—Viejo león .....	238
<b>—BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>239</b>



Institución Gran Duque de Alba

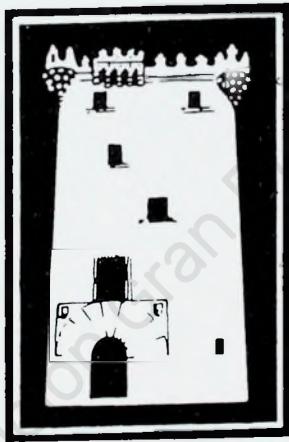






## TITULOS PUBLICADOS

- **Insula extraña el Corazón**, de José Luis López Narri-llos.
- **Airado Luzbel**, de Fernan-dó Alda Sánchez.
- **Carpe Diem**, de José María Muñoz Quirós.
- **De polvo enamorado**, de José María Ercilla Trilla.
- **El mágico lenguaje de sep-tiembre**, De María Guerra Vozmediano.
- **Conjunción de Espejos**, de Tomás Hernández Castilla.
- **Oráculos sombríos**, de Gaspar Moisés Gómez.
- **Ciudad de Ceniza**, de Tere-sa Barbero.
- **Segunda antología**, de Luis López Anglada.
- **Soporte del viento**, de Ovi-dio Pérez Martín.
- **Todas mis palabras**, de José Ledesma Criado.



Institución Gran Duque de Alba

Inst. G  
{